

GEORGES SÉGUY :

LO QUE LA VIDA ME HA
ENSEÑADO

PREFACIO POR BERNARD THIBAULT

SECRETARIO GENERAL DE LA CGT DESDE 1999 HASTA 2013.

El 13 de Agosto de 2016, la noticia temible se abatió sobre nuestras cabezas: Georges Séguy nos había dejado. Los homenajes se multiplicaron en el seno de toda la CGT, del PCF y en otros actores, reconociendo en él un hombre de un recorrido excepcional, que difundía un calor humano poco común, impregnado de valores universales y de una valentía formidable, que le permitió afrontar pruebas de una violencia extrema.

Yo no formo parte de aquellos que tuvieron el privilegio y la suerte de militar en la CGT al lado de Georges. He podido compartir con él sin embargo algunos momentos de asueto de forma privada, y sobre todo tener algunas conversaciones muy útiles, un poco como se mantienen con el sabio de la tribu.

Todos los testimonios de los que le han rodeado en el día a día coinciden, sea cual fuere su generación o su sensibilidad: Georges ha sido uno de los grandes dirigentes históricos de la CGT.

Georges ya no está, pero su pensamiento y su contribución inmensa al sindicalismo francés e internacional no ha desaparecido. Su palabra permanece siempre, y éste es el gran mérito de esta publicación, que nos restituye su voz, siempre tan esclarecedora.

Cada lector retendrá naturalmente una parte de lo que George dice haber aprendido durante su vida militante y que nos regala en esta obra. Pero sería un error no retener de la lectura nada más que la trayectoria de un hombre sin obtener toda la sustancia de sus reflexiones.

Hay mucha modernidad en este espíritu cercano a los 90 años. Es porque atravesó numerosos acontecimientos del siglo pasado, a veces en primer plano, la experiencia que nos traslada es, de alguna manera, un patrimonio común construido al hilo de las luchas llevadas, victoriosas o no.

De esta forma, esta experiencia y este “aprendizaje” de la vida, necesitan ser conocidos y compartidos, pues bien vale conocer las enseñanzas difundidas en la teoría. El combate sindical y político se dice que es una formidable escuela de la vida. Es verdad, pero puede estar salpicada por obstáculos y trampas que no están reservadas a una sola generación. Entonces, mejor conocer los obstáculos superados por los que nos han precedido para, a nuestra vez superarlos o rodearlos.

Entró heroicamente en la clandestinidad para reforzar la Resistencia, desde los 15 años, al día siguiente del asesinato de Pierre Semard, Georges no cesó enseguida de convencer a su entorno de la necesidad de apoyarse en la juventud para pensar y construir el futuro.

Fue denunciado por un colaboracionista, y después deportado. Su relato escalofriante de la vida en el campo de Mauthausen nos enseña que la vigilancia debe ser permanente contra los ideólogos racistas y xenófobos, capaces de transformar las personas en verdugos sanguinarios.

El que así fuese uno de los más jóvenes resistentes deportados de Francia hará que conserve de esta dramática parte de su vida, cicatrices pero asimismo conservará lecciones sobre las relaciones humanas que no abandonará en el ejercicio de sus numerosas responsabilidades. Sobre todo esta: la vida es un combate colectivo que debe saber qué es lo mejor y lo peor de cada individuo. Como Secretario General de la CGT, elegido con 40 años en 1967, no dejará de impulsar lo que para él eran imperativos para el comportamiento de la CGT. Sólo evocaré algunos, para dejar el placer a los lectores de descubrir la totalidad de sus “enseñanzas”.

De entrada, su exigencia tenaz y determinada de democracia para el funcionamiento interno de la organización y la dirección de los movimientos sociales: él la desplegó desde la impresionante movilización de 9 millones de huelguistas en los sectores privado y público en la primavera de 1968.

La diversidad de opiniones en el sindicato no es un problema en sí mismo. Al contrario, la capacidad del sindicato para reunir en su seno hombres y mujeres de orígenes y compromisos diversos es una condición para ser a la vez representativo y potente en sus intervenciones. “Es necesario todavía, nos dice Georges, que cada uno de los que intercambian sus ideas esté animado de sinceridad y honestidad”.

Recordando que la independencia sindical con relación a los partidos políticos es una de las características históricas del sindicalismo francés, ha debido confrontarse, a veces duramente, en el interno y con algunos de sus interlocutores externos, para que la reconociesen y respetasen. No renuncia a que el sindicato pueda intervenir políticamente. Al contrario, lo hace sobre la base de sus prerrogativas y de sus objetivos sindicales, que reúnen a todos los militantes de todas las obediencias.

La búsqueda de la unidad más amplia posible para que se tomen en cuenta las reivindicaciones de los trabajadores era igualmente una de sus obstinaciones. Sin duda porque se crió en sus años de juventud en la euforia del Congreso de reunificación entre la CGT y la CGTU en abril de 1936, que vivirá en familia en Toulouse, y que dará toda su fuerza al Frente Popular. Pero también en sensus contrario, porque que marcado por la escisión de 1947 y la creación de Force Ouvrière.

Que se trate de las relaciones entre los sindicatos o del diálogo indispensable con los partidos de izquierda, él nos devuelve en estas páginas al dilema y al impasse que consiste en querer oponer demasiado a menudo la búsqueda de la unidad “en la base” y las tomas de iniciativas nacionales para favorecer la dinámica unitaria cada vez que sea posible.

Resueltamente internacionalista en su militancia, nos lega una herencia exigente, en cuanto al lugar que debe ocupar la CGT en la escena internacional.

Georges Séguy estaba impregnado de democracia, partidario de la unidad, militante internacionalista. He aquí, entre otras características de este hombre excepcional, lo que debe ayudarnos mirando su trayectoria y su pensamiento, a trazar el camino del futuro.

Georges no dice haber cambiado al hilo de sus experiencias. No ha renunciado a sus valores ni a la necesidad de combatir por la justicia social, pero supo evolucionar con el contacto hacia

los demás, persuadido de que hay en cada uno, algo “en su espíritu, en su pensamiento, en su inteligencia susceptible de poder enriquecer la mía, de enriquecerla”.

Esto es lo propio de un gran hombre, tener conciencia.

PROLOGO.

Elyane Bressol, Presidente del Instituto de Historia Social de la CGT (2008-2017)

François Duteil, Presidente del Instituto de Historia Social de Minas-Energía.

Este libro es una golosina. Un testimonio vital con lenguaje cotidiano, dado con sensibilidad a flor de piel y cincelado por un humor conocido. Las sonrisas de Georges Séguy, sus risas nos dicen más cosas a veces que sus palabras de todo punto oportunas. Con un tono inhabitual para un dirigente cegetista y comunista de primera línea, una sinceridad excepcional, estas páginas nos atrapan, nos dan muchos conocimientos de historia social de Francia y del sindicalismo internacional.

Se trata de la transcripción de un relato filmado en Junio del 2000, que ha sido realizado sin compromiso, sin hilo conductor preestablecido. Hemos querido conservar el espíritu de testimonio hablado con todas las imperfecciones que esto pueda comportar. Así pues, la cronología está a veces embarullada en los hechos históricos, y algunos muy importantes no están evocados. Se adivina que Georges Séguy reacciona a los envites de sus interlocutores. Pero lo esencial está. Como que tiene la oportunidad, el sindicalista nos aporta experiencias de vida que intenta transmitirnos, como si procediese a una elección política.

Hemos elegido deliberadamente conservar la oralidad de la palabra, del relato. Notas a pie de página precisan los hechos, dan elementos de contexto. Pues a veces, hasta la memoria de Georges Séguy falla.

Este documento fue realizado desde el 5 de Junio hasta el 9 de Junio en casa de Georges Séguy, en Vieilles-Maisons-sur-Joudry en el Loiret por el Ifoprep, Instituto de Formación, de Investigación y de Promoción de la Caja Central de Actividades Sociales de los Electricistas y Empleados del Gas (CCAS), a partir de una oferta de la Fundación para la memoria y la Deportación (FMD), entonces presidida por Marie-Claude Vaillant-Couturier. Se trataba de recoger la memoria de los resistente y deportados. Por su parte, la CCAS sugirió que el testimonio fuese más allá de este período y explicase toda la actividad militante de las `personalidades de primera línea.

Cuando tuvimos conocimiento de la transcripción de este testimonio-depositado en los archivos nacionales-nos convencimos rápidamente que convenía ponerlo al alcance y disposición de un público amplio. En efecto, la aportación de Georges Séguy debe ser conocida más allá de los militantes, investigadores o historiadores. Tal es el objeto de este libro, coeditado por Éditions de l'Atelier y el Instituto de Historia Social de la CGT.

Georges Séguy nos ha ayudado repetidas veces a comprender mejor la importancia del conocimiento del pasado en el sentido en que lo escribía Jéan Jaurés: "El pasado de una nación no es improductivo: es como la capa profunda de una tierra de labor; y las semillas nuevas se alimentan a la vez del sol del día y de las reservas antiguas del suelo".

Ambos hemos conocido a Georges Séguy en una proximidad militante, fecunda y estimulante. Los dos somos de lo que podemos llamar “la generación del 68”, que podríamos calificar como “la generación Séguy”. Convertidos en militantes de la historia social, queremos testimoniar la importancia del compromiso para el conocimiento y la promoción de aquella.

Teniendo en cuenta de lo que fue su vida, era importante que Georges Séguy sea un “pasante de memoria”. También ha escrito mucho sobre ciertos acontecimientos sociales y sobre su vida, todo guiado por un hilo rojo que tan bien desvela en su último libro “Resistir”. La transcripción que aquí se les propone es una piedra más en el edificio. No hay ninguna duda en que muchas más obras verán la luz: biografías, selección de textos y discursos.

Fundador del Instituto de Historia Social en 1982, concebía la historia como la vivencia del pasado en toda su complejidad, en todas sus componentes económicas, sociales, culturales, políticas y sindicales. Los grandes acontecimientos y también la vida cotidiana de la gente anónima, sin popularidad. Se trata de “permitir el conocimiento de esta masa para guardar vivas las experiencias del pasado, para ser de alguna manera depositarios escrupulosos y afinar los análisis del presente para medir correctamente las evoluciones”.

Desde 1982 hasta la imposibilidad de trabajar debido a su estado de salud, Georges Séguy ha dejado su impronta en la vida del Instituto de Historia Social de la CGT a partir de su propia experiencia.

Muy vinculado a la cooperación con el mundo universitario, militaba por un estudio accesible de la historia social, opuesto a una historia aséptica u oficial. Planteaba litigio por una utilización de las fuentes lo más amplia posible y una interpretación abierta de los hechos. El deseo es estudiar la historia a partir de una práctica científica y permitir un uso ciudadano como reserva de reflexión. La historia social es sentido del cambio, puesto que la ignorancia del pasado no se limita sólo a perjudicar el conocimiento del presente, sino que en la actualidad compromete hasta la acción. Al revés, su conocimiento ayuda a franquear la temporalidad mediático-política, el inmediateísmo jadeante y aplastante.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

Jordi Ribó Flos, sindicalista de CCOO.

Cuando en la Fête de l'Humanité de 2017 vi este libro "Ce que la vie m'a appris", me dije que debía traducirse al castellano para divulgarlo en España y en los países de habla castellana. La biografía de este sindicalista de raza, de esa "estirpe de titanes" que decía el gran poeta catalán Miquel Martí i Pol, debe ser conocida y estudiada. Conocida porque de ella se extraen múltiples enseñanzas, válidas para los y las sindicalistas de hoy: cómo se conducen los conflictos, cómo se debe comportar un dirigente, qué temas deben atraer la atención de los dirigentes obreros, cual es el papel de los medios de comunicación... Estudiada porque vemos cómo, sin abjurar de los principios ni de la causa que se defiende, las opiniones evolucionan con la experiencia y con la aparición de nuevos fenómenos en el horizonte. Fue Secretario General de la CGT desde 1967 hasta 1982, en uno de los períodos más ricos de la historia de Francia, sindical y políticamente hablando: Mayo del 68, programa común de la izquierda y avances en las reivindicaciones del movimiento obrero y sindical francés.

Georges Séguy es una personalidad de la sociedad francesa del siglo XX, y del movimiento obrero y sindical, no sólo francés, europeo y mundial. Fue además un dirigente del Partido Comunista Francés, miembro de su Buró Político y de su Comité Central, que supo ejercer con maestría y delicadeza esa doble responsabilidad. Él sabía cómo mantener a la CGT con toda su independencia, al margen de las rencillas de las distintas familias políticas, fuera y dentro del PCF, preservar el sindicato y a la vez, sin renunciar ni a sus principios ni a su trayectoria, jugar su papel como dirigente político. Para ello se precisa de una gran delicadeza y a la vez de una gran firmeza y Georges Séguy poseía ambas cosas.

No diré más cosas sobre Georges Séguy, sí que me interesa remarcar que los y las sindicalistas de CCOO tenemos una gran deuda con la generación de Séguy y con él. Fue en su mandato donde se desarrollaron intensas campañas en Francia a favor de las luchas y las huelgas en España, que culminaron con la campaña sobre la Libertad para Camacho y los del Proceso 1001. En 1963 se abrió la DECO (Delegación Exterior de Comisiones Obreras) y fue en su época de Secretario General que se desarrollaron campañas de solidaridad con España de una gran repercusión, como la citada a favor de la libertad para los del 1001, creo recordar. Nuestro compañero Juan Moreno lo recuerda muy bien.

Me encontré en la obligación de ofrecer al lector de lengua castellana que no conoce el francés, de ofrecerle una traducción hecha desde la militancia, pero que tuviese calidad...y mi trabajo me ha costado. Si no divulgamos nosotros estas cosas, nadie lo hará. Creo que tenemos la obligación de recuperar nuestra historia y la de nuestros dirigentes. Georges Séguy fue uno de los nuestros.

CAPITULO 1.

OPTÉ POR LA BICICLETA.

Nací el 16 de Marzo de 1927 en Toulouse. Mi padre era ferroviario; mi madre sin profesión, quizá lavandera. Éramos una familia numerosa; tengo dos hermanas mayores. Viví mi infancia en esta ciudad de Toulouse, en una familia en la que el padre estaba comprometido sindical y políticamente. Él se unió al Partido Socialista en 1919 y se encuadró en la influencia comunista después del Congreso de Toursⁱ. Pasé pues mi primera infancia en una familia en la que las cuestiones sindicales y políticas tenían un cierto espacio.

Poco después de mi nacimiento, mis padres se hicieron construir una casa en las afueras de Toulouse, mediante un préstamo “Ley Loucheur”, como se decía por aquel entonces; toda la familia se encontró en un hábitat cercano a la naturaleza, de manera que pasé mi infancia de pequeño tolosino en las afueras de Toulouse.

Aprendí a apreciar la naturaleza, la ecología, los animales. Iba a la escuela comunal. Tenía, a la edad de siete años, un profesor que se llamaba Georges Fournial, y que también era un militante comunista. Por cierto, fue en su clase que yo hice mi primera huelga. Había sido detenido por la policía en el momento de las manifestaciones antifascistas en Toulouse en 1934, y los padres de los alumnos decidieron que sus hijos no volverían a la escuela hasta que nuestro profesor fuese liberado. Cuando Georges Fournial-que yo reencontré en mi vida militante en París-fue liberado, hubo un momento de emoción en aquella clase de niños de siete y ocho años, que marcó con seguridad la memoria de todos.

Todo esto es para explicar que mi infancia transcurrió en un plano familiar, se puede afirmar hoy que era con bastante compromiso sindical y político. Fue en este período cuando se produjo la lucha contra las manifestaciones fascistas del coronel de La Rocqueⁱⁱ-hablábamos mucho de ello en familia-y en el que los niños nos comprometimos con la solidaridad hacia el pueblo español, en tiempos de la guerra de España. Me acuerdo de las colectas que hacíamos entre la gente, para ayudar a los republicanos españoles. Me acuerdo de algunos amigos, más jóvenes que mi padre que se enrolaron en las Brigadas Internacionales...todo ello creó un clima particular que nos predispuso, sin duda, a encontrarnos con aquellos que luchaban por desterrar el fascismo y todo lo que engendra el racismo, la xenofobia, etc.

Era el período que siguió a las luchas antifascistas y que precedió la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento, hubo un acontecimiento en Toulouse en el que mi padre participó activamente, con sus compañeros del sindicato de ferroviarios de la CGT de Toulouse: Era el Congreso entre la CGT-U y la CGT confederada (los unitarios y los confederalesⁱⁱⁱ, como se decía

entonces), que cerró la unificación sindical de la CGT en el mes de Marzo de 1936. Este acontecimiento, que fue de una gran importancia para la historia sindical de nuestro país, lo vivimos, de alguna manera “en directo, porque muchos de los delegados de los ferroviarios participaron en el congreso-y entre ellos un hombre, cuya identidad quedó en la historia: Pierre Semard. Él venía a casa a ratos, en Toulouse, a tomar el aperitivo o a cenar. Conocí a un gran número de aquellos militantes, cuyos nombres tomaron gran notoriedad enseguida en las reuniones familiares.

Recuerdo también que, después de este congreso de unidad, en el momento del Frente Popular, por vez primera en nuestra vida, nos fuimos de vacaciones: toda la familia reunida, en la costa vasca en Bidart. Mi padre alquiló un pequeño apartamento; no disponíamos de mucho espacio vital pero era muy agradable, en la medida en que teníamos el mar, que veíamos por vez primera (sino mis padres, al menos los niños). En 1938 fuimos dos veces a la costa vasca. Era cuando la guerra en España y me acuerdo que mi padre nos hacía escuchar el ruido de los cañones que se escuchaba del otro lado de los Pirineos. Nos decía: “Si Francia no hace todo lo que se debe hacer para ir en ayuda de los republicanos españoles, nos arriesgamos a conocer situaciones difíciles, no sólo en España, también probablemente en nuestro propio país.” Todo eso quedó en mi memoria.

Siempre en 1938, como mi padre era muy reticente a la idea de que yo tomara mi primera comunión (mientras que mi madre-creyente pero no practicante-y mi abuela lo deseaban), me prometió que si me abstenía de ir a catequesis y de hacer la primera comunión, me compraría una bicicleta, y mi abuela, en sentido contrario, me prometió un reloj. Yo opté por la bicicleta. El cura de mi barrio, en Toulouse, fue a preguntar a mi madre por qué no estaba inscrito para tomar la primera comunión. Ella le dijo: “Su padre le ha prometido una bicicleta.” Y el cura, que tenía su carácter, le respondió: “Señora, no se entra en el reino de los cielos montado en bicicleta.” Eso no bastó para convencerme y no hice la comunión. Continué yendo a la escuela, sin ser un alumno particularmente brillante, hasta mi certificado de estudios, que pasé con 11 años en 1938. Sé que en este período del Frente Popular, con las conquistas sociales que los ferroviarios obtuvieron, nuestra vida mejoró en la familia, en el sentido material del término.

Pasé la escuela primaria en 1938, al final del Frente Popular y este período marcó en mi memoria, en la medida en que mi padre, que era militante sindical ferroviario, se comprometió muy pronto en las negociaciones con el gobierno y la SNCF-que acababa de crearse por la nacionalización de los ferrocarriles en Francia en 1937. Recuerdo que el “subía”, como decimos en Toulouse, a París regularmente, para participar en la comisión que discutía la elaboración, por parte de los ferroviarios, de la semana de cuarenta horas. Mi vida no tenía nada de extraordinario, simplemente éramos una familia de condición modesta, pero con lo necesario para vivir con normalidad. Digamos que, en cuanto a nuestra relación familiar, por parte de mi padre sobre todo, vivíamos la militancia sindical y comunista, que sin duda influyó en el niño que yo era, y que se encontró en el momento del estallido de la Segunda Guerra Mundial con cierto número de acontecimientos particulares, que marcaron seguidamente los principales acontecimientos que nuestro país atravesó.

Pero en los años 1938 y 1939 el clima político se complicó muy seriamente, con la degradación de la situación, el fascismo que despuntaba peligrosamente en Alemania, después de lo que

pasó en España y anteriormente en Italia, y nosotros vivíamos-me acuerdo muy bien de esta época-un poco en la inquietud, quizás con angustia, diría yo, por la evolución de la situación. Fue en este momento que aconteció el Pacto germano-soviético^{iv}, que provocó muchas preocupaciones en nuestra propia familia.

Mi padre, que era un militante comunista hijo de las ideas revolucionarias de la Revolución de Octubre, era un profundo admirador de la Unión Soviética-“el primer país socialista”, “la primera revolución proletaria” como se decía entonces-y por consecuencia, el fue siempre un fiel partidario de la URSS. De manera que, cuando el Pacto germano-soviético se dio, su análisis fue el siguiente: “No entiendo muy bien las razones de Stalin, pero estoy seguro que éstas justifican que se haya tomado tal decisión y que se haya concluido un pacto como éste.” Recuerdo que a los camaradas que venían a verle para preguntar su opinión, el decía. “No lo comprendo muy bien, pero si vienes a hablar mal de Stalin, no podremos estar de acuerdo, tengo confianza en él.” No lo entendía pero pensaba que era preciso hacerlo, que era inevitable.

Por la que a mí concierne, siempre me interrogué durante bastante tiempo con aquellos elementos que hemos conocido después. Sin duda, no se puede analizar este “pacto” y el significado que tenía en el momento que se dio, con independencia de lo que le precedió. Particularmente el propósito de la URSS en el momento de la guerra de España, de intervención concertada contra la amenaza fascista en España. Seguidamente, las propuestas de alianza de la URSS a los gobiernos francés e inglés, para intentar forjar un frente común ante la amenaza del hitlerismo...Bueno, los acuerdos de Munich^v, el abandono de Checoslovaquia, de Polonia, todo ello! Es difícil aislar el pacto de todos estos acontecimientos que han sido determinantes para este período histórico. Finalmente, tomada distancia y con el tiempo, llego a pensar que más hubiese valido ahorrarnos el Pacto germano-soviético. Creo que las consecuencias-para el movimiento obrero francés en primer lugar-fueron nefastas, puesto que, sin duda, muchos de los que se comprometieron en este movimiento político, no sólo no entendieron las razones profundas del partido (era el caso de mi padre), sino que muchos lo desaprobaron y no lo defendieron y adoptaron una actitud que fue, para muchos, una ruptura con sus afinidades sindicales y políticas.

CAPÍTULO 2.

JAMÁS PERDÍ LA RAZÓN...

En el campo de Compiègne^{vi}, me encontré con muchas personas que no conocía anteriormente, que no coincidí con ellas en la Resistencia. Había resistentes de diferentes sensibilidades, y mucha gente que había sido arrestada al azar en redadas, o que habían sido detenidas como rehenes. Y también algunos que habían sido condenados a muerte, y que la habían eludido en condiciones muy particulares.

La feroz represión de la que fueron víctimas los resistentes fue, sin duda, uno de los motivos principales por el que me uní a la Resistencia. Yo, evidentemente, estaba influido por una parte de mi familia, como expliqué, y sensibilizado por la idea de que no nos podíamos inclinar ante el fascismo y los ocupantes hitlerianos. Pero de ahí a querer a cualquier precio tomar las armas, hay un cierto margen, sobre todo a los 15 años.

Châteaubriand^{vii} causó en mi familia un impacto terrible. Y cuando supe que Pierre Semard-amigo íntimo de mi padre, que me había tenido sobre sus rodillas cuando era pequeño, en el momento del Frente Popular, y que yo conocía como un miembro más de la familia-había sido fusilado el 7 de Marzo de 1942 por los nazis, quise enrolarme en la Resistencia. Y es lo que, sin duda, determinó mi voluntad de salir de la escuela para participar, para hacer cualquier cosa con los demás, para...luchar, luchar contra ese enemigo implacable que se había convertido en una obsesión para mí.

En Compiègne me encontré con jóvenes que habían sido detenidos en nuestro maquis (del Lot, de la Haute Garonne, de Ariège), que me contaron que ellos no habían tenido una motivación particular para hacerse de la Resistencia, habían aceptado ir al maquis como alternativa para escapar al Servicio de Trabajo Obligatorio en Alemania (STO). Debo decir que, desde 1942, hacíamos mucha actividad de propaganda para disuadir a los jóvenes de ir a reclutamiento obligatorio y después al STO, para no servir a la maquinaria de guerra alemana en un trabajo de esta naturaleza. Y fue a partir de Febrero de 1943, después de la batalla de Stalingrado^{viii} que encontramos un eco más amplio entre estos jóvenes a nuestros llamamientos. Creo que la batalla de Stalingrado puso fin al mito de la invencibilidad del ejército alemán, de la Wehrmacht de Hitler. Y fue a partir de este momento que mucha gente entendió que algo acababa de bascular, que había un giro, que Hitler no se saldría con la suya, y que consecuentemente, el futuro era de aquellos que estaban del lado del combate contra el fascismo, el hitlerismo. Es un hecho histórico, la Resistencia cobró una dimensión más importante a partir de 1942, y eso siguió en 1943 y 1944.

Es quizá, este clima de oposición el que reinaba a principios de 1944 en el campo de Compiègne-Royallieu, donde yo estaba, con aquellos que habían sido detenidos como yo, en nuestro asunto de Toulouse^{ix} y también con otros resistentes. Estuvimos allí alrededor de dos o tres semanas. Sin ocupación particular, sin estar sometidos a trabajos forzados, con algún trabajillo aquí y allá. Esta fue una ocasión que algunos aprovecharon para escapar y salvarse...pero a mí no se me presentó ocasión alguna, yo estuve hasta el final en Compiègne.

Había conferencias, en las que nos reuníamos para hablar de temas poco comprometedores, nos contábamos historias, cantábamos canciones...Pero teníamos una gran incerteza en el fondo. ¿Qué nos iba a ocurrir? Sabíamos que no nos pondrían en libertad, que Compiègne no era el fin. ¿Qué iban a hacer con nosotros? Lo ignorábamos. Por supuesto que habíamos hablado de lo que pasaba en Alemania, de la forma en que habían sido perseguidos los antifascistas alemanes, internados en campos de concentración, pero en realidad no conocíamos el universo de concentraciones nazi: los campos de la muerte y de exterminio se descubrieron hacia el fin y por lo general después del fin de la Segunda Guerra Mundial. Fue en esta situación cuando en un hermoso día – el 22 de Marzo creo – fuimos todos llamados y puestos en formación. Dirección, la estación de Compiègne. Y allí, por orden alfabético, nos pusieron en vagones de ganado (había la inscripción: “caballos 8, personas 60”). Con nuestro ligero equipaje (porque no teníamos mucho equipaje, evidentemente). Y amontonados a centenares en vagones, fuimos embarcados en un tren...con destino desconocido.

No nos conocíamos todos, sólo unos pocos. Eran convoyes, vagones metálicos con suelo de madera. En mitad del tren había un vagón plataforma con los SS tras una ametralladora, y también a la cola del tren. Embarcados hacia las 14 h., viajamos a poca velocidad prácticamente toda la tarde. La noche caía entre las 18 y 19 h. Cierta número de personas se pusieron a serrar las planchas del vagón en el que estábamos con herramientas que habían conseguido disimular. Al cabo de un rato, consiguieron serrar suficientes planchas para que pasase una persona. Tres o cuatro pudieron saltar. El tren, sin embargo, se detuvo inmediatamente, unos faros barrieron el convoy de arriba abajo y toda la longitud del vagón. Llegaron los SS aullando y gritando no sé qué. Debimos desnudarnos todos, nos metieron en el vagón a pelo, nos hicieron saltar sobre el balasto, desnudos completamente. Y nos metieron dos vagones en uno, es decir, nos encontramos doscientas personas, doscientos detenidos a pelo, completamente desnudos en el mismo vagón. Los primeros que saltaron del vagón una vez desvestidos, recibieron una ráfaga de ametralladora, de manera que reembarcamos cuatro personas heridas de bala.

Fue un momento penoso y difícil para nosotros, pues hubo enseguida, entre estos pobres diablos que estaban allí dentro, los que se pusieron a criticar la tentativa de evasión, porque decían: “si esto no hubiese ocurrido, no habrían habido represalias”. Otros decían: “han hecho bien, si podemos, volvemos a intentarlo porque no podemos aceptar que se nos conduzca como a reses no se sabe dónde... ¿y qué nos puede pasar?”. Se desencadenaron contradicciones, discusiones, desacuerdos profundos y serios, en una situación muy difícil. Y los SS habían advertido: “Si hay una nueva tentativa de evasión, haremos bajar a todo el mundo y tiraremos con nuestras ametralladoras sobre vosotros durante un cuarto de hora sin parar, sobre todo el grupo.” Tenían la obsesión de nuevas fugas. En verdad no hubo más, pero, desde la primera noche, las relaciones entre los detenidos comenzaron a deteriorarse, porque no había ninguna posibilidad de beber, y menos de comer, ninguna posibilidad de satisfacer las necesidades personales, sin ningún recipiente, nada. Las necesidades más urgentes no podían satisfacerse más que de pie, porque no había ninguna posibilidad de sentarse. Intentamos organizarnos por turnos: diez sentados, diez de pie, enseguida para permitir a cada uno descansar. Pero muy pronto, la anarquía se apoderó de todo. La falta de aire, la falta de agua, obsesionados con lo que nos sucedía, desencadenó una especie de locura colectiva, que se tradujo en peleas, arañazos, mordiscos...

Los pobres tipos que habían sido heridos de bala, agonizaban y no cesaban de quejarse y de gemir-a la llegada al campo, tres de ellos habían muerto. Recuerdo que yo estaba entre un cura y un gendarme, con la espalda pegada contra la pared metálica del vagón y el torso humedecido de la transpiración colectiva, del sudor que emanaba de aquellos cuerpos desnudos, más o menos agitados. Creo que evité, quizás, las consecuencias de la deshidratación, que dieron lugar a esta locura colectiva, pasando la mayor parte del tiempo lamiendo la pared metálica del vagón donde se condensaba el vapor de la transpiración humana. Así fui tirando. No perdí la razón. Me acurruqué en mi rincón, pensando “que sea lo que Dios quiera”. A mi lado, el cura rezaba; otros le decían. “cierra el pico” y el cura respondía: “No blasfeméis, hijos míos”. El gendarme había enloquecido...Realmente era una pesadilla, eso me dejó una impresión terrible, peor que todos los momentos que viví después, en el campo de concentración donde estuvimos. Verdaderamente, era desesperante. Tenía la impresión de que no saldríamos de aquel infierno en el que nos encontrábamos.

Esto duró tres días y dos noches. Sin beber, sin ver la luz del día-sólo desde los intersticios de la pared metálica del vagón-y sin comer. Después de dos noches, por la mañana, llegamos. El tren se detuvo, las SS abrieron las puertas. Nadie osaba bajar, pues pensábamos que iba a suceder lo mismo que dos noches antes, cuando dispararon con ametralladoras contra los que bajaban. Finalmente no pasó nada. Nos empujaron afuera, caímos en el borde de la vía nevada-había entre 30 y 50 cm. De nieve. Nos pusimos a cuatro patas en el suelo para comérnosla con la mano, porque teníamos la necesidad de rehidratarnos. Allí, desde el vagón donde dejamos nuestras ropas, las arrojaron todas hacia el lado de la vía, y cada uno se espabiló para hacerse con un par de zapatos, un pantalón, una chaqueta, un sombrero. Hacía frío, casi helaba. Me ocupé del cura que estaba a mi lado, sin saber qué pasaba y le recogí un par de zapatos y una chaqueta, etc.; el gendarme, que no se encontraba nada bien, no sabía qué hacer...Intenté reunir el máximo de prendas para vestirme yo y vestir a mis compañeros de miserias y desgracia. Y partimos medio inconscientes, atolondrados, sin saber dónde estábamos después del calvario que acabábamos de sufrir, a pie, para ir a nuestro destino definitivo.

De la estación al campo había 4 o 5 km., que hicimos a pie sobre la nieve, muchos de los detenidos sin calzado-llegados por otra parte en muy mal estado a causa del frío, del cansancio y del viaje que acabábamos de realizar...enfermos, con los pies helados...En aquella mañana pasamos por un pueblo, del que supe después que se llamaba Mauthausen. En el pueblo, me acuerdo que algunas personas nos veían pasar, nos insultaban. Incluso hubo críos que nos tiraban piedras, pues se les dijo que éramos peligrosos terroristas que veníamos de Francia y que perseguíamos a sus padres que servían al Führer. Y nosotros seguimos nuestro camino, mejor o peor, con las SS que llevaban un arma en una mano, un perro en la otra, que vigilaban nuestro cortejo de desgraciados, yendo por un camino ascendente. Y llegamos a la famosa fortaleza que se denominaba “Campo de concentración de Mauthausen”.

CAPITULO 3

EN MAUTHAUSEN

Si no recuerdo mal, estamos a 26 de Marzo. Son entre las siete y las ocho de la mañana. Llegamos ante esta inmensa fortaleza, dominada por una gran puerta flanqueada por grandes piedras graníticas. Pasamos bajo esta puerta, en formación unos detrás de otros en columnas de a cinco. Y entonces he aquí un hecho extraordinario, oí por la megafonía del campo una canción que aprendí en la juventud comunista: “Marchons au pas, camarade.” Luego supe que las SS, los nazis, habían puesto una letra hitleriana a esta canción revolucionaria de origen alemán. Como no comprendía la lengua alemana, me desconcerté al escuchar este canto que habíamos aprendido en la juventud. Pero la impresión de que, quizás hubiese algo de humano allá dentro no duró mucho, pues una vez llegados al patio del campo de Mauthausen, estuvimos largo rato fuera, en los accesos, en el arcén de esta gran plaza a la que llamaban la plaza de pasar lista (esto también lo aprendí enseguida), esperando pasar a las duchas.

Para pasar a las duchas, tuvimos que esperar entre tres y cuatro horas. Nos quitaron todo lo que llevábamos puesto, hasta los relojes y los anillos. Los dientes de oro eran arrancados brutalmente, sin precaución ninguna. Yo, aparte de un reloj, no llevaba nada. Después nos pasaron a las duchas...no, primero estaba *el friseur*^x. El Friseur era el que encargaba de rasurarnos la cabeza y todo el sistema piloso de un rasurazo en todos los sentidos, con el temor de que tuviese tembleque o un sobresalto en ese momento. Finalmente, acabamos todos desfigurados porque-no sé si uno se da cuenta-, cuando se tiene cabello y se pierde completamente, de improviso, para quedarte calvo, no te parece en nada a tu aspecto anterior. Pero aún así, bromeábamos de ello, entre nosotros...Aún en las peores circunstancias, el espíritu de conversación y las ganas de levantarnos la moral colectivamente subsisten.

Una vez pelados y afeitados, pasamos a las duchas. Entonces, lo que era divertido-bueno, “divertido”...digamos más bien, lo que era ridículo, atroz, pero que daba lugar a bromas-es que, después de haber afeitado la parte cercana al ano de nuestro cuerpo, el preso alemán encargado de ello, tenía un pote grande con un pincel grueso y Crésyl (potente desinfectante). Nos daba un brochazo de Crésyl entre las nalgas para desinfectarnos...después de un afeitado en seco, daba una sensación de quemazón terrible, que nos hacía brincar hacia la ducha para refrescarnos. Después de la ducha, recibimos cada uno un número de matrícula: el mío era “sechzig fünfhunderteinundachzig (60.581). A partir de entonces yo ya no me llamaba Georges Séguy, sino “sechzig fünfhunderteinundachzig”. Me quedé durante los quince meses de mi detención en el campo de Mauthausen con esta matrícula.

Nos llevaron a todos, siempre por orden alfabético a nuestro barracón. Yo estaba en el barracón 15, que era uno de los barracones de puesta en cuarentena. Es decir, a los detenidos recién llegados al campo se les mantenía en aislamiento durante un mes en un barracón, para que no tuviesen contacto con el resto. Después, mi barracón fue integrado en el campo “libre”, entre comillas...digamos que era un campo “general”, pero que los SS llamaban a aquella zona el “campo libre”, porque no era de barracones de cuarentena. Cuando yo ingresé en este nuevo campo, encontré a todos los compañeros allí, en Mauthausen. En los primeros días estábamos alojados para dormir en un lecho de tablas de madera para dos o tres, los pies de

uno en la cabeza del otro, nos costaba mucho descansar. Pero esto no duró mucho. Íbamos vestidos a rayas: una gorra a rayas, una chaqueta a rayas, un pantalón a rayas, unas plantillas de madera con correas a modo de zapatos. Era todo lo que teníamos. Debíamos enarbolar nuestro número de matrícula con un triángulo rojo, en el que estaba escrita la letra F^{xi}.

Conocimos un período bastante difícil, a nuestra llegada, puesto que había en el campo de Mauthausen muchos detenidos españoles que habían combatido en la guerra de España, que habían sido transferidos cuando estaban refugiados en Francia, a los campos de internamiento franceses, que denostaban a Francia por el trato que recibieron. Al principio, tenían la tendencia – no sólo había comunistas, había también anarquistas – de reprocharnos a nosotros por el papel que había jugado Francia en su opinión, cuando tuvieron que cruzar los Pirineos para encontrar refugio en Francia. Esto no duró mucho, pero al comienzo no era fácil, pues estos españoles tenían la tendencia a tomar la revancha con nosotros, de la forma de cómo se les había tratado. Tuve que explicar a los responsables españoles que tenían un cierto grado – los que escaparon al exterminio y accedieron a ciertas responsabilidades de administración de los barracones del campo – que yo recorría las calles de Toulouse con una bombona en la cesta de mi bicicleta, para ir a casa de todos los compañeros a recuperar un poco de gasolina, para proveer carburante para una camioneta destinada a facilitar la evasión de camaradas españoles internados en el campo de Vernet^{xii}. Uno de ellos, cuando le expliqué esto, se dio cuenta de que no se debía confundir la Francia de Pétain, la de la colaboración, con la Francia de la Resistencia. Eso mejoró enseguida la relación, y puedo decir que nosotros conseguimos tener excelentes relaciones con nuestros camaradas españoles. Y conseguimos además salvar bastantes vidas, gracias a la solidaridad que organizamos conjuntamente.

También había allí detenidos checos, que reprochaban a Francia, y consecuentemente nos reprochaban los acuerdos de Múnich; polacos que reprochaban también la actitud de Francia en el momento en que Alemania y Rusia invadieron Polonia...todo ello nos creó dificultades. Pero, felizmente, teníamos también camaradas franceses – que llegaron un año y medio antes que nosotros, que tenían los números de matrícula 20.000, más o menos -, que habían hallado la posibilidad de organizarse y encarar un poco esta situación. Esto atenuó el período en el cual nuestra inserción en el campo fue difícil y penosa.

Un aspecto de esta situación de encierro, de la que se habla poco, pero que es bien real, era la presencia de los “presos comunes” alemanes en los campos nazis, que detentaban más o menos responsabilidades: Jefe de barracón (“blockältester” como se les llamaba), administrador, distribuidor de sopa...los “triángulos verdes”, con la D en el triángulo^{xiii}. Entre ellos había muchos homosexuales. Quizás no lo eran antes de su arresto, pero lo fueron como resultado de su confinamiento en los campos. Es un fenómeno muy conocido, el encarcelamiento no mixto. Nosotros, los franceses que llegamos con 17, 18 y 19 años éramos carne fresca, de alguna manera para esos tipos, y enseguida fuimos el objetivo de sus veleidades y necesidades sexuales. Eso no fue fácil. Debo decir que si no hubiésemos tenido organización a nivel internacional en el campo^{xiv}, en la que participaban nuestros camaradas franceses, hubiésemos tenido muchas dificultades para enfrentar el acoso del que éramos objeto. La organización tenía, en el interior del campo, fuerza suficiente para constituir una forma de disuasión que nos permitió escapar de estos hechos de los que hubiésemos sido víctimas.

Desde que el barracón 15, en el que me encontraba en cuarentena, pasó a la composición general del campo (es decir, desde que se convirtió en un barracón general), fui destinado a la cantera, junto a todos mis camaradas, en la que estuve unos quince días. Allí trabajábamos unas quince horas al día, con media hora de descanso para comer la escudilla de sopa aguada, con nabos o remolacha, sin nada de materia grasa. Debíamos tallar la piedra, y después nos tocaba transportar bloques de granito más o menos grandes, apilarlos para colocarlos en vagonetas que los llevaban a su destino. A menudo, por la tarde durante este período, teníamos que remontar cada uno con una piedra a nuestra espalda los 282 escalones que conducían al campo de Mauthausen. Escalones que eran todos diferentes, de granito, que ascendían desde la cantera hasta el campo, que eran muy peligrosos, aunque no llevásemos carga en la espalda. Cada tarde, debíamos escoger una piedra para subirla, ni muy grande, pues era difícil de transportar, ni muy pequeña, pues si un SS se apercebía de ello, él mismo se encargaba de elegir una enorme, que hacía imposible la ascensión. A menudo pasaba de que detenidos que estaban al límite de fuerzas, no podían remontar la piedra. Entonces nos las arreglábamos para ayudarles a transportar la piedra, así como a ellos mismos, pues no podían subir hasta el campo. Estos no tenían una gran esperanza de vida. Cuando pasábamos por la puerta de entrada de la fortaleza, no sólo nos contaban de cinco en cinco – debíamos saludar a los SS a la entrada del campo quitándonos la gorra cada vez: “Mützen ab^{xvi}!” – además se fijaban en aquellos que estaban al límite de fuerzas, y les retiraban de la fila para enviarlos al *revier*: el *revier* era el hospital, que estaba un poco más abajo. Fui allí cuando tuve una pleuresía, pero luego lo explicaré. Entrábamos, pues, cada tarde al campo, depositábamos nuestra piedra a la entrada, enseguida nos recontaban y nos señalaban para saber quiénes eran todavía capaces de trabajar o aquellos que no podían efectuar una carga de trabajo semejante.

Estuve quince días. Me dio fiebre y enfermé y me escondí en una tumba de granito para que los SS no me viesan en unas horas, para recuperarme y evitar ser señalado por la tarde, entre aquellos que estaban destinados a ser retirados del trabajo para ir al “hospital”. Esto duró unos quince días. Fue muy duro, muy difícil. Por la tarde, a llegar al campo, mordisqueábamos nuestro trozo de pan negro con un cuarto de margarina, a veces con un pequeño trozo de pan. Al principio, algunos de nosotros, por razones de racionalidad alimentaria, sólo comíamos la mitad, para tener un trocito para la mañana siguiente. Pero eso no duró mucho, porque era raro que se pudiese conservar para sí un pequeño trozo de pan – había una hambruna, unas ganas de comer que no se podía esconder o disimular nada, de tal manera que no podía caer un pedacito en manos de nadie pues se lo hubiese comido alguien. Nos tragábamos todo aquello que caía en nuestras manos para consumir lo máximo que podíamos, de lo poco que nos daban para vivir.

Durante estos quince días durísimos, decaímos y nos recuperábamos después – entre ellos mi patrón Henri Lion, al que había visto debilitarse poco a poco hasta el momento en que marchó al *revier*, y no le vimos más. Hice lo que pude para acudir en su ayuda, puesto que yo tenía más vitalidad que él, pero él y algunos más, que fueron arrestados conmigo no sobrevivieron. Murieron rápidamente. Expliqué que las personas con más edad tuvieron muchas dificultades para sobrevivir un largo tiempo en el campo de Mauthausen. Digamos que Henri Lion, mi patrón, sobrevivió apenas un mes, un mes o... cinco semanas, no lo recuerdo muy bien, pero

desapareció pronto. No sé cuánto tiempo permaneció vivo en el hospital, pero seguro que muy poco. En aquel momento debía rondar por los cincuenta años.

Poco después, al final de estos quince días, hubo una reorganización del campo, abrieron una fábrica "Richtung I", al lado de la cantera, que trabajaba para la empresa Messerschmitt, los aviones de caza alemanes. Esta empresa se amplió rápidamente con la apertura de un nuevo taller (no se puede llamar a aquello una empresa), "Richtung II", que fabricaba pequeños alerones de Messerschmitt. La organización del campo hizo todo lo posible para llevar a Richtung II detenidos, resistentes susceptibles de poder realizar el trabajo demandado. Bajo los consejos de nuestra organización francesa, me inscribí como metalúrgico ajustador, para trabajar en la fábrica. Los que trabajaban en la fábrica realizaban un trabajo menos penoso, menos agobiante que el trabajo en la cantera y tenían un pequeño régimen alimentario – "Sonderkost"^{xvi}," se llamaba – sensiblemente superior a la escudilla de agua insípida que nos servían cotidianamente. Eso funcionó, y nos reencontramos una decena de compañeros franceses, con jóvenes de otras nacionalidades, destinados a este taller de fabricación de alas de avión, con un soviético del que supimos que era oficial del Ejército Rojo, y que había sido arrestado como civil en Alemania porque se había evadido de un campo de prisioneros rusos.

Nuestro trabajo consistía en abrir agujeros en el alerón de Messerschmitt, que media cerca de 1,20 m. Había que perforar una treintena de agujeros y remachar enseguida dos chapas de aluminio. Como que era un poco especialista – o eso hizo creer a las autoridades de la dirección del campo de concentración – nos sugirió un sistema de sabotaje que consistía en perforar los alerones de Messerschmitt a 10 y que remacháramos a 8.

Para alguien que conozca un poco la técnica, la mecánica, cuando se hace un agujero de 10 que se remacha con un remache de 8, eso enseguida baila. Era un sabotaje que pasaba desapercibido – jamás escuchamos nada al respecto que pudiese poner a los SS en la pista de un sabotaje de esta naturaleza. No sabemos si nuestra acción fue positiva o no, pero no podeís imaginar a qué punto tuvimos conciencia de poder, en estas circunstancias en que nos encontrábamos – internados, humillados, golpeados, maltratados, insultados por nuestros carceleros y verdugos – por hacerles esta jugarreta, de hecho, participar en la lucha contra la máquina de guerra alemana nos fortalecía mentalmente de una forma extraordinaria. Desde luego, continuamos haciendo esto hasta el final. No sabemos cuántos Messerschmitt cayeron en los combates, ni si fueron abatidos por la DCA inglesa, o por los cazas americanos o por la RAF, pero quizás algunos cayeron gracias a nuestro pequeño sistema de sabotaje, perforando a 10 y remachando a 8. Eso ha debido jugar un papel. Sé que hubo, por otra parte, actos de este género, pero en nuestro caso esté fue un elemento que nos permitió, aún presos, enfermos y condenados al exterminio – como ya estábamos intuyendo, pues los tratos sufridos nos hacían ver que teníamos muchas posibilidades de perecer – que podíamos golpearles, y eso nos daba una moral enorme- Y hubiésemos aguantado hasta las últimas. La vida en el campo, desde que fui reclutado para el taller de Messerschmitt, se desarrollaba de forma clásica y repetitiva. Levantarse a las 6 de la mañana, toilette sumarisima, en los espacios donde éramos muchedumbre tal que era difícil lavarse normalmente – por otra parte, sólo disponíamos de agua, no teníamos nada más – e inmediatamente después, tras la sirena, debíamos formar todos en el patio, vestidos con nuestras pobres prendas – tres piezas, gorra, chaqueta y pantalón, y zapatos. Y cada mañana teníamos el recuento de todos los presos, alineados en

columna. Los SS pasaban y contaban, contaban, contaban...los días normales, la llamada no duraba mucho, había que ir al trabajo, y ellos obraban para que ello no afectase a nuestra presencia en el trabajo, amputada por tiempo perdido por recuentos en el patio. Pero a veces, los domingos, que era un día que no se trabajaba, nos dejaban en el patio una hora, dos horas. Fingían errores en el recuento, que había que empezar de cero, para mantenernos, sobre todo los días en que hacía mucho frío o mucho calor, allí presentes, sin movernos ni hablar, en silencio total en el patio, nos agotaba, nos consumía. Por la tarde nos reagrupaban por barracones: vivíamos más en el barracón que en el campo. En el campo nos veíamos los domingos, de vez en cuando nos relacionábamos. Conocía a camaradas que eran responsables en el Comité internacional del campo. Los conocía porque tenían referencias de por qué estaba yo allí – era sabido que venía de Toulouse, quien era, y por qué me había unido a la Resistencia – y mis camaradas que no me conocían anteriormente, me acogieron en el campo de Mauthausen como a alguien comprometido y ya responsable. Nosotros teníamos – conozco sobre todo la forma de funcionamiento de la comunidad francesa en el campo de Mauthausen, pero creo que todas las nacionalidades estaban organizadas con el mismo modelo – teníamos una organización por grupos de tres. Cada uno tenía tres personas, que veía diariamente, en primer lugar para organizar la solidaridad – pues cuando había alguno de nosotros que estaba mal, se le daba un trozo de pan para ayudarlo, un poco de margarina para complementar un poco su alimentación. A esta solidaridad la llamábamos “las familias”, la “reacción de familia”. Yo tenía tres jóvenes bajo mi responsabilidad (uno aún vive); cada uno de los tres tenía otros tres y así sucesivamente. Intentábamos tener así – sin coincidir, sin poder reunirnos para concertar asambleas generales, eso evidentemente no existía – un contacto permanente, organizado y regular, quizá no diario, pero sí semanal, los domingos, para traducir en actos la solidaridad y también para intercambiar informaciones que nos concernían. Porque teníamos información. Nuestra organización interior del campo, en el seno del comité internacional, tenía medios, por correos receptores: recibíamos información del frente Oriental, del frente Occidental después del desembarco, y también de lo que sucedía en Alemania. Teníamos bastante información. Fue así que, cuando tuvo lugar el desembarco en Francia, la noticia se expandió muy rápidamente en el campo, y creó como una explosión de esperanza, de satisfacción, de alegría – no de alborozo popular, pero sí de alegría. Ese día, los SS que nos acompañaban hasta la fábrica eran el doble de lo habitual, y había también el doble de perros policía. Estábamos completamente rodeados, pues intentaron hacernos comprender que, a pesar del desembarco, estábamos totalmente a su merced, que tenían siempre el derecho de matarnos.

Creo que esta organización en el interior del campo jugó un papel muy importante. Se concibió de una forma muy amplia y no se fundamentaba en cuestiones de pertenencia política. Era una concepción, quizá “Frente Nacional^{xviii}”, como ya existía en la Resistencia en Francia, donde todas las sensibilidades se reencontraban bajo una misma aspiración para luchar contra el enemigo común. En Mauthausen la solidaridad se organizó así. No digo que ella por sí sola pudiese hacer frente al mecanismo del exterminio, porque muchos, a pesar de ello, murieron en Mauthausen. Pero creo que salvamos a bastantes-aquellos que tenían capacidad física para sobrevivir pudieron lograrlo. Y además, creo que hubo una diferencia entre los resistentes y aquellos que fueron deportados y tratados de la misma manera sin ser resistentes o sin tener una actividad que justificase su arresto e internamiento. Conocí jóvenes que fueron detenidos

en Isère o en Haute Savoie que fueron deportados con nosotros sin haber hecho nada “repreensible”-desde el punto de vista de los ocupantes o de Vichy. Y claro, no comprendían la situación en la que se encontraban. No tenían-al principio de su internamiento-espíritu de resistencia. Y tampoco tenían la voluntad de combate que nosotros teníamos. Tenían la tendencia de dejar hacer...No entendían lo que les pasaba y eran más vulnerables a las privaciones, a los golpes, a los malos tratos. A veces, sobre todo los domingos – y eso yo lo sufrí bastante-los SS paseaban por el patio...nosotros estábamos todos fuera, sin actividad aunque los SS organizaban a veces en el patio combates de boxeo con los detenidos para amenizar el día, pero sobre todo para distraerse. Y a veces veía un SS (casi siempre era el mismo) que pasaba con su cigarrillo...para los fumadores la privación de tabaco era insoportable, y había quien, por una calada de cigarrillo eran capaces de hacer cualquier cosa. Y me acuerdo, cuando encontrábamos un paquete de cigarrillos (yo no era fumador, eso no me afectaba), entonces, un cigarrillo daba una vuelta entre diez personas, cada uno dando una calada. Y aquel al que llegaba la colilla, tiraba lo que podía, y los otros decían: “Para, para, no sólo es para ti, sino para diez”. Pero, volviendo a este SS, paseaba con un buen cigarrillo y lo tendía. Había siempre cinco o seis personas-raramente eran resistentes-que extendían la mano para hacerse con la colilla. Dejaba caer la ceniza del cigarrillo en la mano y seguía su paseo...humillarse de esta manera para tener una colilla de la boca de un SS no podía soportarlo. Un día vi pasar un SS por el patio. Él avanzaba hacia mí con su cigarrillo y yo caminaba a su encuentro. Tenía su colilla-creía que iba a extender la mano, cosa que no hice-entonces cambió de dirección, vino directamente hacia mí para que me apartara, cosa que no hice. Entonces recibí un puñetazo en la cara. Me fui al suelo, tumbado. Mis compañeros me abroncaron, me dijeron: “Nunca hagas cosas semejantes”. Pero yo estaba feliz, porque no había cedido a la arrogancia de aquel SS. Me había dado una buena torta, pero había hecho todo lo contrario de los que se dejaban humillar, tendiendo la mano para recoger una colilla.

En un momento dado estuve enfermo. Tuve una pleuresía, diagnosticada por el doctor Fichez, que era un preso de Mauthausen, un amigo muy querido. No era cuestión de que fuese a la cantera: tenía demasiada fiebre para descender y ascender la escalinata. Hubiese podido hacer el remachado saboteador, pero ello requería tres km. de marcha por la mañana y otros tres por la tarde, en mitad del invierno con un tiempo muy frío. Decidimos que iría al hospital, al *revier*. Ese fue uno de los momentos más horribles de mi deportación. El *revier* era un lugar bajo el campo principal y que estaba lleno de zombies, de muertos vivientes, de todas las nacionalidades, en un estado de higiene espantoso, sin ningún tratamiento ni limpieza. Felizmente, algunos médicos – también presos – entre ellos un profesor italiano del que no recuerdo su nombre, distribuían tabletas aquí y allá, me tomaron bajo su protección para evitarme lo peor. Pero me encontré en un lecho de tablas, con tres enfermos, uno murió a la mañana siguiente. Tenía un calzado mejor que el mío, yo sólo tenía dos maderas con dos correas, y como ya estaba muerto, recuperé su calzado, un poco mejor que el que yo tenía, sin dejar de sentir piedad para aquel pobre hombre que acababa de morir a mi lado, en la noche – yo creí que dormía, pero por la mañana estaba muerto. Hasta este punto llegaron nuestros verdugos, hasta deshumanizarnos.

Me tocó trabajar con cadáveres, cuando estuve en el hospital. Estaban apilados ante los barracones, expuestos a la helada exterior. Todas las mañanas, había quien tiraba con cuerdas de una carreta de cuatro ruedas, nosotros cogíamos los cadáveres por los pies y las manos y

los arrojábamos a la carreta. Entonces, subíamos al campo; allí los descargábamos a los hornos crematorios. Llegábamos allí u balanceábamos los cadáveres que transportábamos como troncos de madera, sin ninguna emoción particular, estábamos deshumanizados, reducidos a un estado como máquinas, cosas, casi animales...En este "hospital" vi un caso del que hablo raramente, pues sospecho que me digan que exagero: Vi una vez un caso de antropofagia de un preso, que había despiezado un cadáver para comerse su hígado. Y parece-había escuchado decir esto en el hospital por el profesor italiano-que eso era muy frecuente. Aquellos a los que sorprendían haciendo esto, eran inmediatamente inyectados con petróleo por vía intravenosa para liquidarlos. Fijaos hasta qué punto estos hombres que han vivido en un estado semejante, por una especie de locura de alimentarse, llegaron a este extremo inimaginable para gentes con vida normal. Hablo muy poco de estas cosas, temo que mi testimonio sobre la deportación tenga sombras de exageración. Me abstengo de hablar de ello, salvo con mi familia dónde nadie sospecha de mí como exagerado, ante estos recuerdos horribles.

Salí del hospital, sin fiebre, gracias a las aspirinas que me administró el profesor italiano, era tiempo además de irme de allí porque, aun sin fiebre, con mi pleuresía en convalecencia, creo que me hubiese vuelto loco, a costa de vivir en aquellas condiciones. Cuando salí, un camarada español que vivía en Francia-se llamaba François Sagat; era de Perpignan, pero estaba muy relacionado con la comunidad española-estaba encargado por la organización de solidaridad de darme todas las mañanas medio terrón de azúcar, de entre la decena que habían robado de la cantina de los SS. Durante veinte días, estaba encargado de darme medio terrón de azúcar para recuperar un poco de calcio, un poco sólo. Cada vez, tenía ganas de tragarme el azúcar de una sola vez, evidentemente.

Este camarada necesitó una santa paciencia, una santa voluntad para no comerse él el azúcar. Recuerdo que – retrospectivamente es una desgracia- no sabía cómo tenía este azúcar (me lo había dicho) y que sólo me daba medio terrón cada día. Un día sospeché que él se comía la mitad para darme sólo la mitad. Pero no: durante veinte días me dio el medio terrón de azúcar que él mismo partía, y este hombre – que ha muerto hace unos años – fue para mí como un padre, este fue un momento formidable en mi vida de deportado, conocer un hombre tan generoso, con aquel gran corazón. Tenía un hijo de mi edad y quizás pensó que, obrando así por mí, obraba tal y como lo hubiese hecho con su hijo...

CAPITULO 4.

ASÍ ME LAS ARREGLÉ

Con mi convalecencia prácticamente acabada, retomé mi trabajo en el "Richtung II". En aquel momento, como muchos deportados, tuve una especie de disentería, probablemente a causa de las curas que había soportado mal. Me traté absorbiendo una cantidad enorme de carbón vegetal, único medicamento del que disponíamos. Los médicos pensaron que, gracias a esto me salvé, además de la voluntad de evitar beber agua. Una disentería produce un gran deseo de absorber líquidos y no debía probar ni una gota de agua, pues hubiese sido incompatible con el carbón vegetal que tomaba. Estuve prácticamente una semana sin beber ni una gota de agua, comiendo mucho carbón vegetal y absorbiendo el alimento que nos distribuían. Así me las arreglé.

La vida cotidiana en el campo se sucedía así: íbamos juntos al trabajo, estábamos juntos por la tarde. Un día, para ayudar a uno de los nuestros que se encontraba mal y al que se debía sobrealimentar, intenté pasar dos veces por la distribución de la sopa de la noche. Pues, por la noche había un enorme bidón de sopa distribuida a todos los detenidos, una sospecha que se cernía sobre algún deportado que se portaba mal o que no se tenía en pie. Y este día se imaginó una combinación: pasé de los primeros, me comí mi escudilla de sopa y volví a pasar para tener otra, destinada al camarada al que debía alimentar. No tuve suerte, el jefe de barracón se dio cuenta y me aplicaron el castigo que se aplicaba a todos los actos de "indisciplina" hacia el jefe de barracón: "fünfundzwanzig", es decir, veinticinco bastonazos en los riñones. Con los codos en un taburete, rodillas en tierra, para recibir veinticinco golpes. Los diez primeros son muy dolorosos, hacen mucho daño; los quince últimos bastante menos. Estás tan dolorido, que aún sintiendo las sacudidas, y que, evidentemente duelen, son más soportables que los diez primeros. Durante muchos días oriné sangre, pero salí de la situación. Pero esto me dejó lesiones en la columna vertebral-aún no tenía los 18-que sorprenden mucho, que dejan pasmados a los médicos que vieron las radiografías de mi columna vertebral que me hicieron después. En fin, mi crecimiento se hizo en estas condiciones y se consolidó. Las vértebras se deformaron y desarrollé escoliosis, consecutivamente a los tratamientos. Eso forma parte de los temas por los que me declararon gran inválido de guerra, como la mayor parte de deportados.

En otra ocasión, fui testigo con otros de la captura de un piloto del ejército del aire norteamericano que, después de saltar en paracaídas, cayó en manos de las SS. Sería un piloto de caza, seguramente, porque iba solo-a menos que el otro hubiese sido abatido por la DCA alemana. Fue capturado vivo por las SS. Aquel hombre, aquel piloto del ejército americano fue tratado de una manera atroz, indescriptible. Le hicieron cargar a la espalda una especie de cuévano, que estaba destinado a los que eran víctimas de castigo: se llamaba "Strafkompanie" (compañía disciplinaria). Entonces, les colocaban el cuévano a la espalda y les hacían subir y bajar la escalinata de la cantera con una carga enorme de granito hasta provocarle la muerte. Fue víctima de este método atroz de exterminio: durante tres días hizo ese trayecto con el cuévano a la espalda. Por la tarde, le ataban a la entrada del campo, como a un perro con una cadena, cuando los SS pasaban a su lado de daban un puntapié o un puñetazo. Y lo que me contaron-no asistí a la escena-fue que un día, al pasar por el borde de la cantera, le empujaron

para que se cayese en la cantera, unos 120 metros de altura aproximadamente. Fue asesinado así. Ese era el odio que tenían nuestros verdugos, no sólo hacia gente como nosotros, que éramos sus enemigos de la Resistencia, también hacia los soldados que combatían a la Alemania hitleriana. Eran verdaderamente individuos que no tenían ningún rasgo de humanidad, con una ferocidad bestial...que sobrepasa lo imaginable. Y para aquellos que les caían en gracia, tenían la voluntad de destruir todo aquello que tuviese algún rasgo de humanidad en ellos. Nos querían rebajar al estado de seres inferiores, de animales. Matar a la persona que llevábamos dentro. Esa era su idea final. No tuvieron éxito con todos, evidentemente, pero ello causó enormes estragos. Encontraban gran placer en ello. Incluso no se puede decir que fuese sadismo, era una forma de satisfacción particular de perseguir en reducir al estado de bestias a hombres, como también a mujeres, sobre los que tenían el poder de vida o muerte.

Aeguidamente, a inicios de 1945, las cosas fueron muy mal en el campo de Mauthausen. Los fallecimientos se multiplicaron. Muchos provenientes de campos, tanto del este como del oeste, fueron a parar a Mauthausen^{xviii}. Recibimos personas que venían de Auschwitz, que una noche fueron bombardeados causando estragos terribles. Encontrábamos trozos de carne por todo Mauthausen. Recibimos, de otros campos al nuestro, una parte del campo de Ravensbrück, donde habían deportado a mujeres. Tuve entonces la sorpresa y la alegría de encontrar, entre las detenidas que llegaban de Ravensbrück a Mauthausen, a mis camaradas de la resistencia que trabajaban en la misma imprenta que yo, todas con vida.

Tuve la posibilidad de reconocerlas a través de las rejas, porque no nos podíamos comunicar de ninguna manera. Pero me espabilé, con nuestra organización de la resistencia para recuperar un trozo de pan de la cantina, que les hice llegar. Éste es un recuerdo memorable: reencontrarse en aquellas condiciones fue una cosa realmente extraordinaria.

A propósito de esos trozos de pan, hay una cosa también que ha quedado en la memoria de muchos. Poco después de mi llegada al campo, tuve ocasión de encontrarme con un sacerdote que estaba mal, muy mal, con el que compartí un trozo de pan, por la piedad que sentía, sin saber quién era, ni tan sólo que era un sacerdote. Mucho tiempo después, después de la liberación de los campos, este hombre testificó en TV, en una emisión que se titulaba "Interview sin rostro"^{xix}. Dijo: "Conocí un joven en el campo de Mauthausen, un joven comunista de Toulouse quien, sin conocerme, compartió su trozo de pan conmigo de una vez, me encontraba en una situación muy difícil, tenía mucha hambre, estaba enfermo, abatido, muy debilitado. Figúrense, dijo en TV aquel sacerdote-yo ya sabía entonces quien era-figúrense que ese hombre, ese joven de Toulouse, aquel jovencito que estaba con nosotros, se convirtió después en Secretario General de la CGT, se llama Georges Séguy". Él era el reverendo padre Riquet, predicador de Nôtre Dame. Fue así como conocí en el campo de Mauthausen al reverendo padre Riquet, con el que he conservado relaciones muy amigables, con gran respeto por ambas partes, evidentemente. Fue aquel pequeño trozo de pan que dí a un individuo que no conocía lo que él conservó en la memoria. Siempre ha testimoniado este recuerdo como prueba de lo que podía existir entre los presos de un campo de la muerte, cuando éramos todos iguales ante los torturadores que pretendían destruirnos...encontrábamos rápidamente, a pesar de nuestras diferencias, la posibilidad de vivir como personas.

El campo de Mauthausen estaba situado en un extremo del Tyrol, en Austria, digamos que el verano, que era muy cálido durante el día, era fresco durante la noche, en esta parte de Austria. Mientras que en invierno el frío era muy riguroso y había a menudo temperaturas de -10, -15, -18 grados. Con la ropa de la que disponíamos-una chaqueta, unos pantalones y trozos de madera en los pies y una gorra, era muy difícil. He ahí el por qué, además del mal trato, del hambre y las enfermedades, muchos murieron de frío. No teníamos una alimentación adecuada para afrontar los rigores de estas temperaturas tan bajas durante todo el invierno, es decir, desde Noviembre hasta Abril prácticamente. Yo sufrí como todos, pero como era joven, quizá me las arreglé mejor que otros. A pesar de mi pleuresía de la que me llegué a curar. El domingo era la ocasión para encontrarnos con otras gentes, además de los que convivíamos toda la semana, tener conversaciones, relaciones con los franceses primero, pero también con los extranjeros con los que podíamos entendernos, más o menos. A veces los presos tocaban música con instrumentos. Había también combates de boxeo, que los SS organizaban con aquellos presos que habían practicado ese deporte en la vida civil. Algunos de ellos estaban algo mejor alimentados, de hecho, para que así pudiesen aguantar y participar en estas competiciones. Pero lo más frecuente eran las reuniones de grupo, de compañeros, que a menudo hablaban de recuerdos del pasado, de lo que hacíamos en la Resistencia-una vez que estábamos en el campo, al menos puede decirse de que había una cierta libertad de expresión entre nosotros. No estábamos bajo la amenaza de denuncia porque, para los SS, una vez encerrados allí, estábamos condenados de todas maneras a salir en humareda por el crematorio. Se cachondeaban de lo que pudiéramos decirnos entre nosotros. Había, pues una gran libertad de expresión.

Intercambiábamos nuestras experiencias, hablábamos un poco de política, expresábamos nuestros sentimientos sobre lo que sucedía en el frente del Este, del Oeste, nos informábamos de lo que sabíamos, intercambiábamos impresiones...la conversación que siempre surgía era sobre qué comeríamos una vez liberados. Había recetas fantasiosas, especialidades de la alta cocina que nos hacían salivar, como al famoso perro de Pavlov...ello seguramente nos hacía bien en la mente, pero nos devolvía a nuestra hambre. Así pues-creo que todos los deportados estarían de acuerdo-éste era uno de los temas más apreciados de nuestras conversaciones cuando nos veíamos sólo en domingo, en un círculo conversatorio de nuestros recuerdos. Los proyectos que teníamos, lo que haríamos una vez liberados. Eso elevaba la moral, porque la mayoría de nosotros pensábamos que no saldríamos de allí...siempre esta esperanza, aun sabiendo que pensábamos en que no saldríamos con vida. El domingo no se trabajaba.. Había la llamada de la mañana, la de la noche, pero en el resto del tiempo vagábamos por el campo, haciendo algo. No había juegos de cartas, ni ajedrez, no había nada organizado como animación o actividad deportiva, ni cultural. Una vez por semana aprovechábamos para reunirnos, discutir...nos servía un poco como descanso.

Referente a la higiene, había sesiones de despiojo. Teníamos que pasar nuestra ropa por la sauna, después pasábamos a las duchas. Nunca se sabía si saldría agua o gas, todo estaba organizado de manera que pudiésemos o bien ducharnos o bien ser gaseados. No nos gasearon, evidentemente. Pero muchos de los que llegaban de otros campos conducidos a Mauthausen, no durmieron en Mauthausen; llegaban para ir a la cámara de gas y a los crematorios.

Claro que sabíamos que había cámaras de gas. Nosotros retiramos a muchos prisioneros, que salían en carretas para llevarlos a los crematorios. La existencia de cámaras de gas en Mauthausen era conocida por todos los presos. No era ningún secreto. No sé si hubo deportados en Mauthausen que ignorasen esta realidad, pero nosotros lo sabíamos. Sabíamos que podían ducharnos o gasearnos.

La cámara de gas se situaba en la prolongación de las duchas, en el edificio que prolongaba la cantina y el crematorio. Aparte de los kommandos que no tenían cámara de gas, el campo central tenía la suya, como todos los campos de concentración de este tipo en la Alemania nazi, creo.

Había una mortalidad tal que el horno crematorio funcionaba casi permanentemente...Como no había crematorio en el "hospital", en el *revier*, los muertos del *revier* eran trasladados para pasar al crematorio del campo. Y el humo...Ni un solo día deje de ver la chimenea del crematorio sin humo. Era permanente, y el olor, nos hacía saber que eso funcionaba permanentemente, según de dónde soplaste el viento.

Volviendo a la higiene, todas las mañanas nos lavábamos en una sala donde había agua corriente y salía siempre de muchos grifos. Debíamos lavarnos bien y rápido. Sobre todo, debíamos velar para no tener piojos-había en abundancia. Una vez por semana o cada quince días, nuestras ropas pasaban por la sauna para matarlos, A menudo, nuestra ropa estaba impregnada de un fuerte olor que nos mareaba cuando nos la devolvían. Durante el rato que la ropa estaba en la sauna estábamos desnudos en el exterior, esperando recuperarla. Muchos tuvieron anginas y lesiones pulmonares a causa del frío. Enseguida nos rasuraban y nos pelaban cada quince días, hasta nuestras partes más íntimas, siempre con el mismo sistema, navaja y pincel con Crésyl. Para el cabello, nos afeitaban la cabeza una vez por mes o mes y medio, pero cada semana nos pasaban la maquinilla por en medio del cráneo, de manera que teníamos dos matas de pelo una a cada lado, con una amplia raya en medio. Para que en caso de evasión, fuésemos reconocibles sin dudas. Teníamos la costumbre de ser tratados como una especie de tribu india, con dos matas de pelo a cada lado, que no tenían tiempo de crecer porque cada mes se nos afeitaba al cero.

Nos encontramos civiles alemanes que vinieron a trabajar a la fábrica...pero no teníamos contacto con ellos: Sólo se dirigían a las SS o a los mandos del interior del campo, es decir, un mando en la mayor parte de los casos alemán, preso común. En el campo de Mauthausen no había demasiados presos políticos alemanes, sí que los había comunes. No teníamos contacto con ellos. Por otra parte, como muy pocos de nosotros hablábamos alemán, habría sido difícil comunicarse. Hace falta saber que los civiles alemanes (o austríacos) sabían muy bien que existía un campo de este género, porque tenían la posibilidad de venir y veían cómo pasaban los convoyes desde la estación de Mauthausen hasta el campo.

Además del oficial del Ejército Rojo con el que hablé, había yugoslavos, polacos, checos. Conocí a los sobrinos de Badoglio, ese político italiano^{xx}, que pasó por un período escabroso en su vida. Habían sido arrestados y deportados. Conocí a Artur London^{xxi}, que estuvo detenido en el campo de Mauthausen, y que algunos les sonará, a los que recuerdan el film *L'Aveu* (La Confesión)^{xxii}. Después conocí un poco a la familia, reencontré a Lise London, su esposa, que sufrió terriblemente por lo que pasó después. Artur London fue un hombre que resistió en

Francia, y que después se convirtió en una importante personalidad política en Checoslovaquia. Fue acusado de una traición que jamás cometió. Es una historia conocida. Artur London era un deportado en el campo de Mauthausen, conocido y apreciado por todos aquellos que tuvieron ocasión de conocerle.

CAPÍTULO 5

LOS ÚLTIMOS DÍAS EN MAUTHAUSEN.

Al principio de la primavera de 1945, las cosas habían evolucionado mucho. Éramos informados de forma bastante regular acerca de la evolución de la situación, sobre todo del frente del Este, y del desembarco en las costas del Mediterráneo. Fue a partir de este momento que nosotros-los supervivientes-comenzamos a creer que había una pequeña posibilidad de salir de allí. Empezamos a creer en que había una posibilidad de sobrevivir a aquel infierno. El Ejército Rojo avanzaba con rapidez. El General de Gaulle hablaba de “París se ha liberado^{xxiii}”. Nosotros habíamos sido informados de todo esto. Y ello nos daba de verdad a todos la idea de que la salida estaba próxima, y que estaríamos vivos.

También en este período, los presos de muchos campos fueron trasladados a Mauthausen y hubo una mortalidad increíble: no sólo a causa de los traslados, en condiciones horribles en las que eran transportados aquellos pobres presos-muchos llegaban muertos a Mauthausen-sino que muchos de los que sobrevivían pasaban a las cámaras de gas. Pero nosotros aún pensábamos que había una posibilidad de sobrevivir.

Fue en ese momento que supimos del famoso telegrama de Himmler^{xxiv}, que la Historia conoce y que daba la consigna a todos los dirigentes de los campos de concentración no liberados por los aliados, de destruir toda prueba de la existencia de estos campos de exterminio. Ese telegrama existió. ¿Cómo se hubiese aplicado en Mauthausen? No sé si la historia lo dice de forma irrefutable, en cuanto a las intenciones de las SS. Pero lo que aprendimos, con nuestra organización internacional, es que los SS tenían el proyecto de destruirlo todo, enterrándonos vivos en los subterráneos de Gusen, que estaba muy cerca, a 8 km. de la fortaleza de Mauthausen.

Habíamos visto la hipótesis por la que se nos conduciría a todos agrupados hacia los subterráneos de Gusen. Hubo una especie de acuerdo, a la iniciativa de la organización internacional, del comité internacional del campo, que hizo saber que si tal cosa sucedía, no podíamos dejarnos conducir como reses hacia el exterminio. Y la propuesta, según esta hipótesis, era de sublevarse por el camino. Veíamos que, en la peor eventualidad, probablemente perecerían el 90%, pero que si sobrevivía el 10 %, ese 10% serían testigos que podrían aportar sus testimonios sobre lo monstruoso que era el nazismo en los campos de exterminio. Recuerdo que, cuando anuncié esta hipótesis a los tres jóvenes de los que era responsable, fue acogida con gran angustia, con escalofríos en la espalda, acerca de lo que nos podría pasar. Todos los que consulté me dijeron: “De acuerdo, es mejor eso, es mejor eso que dejarse aplastar como insectos”. ¿Sabían los SS si se preparaba algo? Es muy probable, no se podía guardar un secreto como ése, conocido por todos los presos del campo-no sólo los franceses se reunían, también los de las demás nacionalidades del campo...no se podía guardar un silencio absoluto. Entonces ¿fueron informados acerca de esta determinación o no tuvieron tiempo de ejecutar el plan concebido en aplicación del famoso telegrama de Himmler? El hecho es que no se produjo. A partir de ese momento, durante el mes de Abril todo empezó a degradarse por parte de nuestros verdugos de las SS. Muchos fueron reemplazados. Hacia el final fueron reemplazados por centinelas debajo de los miradores^{xxv}, por ejemplo. Aunque la dirección del campo estaba aún en manos de las SS, veíamos aparecer en los miradores a

soldados de la Wehrmacht que tenían más de 60 años, y sabíamos que no eran SS. Las SS habían sido movilizadas para combatir, sobre todo en el frente del Este. Hubo incluso en nuestro campo un llamamiento a los alemanes presos comunes, invitándolos a unirse a las SS para combatir en el frente del Este. Algunos comunes aceptaron. Recuerdo que los vistieron de kaki con el signo SS en el reverso de su chaquetón, Unos cincuenta marcharon de esa guisa del campo a combatir al frente del Este. Cuando vimos eso, nos aseguraba que se confirmaban las informaciones que teníamos, que algo estaba en proceso de descomposición, en lo más alto de todo el dispositivo militar alemán, incluidas las SS.

Hubo una negociación entre la Cruz Roja internacional y la autoridad alemana^{xxvi}, fundamentada en un intercambio de prisioneros, que debía traducirse por la liberación de toda la comunidad francesa del campo. Entonces hubieron tres convoyes. El primero fue el de todas las mujeres que venían de Ravensbrück. El segundo convoy comprendía los detenidos designados de común acuerdo entre las diferentes formaciones. Y el tercero, en el que yo estaba, fue repatriado el 29 de Abril, creo, y llegó a Francia el 5 de Mayo.

Es preciso decir que nuestra información no era ni tan explícita ni tan categórica, porque para muchos de nosotros, no era muy precisa la explicación oficial. Nos embarcaron en camiones sin más explicaciones-nos quitaron nuestros trajes a rayas para darnos ropas de civil. No sabíamos bien a dónde íbamos. Algunos se preguntaban si no se nos conducía acaso a un destino fatal. Fue a partir del momento en el que llegamos a la frontera austro-suiza, que empezamos a comprender que se nos liberaba. Vimos a los otros marchar: no sabíamos a qué destino, ni si habían llegado a algún sitio. En este momento, se produjo algo extraño, porque se nos repartieron, a nuestra entrada en Suiza, paquetes del ejército americano, paquetes con alimentos, en los que había chocolate, huevo en polvo, leche concentrada, azúcar, miel-todo productos muy ricos y extremadamente nutritivos. De manera que, desgraciadamente, hubo deportados que estaban a punto de perecer de hambre, que se abalanzaron sobre los paquetes y devoraron tal cantidad de comida que murieron en Suiza. Es trágico morir después de la Liberación de esa forma. Los médicos suizos no podían identificar el tipo de enfermedades con las que se enfrentaban. Jamás habían visto esqueletos vivientes, tal era nuestro estado. Se necesitó un cierto tiempo, 48 horas de observación para saber cómo tratarnos, y ponernos un régimen muy ligero de dieta, para que no hubiese más fallecimientos.

Después de nuestra llegada a Suiza, nos llevaron a Annemasse, puesto que fuimos distribuidos según nuestros destinos respectivos en diferentes convoyes para ir a nuestras casas.

CAPITULO 6

VUELTA A TOULOUSE.

A mi regreso pesaba 38 kg. Algo divertido, cuando llegué a la estación de Toulouse, que conocía bien porque mi padre era ferroviario (yo aún no lo era en aquel entonces), baje del tren en marcha para ir más deprisa y evitar la salida normal de viajeros: me precipité hacia una salida secreta de la estación, pensando encontrar a mi familia-había enviado un telegrama a mis padres desde Annemasse para decirles en qué tren llegaba, el día tal. Había una gran ceremonia, con música, personalidades que me esperaban. El tren llegó y diez minutos después nada indicaba mi presencia...Y yo les sorprendí llegando por detrás. Entonces necesité abrirme paso para llegar por delante y entonces descubrieron que acababa de llegar. Yo no me esperaba una recepción semejante...y claro, fue un momento extremadamente emocionante. Toda la familia estaba allí, los amigos, los camaradas...y de un golpe me reencontré con la vida, la libertad, con mi familia, saliendo del infierno.

Fue así cómo el 5 de Mayo de 1945 puse el pie de nuevo en mi ciudad de Toulouse, dónde nací, dónde me uní a la Resistencia, dónde fui detenido...no era la Toulouse que había dejado 18 meses antes. Primero tuve dificultades para adaptarme a esta situación nueva. Sobre todo con relación a la alegría provocada por la Liberación en la población, los cambios importantes que habían sucedido. Los traumas de las familias que habían sido golpeadas por la guerra-los prisioneros de guerra, la deportación, las víctimas de la Resistencia-empezaban a estar algo superadas por los acontecimientos. Era, sobre todo con los jóvenes que predominaba el entusiasmo, la alegría y la felicidad. Y yo tenía muchas dificultades para adaptarme a ello. Desde mi llegada, mis hermanas para cambiarme las ideas me llevaron a un baile de barrio. Llegué allí, me encontré con jóvenes, algunos los conocía de la escuela o en mi primera juventud...no me pude quedar más de cinco minutos. Desde que escuché la música y cuando vi a la gente bailar, me fui enseguida, porque no lo soportaba. Estaba en la idea de que era preciso que todo el mundo mostrase el duelo por los camaradas muertos en la deportación. Alegrarse así, manifestar aquella alegría en aquellas condiciones...se me hacía insoportable.

En casa, mi madre me cuidó, evidentemente, para acogerme desde mi regreso-era el más joven de la familia- y me preparó una cama bien mullida, confortable, en la que nadie se había acostado durante los 18 meses de mi ausencia. Pero no pude dormirme en aquella cama, tuve que acostarme al pie de la cama para alcanzar el sueño, porque había perdido la costumbre del confort, de la comodidad del colchón, del cobertor o las sábanas. Eso duró ocho o diez días, dormido en el suelo como un animal. Eso afectó algo a la familia, a mí no.

Una tercera cosa: estaba abrumado al ver la cantidad de personas que se jactaban de haber estado en la Resistencia, comprendidas personas con rango de suboficial, de las FFI o que tenían distinciones, mientras que recuerdo muy bien que, cuando fui arrestado no éramos tan numerosos. Habíamos aumentado ciertamente nuestros efectivos, sobre todo después de Mayo del 1942, con Stalingrado. Pero estábamos en una población que, sin duda, tenía simpatías con nosotros, que deseaba lo mejor para los de la Resistencia, con relación al período en el que Pétain vino a visitar Toulouse^{xxvii} y que quizás la mitad de la población de

Toulouse lo recibió como al salvador de la paz. La situación había cambiado...pero en fin, no recordaba haber dejado Toulouse con una masa tan importante de resistentes como la que encontré a mi llegada de la deportación. Esto quiere decir-lo digo como lo pienso-que muchos corrieron en pos de la victoria durante los últimos dos o tres meses. Digamos que en los cinco últimos meses antes del fin de la guerra, a partir del inicio del 1944, hasta el momento en el que fui arrestado, sin duda. Desde Febrero hasta Agosto muchos vinieron a unirse a la Resistencia. No lo lamento. Pienso que es un fenómeno clásico, normal. He conocido después a lo largo de mi vida otros fenómenos de menor importancia histórica, pero no menos significativos que este fenómeno, que consiste en correr en pos de quien gana. Decididamente es así.

Regresaba de Alemania con la idea de que todo había cambiado, que todo iba a cambiar, a evolucionar en el sentido del progreso, de la democracia, del bienestar, de los cambios económicos. Pero llegué a un país que estaba todavía sumido a restricciones muy serias, en el que las cartillas de racionamiento no habían desaparecido, en el que el carnicero de mi barrio anunciaba en un cartel. "Sábado, distribución de huesos a los inscritos". Yo le decía a mi madre: "Esto quiere decir que los que no están inscritos ni siquiera tienen huesos para comer". Había pues, serias restricciones a inicios de Mayo de 1945. Y veía que los cambios profundos no eran tan reales como había imaginado.

En aquel momento tenía dificultades para retomar una actividad profesional-en la imprenta donde había trabajado. Al final de unos tres meses, encontré un empleo en el diario "El Patriota de Toulouse"^{xxviii}, en el que era el director André Wurmser. Era un periodista conocido que estaba en la Resistencia en Toulouse, con el Frente nacional. Era judío, y tenía un compromiso político como el mío, con el Partido Comunista. Me había buscado este empleo para tener una ocupación: no podía vivir a costa de mis padres. Y como había tenido una pleuresía en la deportación, el doctor pensó que era incompatible mi vuelta al trabajo en la imprenta a causa de la emanaciones de plomo (ahora son temas ya superados con los medios modernos y las medidas de higiene de los trabajadores de imprenta, pero entonces eso era así), y precisaba encontrar un empleo si era posible "a pleno aire", como decía el doctor. Pasé una prueba profesional, después de algunos estudios básicos de electricista, en la SNCF, y me convertí en ferroviario en Toulouse, con 18 años.

Como explico a menudo, finalmente soy alguien a quien se ha concedido una prórroga de vida en los campos de exterminio. Normalmente, como al 90% de los que fueron arrestados, mi vida debía haber acabado entre 1944 o 1945 en Mauthausen. Puesto que la reencontré, continuo haciendo aquella actividad que sirviese a la causa por la que me comprometí, por la que fui arrestado. Continuo mi vida militante por la causa en la que creo- Eso es por lo que regresé. Muy pronto asumí responsabilidades, porque tenía el deseo de seguir luchando. Debo decir que el hecho de que era muy joven, a la mañana siguiente de la Liberación de Toulouse- la prensa había hablado del asunto de la imprenta Lion, de aquel joven, Georges Séguy que había sido arrestado en aquel lugar, que no se sabía lo que me había pasado-había subido mi popularidad. Por otra parte, la municipalidad de Toulouse pensaba que había muerto, pues ella había decidido poner mi nombre a la calle en la que vivía. Se llamaba calle René Bazin, y decidieron rebautizarla como calle Georges Séguy. Cuando supe esto, salté a la alcaldía de Toulouse y les dije: "dejad el nombre de René Bazin, que es un poeta que yo aprecio mucho,

renunciad a Georges Séguy, porque estoy vivo. No creo que se deba dar el nombre de una persona con vida a una calle". Respetaron mi voluntad y renunciaron a mi nombre. Tomé incluso la palabra un día en una manifestación contra el horror nazi, con Vincent Auriol que era entonces Presidente de la República. Mi notoriedad creció, porque de hecho era uno de los deportados resistentes más jóvenes. Hubo deportados más jóvenes que yo, sobre todo en las familias judías, incluso niños-hubo niños pequeños que fueron a Auschwitz y que regresaron. Pero nosotros hacíamos una cierta distinción (no discriminatoria) entre deportados resistentes y víctimas del antisemitismo, de la xenofobia, donde también fueron víctimas los gitanos. No era todo de la misma naturaleza.

Como yo era el deportado más joven resistente en Francia, fui rápidamente nombrado oficial del ejército francés, en tanto que antiguo FTP-FFI- Me convertí , con mi voluntad de seguir militando, con mi notoriedad, mi compromiso, muy deprisa en responsable con tareas importantes, antes de mi 20 cumpleaños, entre 18 y 19 años. Fui entonces responsable de los jóvenes ferroviarios de Toulouse. En 1947 me eligieron miembro del Buró de la Unión Departamental de los sindicatos de la CGT Haute Garonne, miembro del Comité Federal del Partido Comunista. Brevemente, fui investido con numerosas responsabilidades que hicieron de mí un militante promovido precipitadamente en responsabilidades cada vez más importantes. Yo era el más joven en todos los sitios. Era el resistente deportado más joven de Mauthausen, era el más joven aquí y allá...y ahora soy el más joven de los veteranos del Partido Comunista.

No viví plenamente el período de la depuración, puesto que comenzó rápidamente después de la Liberación, mientras que yo volví diez meses después, al final de la guerra, el 5 de Mayo de 1945. Toulouse fue liberada en Agosto del 1944. Sé que esta depuración se hizo de una forma bastante discutible, con relación a las acusaciones formuladas contra unos u otros. No se puede decir que fuese una oleada represiva que diese lugar a ejecuciones sumarias indiscriminadas. Pero creo que la justicia no tuvo la serenidad y lucidez suficientes para que las condenas que se pronunciaron fuesen adecuadas a las responsabilidades respectivas. Eso pienso.

Dicho esto, he observado que muchos de aquellos que habían sido altos funcionarios del Estado de Vichy no han sido nunca víctimas, ni siquiera de la más mínima sanción. Pues, algunos de ellos, en la alta administración, en la policía y también en la magistratura, en la que se servía al poder de Vichy sin la menor respuesta. Hubo otros, como por ejemplo Jean Moulin, o en la policía-en la magistratura no conozco demasiados-que han sido patriotas consecuentes y que rechazaron servir de lacayos a este gobierno de Vichy. Éstos son dignos de respeto y honor nacional. Pero otros han seguido, después de la Liberación, asumiendo responsabilidades que ya tenían bajo Vichy, sin haber sido llamados al orden. Es el caso de Papon^{xxix}.Tuvo la confianza del general de Gaulle, pues había pasado la prueba de su aptitud obedeciendo así a cualquiera...Creo que no es él solo. Muchos, no todos, altos administradores de Francia sirvieron bajo Vichy, y tuvieron las mismas responsabilidades después de la Liberación. Concibo, por otra parte, que era difícil al día siguiente de la Liberación, no encontrar más que resistentes para administrar las prefecturas, la policía, la magistratura, toda la administración francesa. Conozco muchos camaradas que eran obreros metalúrgicos, ferroviarios, que eran muy buenos resistentes, pero que no estaban capacitados para ser

prefectos. Lo comprendo muy bien. Pero, entre esta realidad que se debe tener en cuenta, y la forma con la que algunos de éstos, que habían ejercido importantes responsabilidades bajo Vichy, han seguido teniendo la confianza del Estado al día siguiente de la Liberación, hay alguna cosa que sido cuestionando. Porque pienso que se hubiesen podido hacer las cosas de otro modo, encontrar en los grados inferiores, gente competente a utilizar. No deploro que la depuración haya sido insuficiente, incluso creo que hubieron, sin duda, excesos. Pero creo que, entre un exceso de depuración y una insuficiencia de medidas contra aquellos que callaron, que aceptaron todo, hay un margen. Incluído Papon-él ha pagado, evidentemente, pero es un ejemplo...Estoy ahora contra la pena de muerte, no estoy a favor de que se le aplique la pena de muerte, pero en fin...Muchos otros, de grados diferentes, han ejercido responsabilidades del mismo género y jamás fueron castigados por lo que hicieron. Creo que ésta es una cuestión muy importante para la historia de nuestro país que está pendiente. Esto prueba pues, que en ciertas circunstancias, hay que saber resistir, incluso a la autoridad del Estado, a las leyes en vigor en un momento dado, que puede percibirse en nuestra alma y conciencia, si se reflexiona bien, como inaceptable, insoportable y que no se debe respetar.

Tuve noticias del que me denunció, Cuando regresé de la deportación, vi en el diario de la región mediterránea "La Marseillaise" una foto bajo la que había una leyenda indicando "Un tal Georges Carton, sospechoso de inteligencia con el enemigo, ha sido arrestado en Marsella". Reconocí en esa foto a la persona que fue detenida conmigo en la imprenta Lion, que fue esposado conmigo con las mismas esposas y que fue liberado en la cárcel de Saint Michel en Toulouse. Empecé los trámites para que fuese trasladado a Toulouse para ser juzgado. Tuvimos éxito con el concurso de André Wurmser para obtener su transfer y su juicio en Toulouse. En su proceso, yo era el único testigo de cargo, puesto que las mujeres de nuestra empresa que habían regresado de la deportación estaban en casas de convalecencia y en sanatorios para rehacerse, y no estaban disponibles para ir a testificar. Se probó que ese hombre se había infiltrado en la Resistencia desde una línea de una red llamada "gaullista", que había hallado el medio de penetrar en la imprenta Lion y que nos denunció a la Gestapo por una suma de dinero poco importante-20.000 francos, se decía, nada extraordinario-y que quizá había denunciado en los Hautes Pyrenées a algunos resistentes más, que pagaron con su vida la delación de ese hombre. Al final de mi testimonio, pedí al presidente, en nombre de todos mis camaradas muertos en la deportación, que fuese condenado a muerte. El presidente me contestó que no me correspondía a mí dictar sentencia, que eso lo haría el tribunal. El tribunal le condenó a muerte y fue ejecutado. Pero después, me he convertido en contrario a la pena de muerte.

Capítulo 7

UNA FORMACIÓN SINDICAL ACELERADA

Cuando regresé de la deportación, mi salud era verdaderamente muy precaria. Había tenido una pleuresía en Mauthausen, y los médicos me desaconsejaron regresar a mi oficio en la imprenta, habida cuenta de los inconvenientes sanitarios. Me aconsejaron buscar un trabajo al aire libre, si ello era posible, por mi estado de salud. Por intermediación de los amigos de mi padre, que era ferroviario (aunque en ese momento se encontraba en París, en la Federación de Ferroviarios de la CGT^{xxx}) solicité mi ingreso en la SNCF. Pasé una prueba profesional de electricista, para lo que necesité estudios complementarios y comencé en Abril de 1946, primero como auxiliar. Enseguida me comprometí con responsabilidades sindicales, que tenían en cuenta que tenía un pasado de resistente y de deportado conocido en Toulouse. Era del todo natural que se me encargasen ciertos trabajos, pero fue sobre todo en la actividad con la juventud, con los jóvenes trabajadores donde ejercí mis actividades sindicales. Primero con los ferroviarios de Toulouse, en tanto que Secretario, después en la Unión Departamental de Sindicatos de la CGT de Haute Garonne. Además, fui cooptado por el Partido Comunista en su órgano de dirección (el “comité federal”^{xxxii}). Me encontré ejerciendo responsabilidades, que seguidamente no dejaron de crecer.

Es así que, en el transcurso del año 1947, tenía ya bastantes responsabilidades sindicales. Naturalmente estuve en la organización de la gran huelga de Noviembre y Diciembre de 1947^{xxxii}, que dio lugar, en muchas regiones de Francia a choques, incluso a enfrentamientos bastante violentos con la policía. Ése fue el caso de Toulouse. Recuerdo que fui detenido por la policía cuando estaba repartiendo octavillas en la puerta de las cocheras de la SNCF de Toulouse. Cuando se dieron cuenta de quién era se incomodaron mucho al tener un detenido como yo-eso no duró mucho, pero fue preciso que los ferroviarios en huelga amenazasen con hacer una manifestación ante el Palacio de Justicia de Toulouse, donde aterricé, para que me soltasen. He conservado también un episodio de esta huelga: un enfrentamiento con la policía, que nos perseguía porque ocupábamos las cocheras de Toulouse. Una noche de las de la ocupación, la policía decidió desalojarnos de las cocheras. Lo hicieron en cierta manera, persiguiéndonos hasta los fosos de mantenimiento de las máquinas de tren, eléctricas o de vapor, muchos de ellos cayeron, perdiendo sus kepis y “mosquetones”, de los que los jóvenes nos hicimos cargo para llevarlos triunfalmente a nuestros mayores que eran responsables del comité de huelga. Cuando nos vieron llegar con los cascos y los mosquetones, nos aconsejaron vivamente de desembarazarnos de ellos a la mayor rapidez, porque temían una carga de policía que hubiese tenido graves consecuencias, evidentemente para la continuidad de la huelga. Entonces, rápidamente tiramos los cascos y los fusiles al canal de Toulouse-no sé si los pescaron después. Pero eso nos sirvió de lección a los jóvenes, acerca de cómo debía conducirse democráticamente una huelga, con todas las precauciones necesarias, y que cosas como aquella no debían reproducirse. Es una anécdota que os entrego, de paso.

Recuerdo igualmente que esta huelga se debilitaba, después de varias semanas de acción. En el servicio en el que estaba, en Toulouse, al lado de las cocheras, poco a poco quedábamos una docena de huelguistas, los demás habían vuelto al trabajo. Cada noche, teníamos una reunión de huelguistas, contábamos a los que habían vuelto al trabajo durante el día y nos

pronunciábamos por su exclusión de la CGT. De tal forma nos quedamos unos diez al final de la huelga, y reemprendimos el trabajo los diez-éramos muy pocos-ante los demás que estaban quietos, como molestos de vernos llegar así, cantando La Internacional. Éste fue de nuevo un momento difícil para nosotros, puesto que la huelga terminó con la escisión sindical^{xxxiii}. Esta escisión sindical-teniendo en cuenta lo que yo había vivido antes, en el momento del Frente Popular, durante la Resistencia, para forjar la unidad, constituir aquella unión, aquel encuentro tan necesario para la eficacia de la lucha-tenía la impresión que la continuidad de un movimiento tan tensionado constituía un fracaso y comportaba seguidamente graves inconvenientes que no tardaron en producirse.

Hay mucho que explicar de mi formación sindical de este período de 1947, de la escisión y las razones por las cuales sucedió. Más que la huelga en sí misma, pienso que la división provenía del hecho que, en los diez años precedentes a este período (o los cinco años, digamos, durante la II Guerra Mundial) se produjeron cambios en el movimiento sindical francés. La sensibilidad comunista, digamos los ex CGTU, que lideraba Benoît Franchon^{xxxiv}, había tomado una gran importancia, a causa de su papel en la Resistencia obrera al fascismo y al nazismo. De tal manera que devino mayoritaria en el seno de la CGT, cosa que no era así antes de la guerra. El hecho de que los comunistas se convirtiesen en mayoría-ellos y muchos simpatizantes, no todos afiliados a este partido pero identificados con esta sensibilidad-creó rápidamente en la CGT una situación conflictiva entre la antigua y la nueva mayoría, entre los que antes se llamaban “confederales” y los llamados “unitarios”. Creo que el rechazo a la modificación de mayorías en el seno de la CGT fue el elemento determinante que incitó a los nuevos minoritarios-que estaban constituidos como tendencia en el seno de la CGT, llamada “Force Ouvrière”- a ir hasta el final de su rechazo a inclinarse ante una nueva mayoría y les incitó a ir a la escisión, bajo el pretexto de desacuerdos, que se produjeron a propósito del plan Marshall^{xxxv}. Si no hubiese habido más que esta historia del plan Marshall-que era un plan destinado, decía, a ayudar a Europa después de las consecuencias de la destrucción de la Segunda Guerra Mundial, pero que estaba cuajado con condiciones políticas que alteraban o incluso exigían, el abandono de ciertos aspectos esenciales de la independencia nacional de los países que recibían la ayuda-creo que se hubiese podido evitar que la escisión se produjese. Pero quedaba el resto, con esta nueva mayoría que se expresaba en las votaciones del Comité Confederal Nacional^{xxxvi}-excepto dos o tres federaciones, en la mayoría de las federaciones más importantes de la CGT. Este rechazo a invertir la tendencia de influencia fue, creo (estoy profundamente convencido) la razón más poderosa que condujo a los dirigentes de la tendencia Force Ouvrière a consumar la escisión. Y así, al día siguiente de los grandes movimientos de 1947, la CGT se escindió en dos. Sin duda, los que dejaron la CGT pensaban atraer con ellos a un gran número de trabajadores sindicados de esta tendencia. Pero esto no se produjo. Y así, muchos militantes de la tendencia ex confederal, de afinidad más o menos socialista, permanecieron fieles a la unidad y se quedaron en la CGT. Conozco a muchos, por los que siento una gran estima y respeto, que son amigos míos desde hace mucho-hoy la mayor parte de ellos ya no están en este mundo.

Ese fue el caso, por ejemplo, de Lucien Jayat, que se quedó fielmente en la CGT. Louis Saillant^{xxxvii}, igualmente, que era ex confederal, de tendencia socialista, que no sólo se quedó en la dirección de la CGT, sino que se convirtió en presidente de la Federación Sindical Mundial^{xxxviii}. Otros, ferroviarios (Alphonse Drouard), funcionarios (Léon Rouzaud)...en fin,

muchos nombres conocidos...Jean Schaefer, empleado. Y que algunos jugaron un papel muy importante en la dirección de la CGT después, al lado de Benoît Franchon y otros dirigentes...Julien Racamond y otros dirigentes de la CGT, comunistas.

Como decía, fue en este contexto donde asumí responsabilidades cada vez más importantes en el seno de mi organización sindical. En 1949 era titular, ferroviario comisionado y estaba en un puesto de electricista-más exactamente, alumno electricista, con relación a la categoría que tenía en aquel tiempo en la SNCF. Por otra parte, esta categoría que tenía en la SNCF fue siempre la mía. Así, bromeando, decía que era el ferroviario más antiguo en la categoría más baja, pues me fui a la jubilación en la categoría en la que fui contratado en la SNCF. Porque no tuve promociones en razón de mis responsabilidades sindicales, que me impedían realizar los exámenes y hacer pruebas profesionales susceptibles de permitir ascensos en mi carrera profesional. Pero eso no importa demasiado, es un detalle. En este mismo año de 1949, La Federación de ferroviarios decidió proponerme para la elección de su Buró en el Congreso de Junio. Fui elegido como uno de los secretarios de la Federación de ferroviarios, cuando tenía 22 años. Acabábamos de casarnos mi esposa y yo, esperábamos ya un bebé. Nos trasladamos de Toulouse-de Langages, un pequeño pueblo donde estaba, en una subestación, en la línea de Toulouse a Bayonne, vía Tarbes, Pau y Lourdes, porque veía pasar muchos peregrinos en aquellos tiempos en esa línea-a la región parisina. Tuvimos muchas dificultades en adaptarnos, éramos provincianos. Esta vida turbulenta de la región parisina nos creó bastantes preocupaciones, para habitar en ella e integrarnos. Pero éramos jóvenes, nos adaptamos finalmente. Por otra parte, mi padre ya estaba allí, lo que facilitó nuestra integración. De pronto, secretario de la Federación de ferroviarios con 22 años solamente. Me preguntaba si, verdaderamente, si mis camaradas mayores que yo, estaban realmente seguros de no haber cometido un error. Finalmente, poco a poco, tuve la posibilidad de recibir formación sindical acelerada y pude asumir mis responsabilidades con el contacto con camaradas-que salían todos de la Resistencia (Raymond Tournemaine, Robert Hernio, Jules Crapier)-que habían organizado la famosa huelga insurreccional del 10 de Agosto de 1944^{xxxix}, que marcó el inicio de la insurrección parisina y que liberaron Paris. Eran hombres experimentados, que poseían una gran autoridad y una gran popularidad entre los ferroviarios...aunque alguna vez sentí, cuando iba a reuniones en ciertas regiones de Francia, algo de desconfianza hacia mí. Una vez, sobre todo, en Mohon, en las Ardenas, los mecánicos y conductores (en aquel momento la tracción era a vapor) estaban en huelga. La Federación me envió a intervenir en el conflicto. Cuando vieron llegar a un joven de 23 años en la cochera de Mohon, me miraban todos con un aire de circunspección. Creo que fue, sobre todo, mi condición de antiguo deportado resistente, la que impuso una cierta consideración en mi persona. Si no, de otra forma no hubiese podido tener el respeto y la atención necesaria para resolver los problemas que teníamos. Esto siempre se me tuvo en cuenta en mis responsabilidades, mi pasado de resistente y deportado jugó un papel que impulsaba a la simpatía, y sin duda, la consideración de todos. Pero para mí, esta actividad sindical no era la prolongación de la resistencia...en espíritu, sí, pero en la praxis de ninguna manera. Puesto que el trabajo sindical que se dirige a una gran masa, que necesita mucha delicadeza democrática, no tiene nada que ver con la función ilegal, militar y clandestina en la que me lancé desde muy joven, en la Resistencia, Debí, pues, aprender mi trabajo sindical en condiciones nuevas. Poco a poco me convertí en un militante de la Federación de ferroviarios.

CAPITULO 9

EN LA TEMPESTAD DE LA GUERRA FRÍA.

En 1950 la situación era difícil, tensionada, entre la guerra fría, la guerra de Vietnam, entonces conducida por Francia^{xi}, y además, al mismo tiempo, conflictos laborales muy serios, sobre todo en mi profesión-los ferroviarios siempre han sido, en la historia del movimiento obrero francés, y su historia sindical, como decimos en nuestra jerga, “la punta de lanza en el combate”. Eso es así hasta nuestros días. En esta situación, las cosas estaban difíciles, había mucha represión sindical, la división pesaba mucho. La CGT estaba marginada de toda relación con los representantes del gobierno.; en el sector privado, sucedía lo mismo con los representantes de la patronal. Algunas negociaciones culminaban con acuerdos por separado con las otras organizaciones sindicales, la CGT era siempre marginada; además era hostil a todos esos acuerdos de rebajas. Durante este período, una fuerte represión se abatió sobre los militantes de la CGT: muchas sanciones, revocaciones^{xii}, incluso en mi profesión. En ese momento, en los años 50, la CGT y la Federación de ferroviarios se implicó de manera muy importante en la lucha contra el transporte del material de guerra destinado a Vietnam^{xiii}. Con estas acciones, que no eran acciones de masas-incluso eran minoritarias en muchos casos-pero que dieron resultados, por otra parte bastante espectaculares, y que fueron seguidas con una represión muy fuerte contra los militantes comprometidos con este género de batalla.

Después hubo en Argelia una primera manifestación de pueblo argelino por la independencia^{xiiii}, con caídas sindicales importantes. Recuerdo que nosotros, en la Federación de ferroviarios teníamos organización sindical de la CGT en Argelia, que estaba esencialmente dirigida por Pieds Noirs (franceses y argelinos de origen francés). Nosotros decidimos al principio reconocer la independencia de nuestra organización argelina. Es decir, considerar que ya no eran la CGT, que estaba capacitada y responsabilizada para conducir su acción sindical en Argelia, lo que nos produjo muchos problemas entre nuestra militancia europea allí. Pero fuimos muy firmes en acabar con la situación anterior y reconocer a los argelinos, incluso antes de que su país accediese a la independencia, su propia independencia sindical.

En 1950 esta batalla fue muy dura, y mi vida sindical evolucionó. Vietnam, Argelia, las luchas, las huelgas. Durante este período, creamos, bajo el impulso de un camarada dirigente de la CGT cuyo nombre era Léon Mauvais, una especie de comité de coordinación del sector público y nacionalizado, donde estaban con los ferroviarios, los del gas-electricidad y los mineros, sobre todo. Este Comité funcionó bastante bien y jugó un papel importante en la CGT. Lo que produjo, por otra parte, que avanzase en mis responsabilidades más interprofesionales. Fue después de este período que se produjo el acto de fuerza en Argelia y todas sus consecuencias, con la llegada de la V República.

Entonces creo que se produjo algo muy particular, pues la llegada del general de Gaulle-o quizás su regreso-al ejercicio del poder en Francia, fue considerado por el Partido Comunista como una amenaza de instauración de un poder personal, incluso algo dictatorial. Yo estaba, en este momento, en la dirección del Partido Comunista, puesto que había sido elegido miembro del CC en 1954-dos años después, en 1956, fue elegido miembro del Buró Político en

el Congreso de Le Havre, que transcurrió al día siguiente del 20 Congreso del PCUS^{xliv}, que provocó muchas turbulencias y perturbaciones en el seno del movimiento comunista internacional y en el Partido Comunista Francés. Después volveremos aquí. Yo tenía pues, responsabilidades importantes en el terreno sindical y en el terreno político. La actitud del PCF frente a la llegada de De Gaulle al poder, incluso antes de la celebración del referéndum sobre la nueva Constitución, era de una gran desconfianza hacia este poder, incluso de denuncia de instauración de un poder no sólo presidencial, sino dictatorial, personal en Francia. Tema sobre el que el PCF había formulado un análisis que no se correspondía de ninguna forma con la realidad, como así reconoció después. Recuerdo que, en aquel entonces, estábamos casi en situación de ilegalidad, dispuestos a afrontar una situación semejante, puesto que nos reuníamos fuera de la sede del Partido (Rue de le Pelletier 44), en la Asamblea Nacional para evitar el riesgo de irrupción de la policía en nuestra sede. Una anécdota desconocida que ahora puedo contar: había sido designado junto a Laurent Casanova y Marcel Servin como responsable militar en el caso en el que el Partido Comunista hubiese sido forzado a ir a la clandestinidad. Eso no duró más que entre 15 días y tres semanas. Felizmente para nosotros y para mí en particular, no tuve que asumir esta responsabilidad, porque a los quince días, de Gaulle, instalado no cómo Presidente de la República, sino como Presidente del Consejo de Estado, preparando la nueva Constitución, hizo un llamado a todas las fuerzas políticas democráticas del país para su puesta en marcha. Él pidió incluso una reunión con la CGT, que ésta rechazó, siempre sobre la base de un análisis de sus intenciones, que no se correspondía en absoluto con la realidad. Benoît Franchon, recuerdo, había rechazado reunirse con de Gaulle. Eso había sido discutido y contestado en cierta forma, con la CGT. Entonces, en aquellas fechas en el mes de Julio, yo me reuní con de Gaulle...fue el 13 de Julio exactamente. Había una huelga de los agentes de circulación SNCF y de Gaulle, que era Presidente del Consejo de Estado solicitó a la Federación de Ferroviarios de la CGT una discusión directamente con él. Me fui, por tanto a Matignon, con mi camarada Raymond Tournemaine que era El Secretario General de la Federación en aquel entonces. Recuerdo este encuentro con de Gaulle, que fue bastante particular porque estaba sólo, no estaba asistido por ningún colaborador y nos hablé de una forma muy clara y directa. Nos dijo, más o menos: "Siento que, en el momento en que estoy, en el espíritu que ha precedido nuestra historia, en curso de devolver a Francia una situación de equilibrio, no encontrar por parte vuestra aquel estado de ánimo que yo conocí en la Resistencia, en la que tanto aprecié la contribución de la CGT y lo que sus militantes aportaron a la lucha contra el enemigo común..." Nos hizo un gran discurso allí, para intentar recuperar, retrospectivamente, las relaciones que habían dado lugar a aquella alianza durante la Resistencia y que habían culminado al día siguiente de la Liberación, con la presencia de un ministro comunista en su gobierno^{xlv}. Se refería pues a este período para afirmar: "Estaría bien que se pudiese encontrar un estado de ánimo semejante, recuperar estas relaciones entre nosotros, para intentar hacer todos juntos de nuevo algunas cosas." Le contesté que, en la Resistencia nos juntamos para un objetivo común: liberar a Francia de sus ocupantes, que eran el enemigo común; que en esto de la independencia nacional, la liberación nacional, había una convergencia indiscutible, que nos permitió unirnos y actuar juntos. Pero hoy no estábamos en disposición de discutir una convergencia o un objetivo común, porque yo, en tanto que representante de la Federación de Ferroviarios de la CGT, representaba los intereses de los trabajadores en huelga, que tenían reivindicaciones a resolver; él, a menos que me dijese lo contrario, representaba un gobierno que era el patrón

de estos trabajadores y que rechazaba satisfacer sus reivindicaciones. Entonces, en aquellas condiciones, le dije que, sin abjurar de nuestro pasado de lucha común contra el fascismo, debíamos todos reconocer que, sobre este tema no estábamos del mismo lado de la barricada como anteriormente. Entonces, la entrevista terminó así. Nos dijo: “Bueno, veremos”, pero en aquel momento no hubo ningún acuerdo.

El hecho de que, después de que la CGT rehusara reunirse con de Gaulle, hubiese habido un contacto con la dirección de la Federación de Ferroviarios-en aquel momento yo era miembro además del Buró Político del PCF aunque no fuese a verlo en razón de este cargo, sino como miembro de la dirección de la Federación sindical de los ferroviarios-eso dio una pequeña nota de distensión a la actitud observada por el PCF y por la dirección de la CGT con Benoît Franchon, de rechazo absoluto de reunirse, fuese cual fuese el tema, con un hombre sospechoso de querer instaurar una dictadura en Francia.

He reflexionado mucho acerca de aquel primer encuentro con el general de Gaulle, que se desarrolló en un clima de mutuo respeto, y que me daba la impresión de que él tenía la idea de que reaccionásemos como en el pasado. Pero, finalmente, no había ninguna posibilidad, incluso de buscar convergencias entre él y nosotros, puesto que su regreso al poder se produjo en una situación política extremadamente compleja, que se caracterizó por el derrumbe y quizá la quiebra de la IV República, consiguientemente a toda una política que, después de 1950, iba de deterioro en deterioro, de crisis en crisis, de acontecimiento en acontecimiento, a la que el sindicalismo estaba obligado a responder. Se conoce bien que en los años 50-después de la evicción de los ministros comunistas del gobierno^{xlvi}, se desarrollaron muchas huelgas, que fueron reprimidas costando vidas de trabajadores en lucha, bastante antes de la época de Jules Moch como ministro del Interior. Nadie debe olvidar la utilización de Brigadas Especiales con perros policía contra los trabajadores, contra los mineros en huelga. Eso produjo traumas, heridas profundas en la memoria obrera y no se puede olvidar. Además, vivíamos una situación de guerra fría, con bloque opuestos- el Atlántico por una parte, dirigido por los americanos; el Pacto de Varsovia^{xlvii} por otra parte, dirigido por la Unión Soviética-y que había creado una tensión internacional considerable, en un período en el que se manifestaban intereses muy potentes en todas partes.. El período era además por el que se manifestaba un movimiento muy fuerte de aspiración a la independencia nacional, que sacudía el conjunto de países colonizados por Francia: el Imperio colonial francés bullía en todas partes. Eso no hacía más que agravar la crisis. También durante este período, el capitalismo buscaba un nuevo equilibrio, en el sentido de concentrar sus fuerzas, y fue en este momento cuando surge la idea de una comunidad europea del carbón y del acero, el famoso plan Schuman, que fue el inicio de una perspectiva de edificación europea. Una entente para el carbón y para el acero entre Francia y Alemania, dominada por intereses capitalistas que provocó una reacción inmediata de hostilidad de la CGT, por razones de clase, diría yo, es decir, por razones que obligaban a la CGT a un análisis, que en sus términos debía aparecer que esta operación estaba destinada a agravar la explotación de los trabajadores, especialmente los mineros y los metalúrgicos, empleados en la siderurgia sobre todo. Todo ello supuso una situación difícil, y la tensión no hacía más que agravarla, en el hecho de que la carrera armamentística entre los dos bloques opuestos (podríamos decir que antagónicos) había tomado unas proporciones considerables después de Hiroshima. Por otra parte, esto determinó a un gran número de personalidades a comprometerse, muchas personalidades importantes que tuve ocasión de

conocer en mi vida militante, en tanto como sindicalista, me impliqué en la puesta en marcha del Movimiento por la Paz^{xlviii}, en Francia donde tuve la ocasión de frecuentar personalidades como Joliot-Curie y Aragon, que se identificaron desde el principio con lo que se había decidido en el llamamiento de Estocolmo^{xlix} contra la bomba atómica. En Francia realizamos una gran recogida de firmas sin precedentes-y que por otra parte no tuvo equivalencia-que permitió a un gran número de pacifistas en Francia expresarse de esta forma, y colocar en el banquillo de los acusados de la humanidad el peligro que representaba la bomba atómica como toda arma de destrucción masiva. Todo ello había dado lugar a una situación difícil, desde que empezó la guerra en Vietnam. En África, y sobre todo en África del Norte, las voluntades de independencia se extendían. En el África negra también...No se habló mucho de lo que pasó en 1947 en Madagascar. Hubo una feroz represión que costó la vida a 50.000 malgaches^l. De eso no se habló, pero sí quedó en la historia como un momento trágico en la lucha de los pueblos colonizados por su independencia. Finalmente, sobre todo en Argelia llegó la situación a constituir un punto culminante de lo que yo llamaría el derrumbamiento del Imperio colonial francés. La única persona que parecía entonces susceptible de volver al poder como hombre providencial, era de Gaulle. Toda esa retrospectiva es para decir que esta IV República, no sólo había languidecido por el hecho del derrumbe del Imperio colonial, sino también por una política de concentración de los intereses del capital, por una política de discriminación sistemática contra el sindicalismo independiente y por las medidas represivas feroces contra los trabajadores en general. Había creado costumbres políticas engendrando crisis que se multiplicaban y que habían conducido a una especie de repugnancia general...Por otra parte, había la idea en favor de un salvador que viniese a poner orden, a restablecer con un equilibrio nuevo el país, y ello se tradujo en la presencia del general de Gaulle. Todo este período negro de nuestra historia, con la división, la represión, luchas que no obtenían resultados, además de un bloqueo de toda posibilidad de negociación, se tradujo en esta nueva situación, la llegada de esta V República. Por otra parte, ésta dio lugar a cierto número de medidas, ilusorias para los trabajadores, porque recuerdo las propuestas de voto de la nueva Constituciónⁱⁱ. Entre los partidarios del No, estaba la CGT evidentemente, el PCF y basta. Todo el resto estaban a favor, también la mayor parte de los políticos de la IV República, quienes al principio habían denunciado la llegada de un supremo salvador, pero que bien pronto se entendieron con él, para enfrentar juntos la situación que alcanzaba a las fuerzas democráticas, sindicales y políticas de izquierda. El advenimiento de la V República no podía, en ningún caso, crear una nueva situación, sí que lo pretendió en el sentido de una perspectiva democrática y también de política social, para apaciguar el estado de ánimo de los trabajadores. Por el contrario, nosotros nos confrontamos enseguida a imperativos autoritarios, incluso personales, que cerraron aún más toda posibilidad de diálogo social entre las organizaciones sindicales, sobre todo la CGT y los representantes del Estado-patrón y de la patronal.

Durante los años 50, caracterizados por pulverizar políticas debido a la torpeza de los políticos de la IV República, se presentaron situaciones inéditas, con lo que pasó en Europa del Este. En efecto, en 1956 apareció el reputado informe Kruschov, que era el comienzo o la primera revelación y denuncia del estalinismo. Una denuncia que los representantes del PCF en el 20 Congreso del PCUS tuvieron muchas dificultades en aceptar. Sin duda porque era terriblemente revelador, en el sentido negativo del término, sobre todo porque trataba todo un pasado de participación, de cooperación en el seno de la Internacional Comunistaⁱⁱⁱ, que

hizo de la URSS un modelo válido para todos, hacia el que todos se referían de una manera demasiado incondicional. Hasta tal punto lo fue, que las particularidades del pensamiento revolucionario, tal y como se expresaron en nuestro país a finales del siglo XIX habían sido seriamente olvidadas-por no decir más.

Esta situación perturbó considerablemente el movimiento comunista en nuestro país. Pienso que esto no se dio sin consecuencias en el conjunto del movimiento obrero, así como en el sindicalismo. En aquel momento yo era el más joven miembro del Buró Político, porque, con la mayor sorpresa por mi parte, fui elegido en el congreso de Le Havre en Julio de 1956. Nadie me avisó antes; no tuve pues la posibilidad de discutir mis opiniones sobre esa promoción tan repentina. Me confié a Maurice Thorez y le dije: “No es evidente que yo esté en condiciones (sólo tenía 29 años) de asumir semejante responsabilidad”. Porque para mí, era una responsabilidad tan alta, tan difícil de cumplir, tan respetable también, que no me veía a la altura. Me respondió: “Mira, sólo tú puedes aportar una apreciación sobre tus capacidades en el futuro. Tienes que meterte en la cabeza que otros pueden tener una apreciación sobre ti. Te señalo que a mí me pasó lo mismo, con 27 años, en un partido en el que estaba lejos de tener hombres capacitados para ayudarme. Vas a entrar en el Buró Político con hombres como Jacques Duclos, Marcel Cachin y otros que ya están dentro. Puedes estar tranquilo de tener con nosotros toda la ayuda que necesites”. No tenía nada a discutir, la decisión casi estaba tomada, sólo podía aceptar.

En fin, me di cuenta enseguida que el asunto del 20 Congreso del PCUS provocó serias perturbaciones en el partido, en la medida en que aparecía que la dirección del PCF era reticente a aceptar una realidad que se hacía cada vez más evidente para todos, como sucedió en el seno del Partido Comunista Italiano^{liii}. Fue a partir de este momento que comenzaron a nacer divergencias entre el PCF y el PCI, sobre la actitud a adoptar hacia el modelo soviético. Creo que éste fue un elemento muy difícil. Tan difícil como lo que siguió algunos meses más tarde, por los acontecimientos que se produjeron en Hungría^{liv}. Sobre esto, pienso que hubo un análisis excesivamente formal sobre la naturaleza de los acontecimientos. Se vio que era verdad que hubo un despliegue de fuerzas anticomunistas de inspiración hortysta (anterior dictador de Hungría), que jugaron un papel de violencia exacerbada. Pero no se observó suficientemente que, en el movimiento obrero húngaro hubo una reacción de hostilidad a la aplicación de medidas económicas, sociales y políticas, imponiendo un modelo de sociedad que no convenía a este país. Se vio también en Checoslovaquia, de lo que hablaré seguidamente. Quizá el no haber analizado hasta el final esta realidad, las causas de los acontecimientos de Hungría y las consecuencias que conllevaba la intervención militar soviética en este país, nos privó a nosotros mismos de una reflexión acerca de nuestra evolución política, lo que retrasó, sin duda, la conciencia de un cierto número de realidades nuevas, de las que el PCF tardó a tomar en cuenta por sí mismo, para su propia orientación, para su propia reflexión, para la búsqueda de su propio camino.

CAPÍTULO 9

LAS TENSIONES EXACERBADAS.

La CGT estaba en oposición al gobierno de Gaulle, habíamos sido hostiles a la nueva Constitución llevada a referéndum del pueblo francés, en Septiembre de 1958. Estuvimos un cierto período de tiempo en esta posición difícil que hacía que la CGT estuviese marginada de todo. Sus representantes en los consejos de administración de las empresas nacionales fueron revocados, lo que sucedió en Charbonnages de France, en la SNCF o en otras. La patronal, el Consejo Nacional Patronal Francés no aceptaba ninguna negociación con los representantes de la CGT. Poco a poco se creó una situación de bloqueo general, tan conflictiva como, en el mismo tiempo, la situación de Argelia se agravó bruscamente con la OAS y los generales felones. Encabezados por Salan^{iv}, crearon un clima-en Argelia y seguidamente en Francia-muy duro, de peligro para lo que subsistía de democracia en nuestro país. Recuerdo que la CGT, a pesar de los desacuerdos y de nuestra hostilidad hacia el poder del general de Gaulle, cuando Michel Debré era el ministro del Interior, tomamos una decisión importante. Michel Debré hizo un llamamiento pidiendo a toda la comunidad nacional de hacer frente a un supuesto peligro de intervención de los paracaidistas de Argel en la capital..."A pie, a caballo o en coche, hay que enfrentar la situación" añadió. Como yo estaba en la Federación de Ferroviarios, telefoneé al ministerio. Dije a su jefe de gabinete: "Si Uds. quieren que cumplamos con nuestro deber de ciudadanos para hacer frente a este peligro, nos tienen que dar medios. No vamos a combatir a los paracaidistas-era un poco irónico por mi parte-que desembarquen en la región parisina, en Vélizy-Villacoublay con nuestras manos desnudas. Darnos armas que les haremos frente". Evidentemente, descubrimos enseguida hasta qué punto fantaseaba Michel Debré con su llamamiento.

Estábamos situados resueltamente del lado de los que estaban decididos a hacer frente, con todos los medios a nuestro alcance al peligro que provenía de los militares aventureros de la OAS en Argelia, susceptibles de instaurar en Francia un poder que habría sido, esta vez sí, verdaderamente dictatorial y claramente peligroso para la democracia, cuando no claramente fascista y nacionalista.

Fue un período de nuestra lucha que estuvo marcado por la guerra de Argelia, que nos situó a la CGT desde el principio, del lado de los que-no había demasiados más-se habían pronunciado por el respeto de las aspiraciones nacionales del pueblo argelino y a favor de la independencia. Recuerdo que Benoît Franchon hizo una declaración al principio de la guerra de Argelia, se pronunció en nombre de la CGT a favor del reconocimiento de la independencia del pueblo argelino. Ello le supuso declaraciones de hostilidad, de condena, de calumnia exacerbada de todos los medios de Francia.

Muchos militantes fueron amenazados, quizá no en el plano nacional, pero si en la regiones y departamentos. Explosiones en sus domicilios, amenazas de muerte se multiplicaron. Esta situación se reforzó mediante la reputada historia del "complot de las palomas", en 1952, donde urdieron un complot para intervenir policialmente al PCF y a la CGT^{vi}. Recordemos que descubrieron en el coche de Jacques Duclos unas palomas vivas que le fueron regaladas por

unos amigos de Hautes Pyrenées para ser cocinadas, y pretendieron que estas palomas estaban destinadas con toda seguridad a mandar mensajes no se sabe dónde. La CGT fue asimismo mezclada en este supuesto complot, hasta tal punto que algunos de sus dirigentes fueron detenidos y encarcelados, como Alain Le Léap^{lvii}, que no era comunista y que era Secretario General adjunto de Benoît Franchon-en esta época había dos Secretarios Generales-, que había sido detenido con Lucien Molino y otros responsables sindicales. Benoît Franchon esquivó la detención pasando a la clandestinidad. Marcel Dufriche estaba en búsqueda policial por burlar su arresto. En resumen, la CGT atravesó un período de tensión y persecución policial y política extremadamente violento y virulento.

Fue la época en la que Jacques Duclos estuvo en la cárcel, en la que Henry Martin^{lviii} fue encarcelado y condenado a no sé cuantos años de cárcel, cuando Raymonde Dien se puso tendida ante un tren en la estación de Tours (Saint-Pierre-des-Corps) para impedir el transporte de material de guerra. Todo eso dio lugar, con la guerra del Vietnam y la guerra de Argelia, a una tensión extrema y a medidas represivas policiales muy duras contra la CGT, para debilitarla.

Sin duda, todo esto produjo golpes que fueron muy duros y que tuvieron consecuencias negativas. Pero no lograron desmovilizar a los militantes, ni acobardar a la CGT ni llevarla a la resignación con relación una situación represiva de tal naturaleza...Maurice Papon, el prefecto de policía del general de Gaulle, se había ya distinguido en la represión de la que fueron víctimas argelinos que se manifestaban para mostrar su voluntad de independizarse de Francia, y que fueron arrojados al Sena^{lix}, en un número que no ha podido determinarse-pero probablemente muchos más de los que admitieron oficialmente-y que eso dio lugar a una indignación considerable.

Este prefecto de policía había también actuado contra una manifestación a favor de la paz en Argelia-que se tradujo en represión policial, y nueve compañeros de la CGT murieron, asesinados en la estación de metro de Charonne. Como por casualidad, fue este prefecto quien fue juzgado después por los crímenes que él cometió contra los judíos durante la ocupación hitleriana, contra las mujeres, los niños y todas las personalidades que él envió al campo de la muerte de Auschwitz. Podemos preguntarnos, puesto que las autoridades en el plano nacional, los más altos personajes del Estado Francés y el mismo general de Gaulle conocían todos este pasado de Papon, por qué nombraron prefecto de policía a un sujeto con aquellas responsabilidades. Creo que se puede cuestionar... Podemos preguntarnos si su pasado no le destinaba a cumplir con esos trabajos sucios que podían imaginarse contra el movimiento democrático, y si no dudaron en utilizar a ese personaje para ejecutar esos trabajos sucios en estas circunstancias, en una situación tan crítica como la que atravesaba el país en aquellos momentos.

Aquellos terribles acontecimientos de Charonne, los funerales de las víctimas dieron lugar a una grandiosa manifestación en la que todo el mundo participó, una gran manifestación unitaria, que sin duda influyó mucho enseguida por la evolución de los acontecimientos en Argelia, hasta la conclusión un mes más tarde de los acuerdos de Evian^{lix} y del reconocimiento de la independencia del pueblo argelino.

Fue una manifestación por la paz en Argelia que no era violenta, que no tenía lemas subversivos, sino simplemente pacifistas. Bruscamente, la parte de la manifestación que se encontraba en el Boulevard Voltaire fue atacada por la policía con una extrema violencia. Golpes de porra muy fuertes llovían por todas partes. En la situación de pánico, muchos manifestantes se fueron a la boca de metro de Charonne. La policía cargó y mucha gente fue golpeada y hubo muertos. Nueve personas no sobrevivieron. Hubo muchos heridos que escaparon. La voluntad era de reprimir hasta el fin, hasta la muerte.

Fue realmente trágico y ello provocó una gran indignación muy, muy grande en todo el país, no sólo en la región parisina, en toda Francia. Los nueve mártires de Charonne^{lxi} se convirtieron en un símbolo de la lucha de la clase obrera francesa por la solidaridad entre los trabajadores, no sólo los argelinos, sino del conjunto de países colonizados que aspiraban a su emancipación e independencia.

Aunque esta violencia, probablemente precipitase el fin de la guerra en Argelia, conviene recordar que, durante todo este período, los que se pronunciaron desde el principio por la independencia eran poco numerosos; en aquellos tiempos, sobre todo en los primeros años de conflicto, la idea de una Argelia francesa era compartida por muchos de los que después fueron aliados nuestros. La CGT se honra de haber sido, no sólo en la guerra de Argelia, también en todos los conflictos en los que los pueblos colonizados han reivindicado su independencia, solidaria con la acción de los pueblos y de los trabajadores de estos países. Somos una de las pocas organizaciones sindicales de un país colonizador en la que nuestros representantes (los de la CGT), cuando van allí, no son acogidos como “Señor tal”, sino como “Compañero o hermano tal”. Esto ha construido relaciones de amistad y fraternidad, que han continuado y que no se han alterado con el tiempo. Éste es uno de nuestros orgullos, de nuestros honores, de haber sido, conforme a las tradiciones internacionalistas del movimiento obrero francés, solidarios con la lucha de los pueblos.

Después de la guerra de Argelia, vimos que se manifestaba la solidaridad con todas las víctimas-no sólo las de Charonne, también las víctimas argelinas (en Francia y en Argelia), los cuerpos expedicionarios, los militares franceses que fueron a participar en esta guerra defendiendo a sus cuerpos y que vivieron esto de una manera horrible, y que han tenido secuelas psicológicas y físicas que aún hoy no han sido atendidas. Nosotros siempre estuvimos en este espíritu, cercanos a la lucha de todos aquellos que participaron en la batalla por la defensa de los intereses del pueblo argelino. Todo siguió. Los acuerdos de Evian se ejecutaron y la lucha se retomó con todos los demás objetivos, que hicimos nuestros en este período. A ello se unió, al principio de los años 60, nuestra solidaridad hacia el pueblo argelino, pero esta vez no con relación a un conflicto con Francia, sino con relación al conflicto que a partir de entonces tuvieron con los americanos. Con muchas organizaciones, participamos en numerosas manifestaciones de solidaridad con el pueblo argelino. Éste se convirtió, hasta finales de los 60, en un gran objetivo del movimiento sindical, en el que poco a poco se comprometieron todas las fuerzas sindicales del país.

CAPÍTULO 10

SUCEDER A FRANCHON.

Me convertí en Secretario General de la Federación de Ferroviarios en 1962. Hasta entonces, me ocupaba de los temas de juventud, pero mi participación en la dirección confederal, en tanto que miembro de la Comisión Administrativa me había hecho poner un pie en el estribo de la actividad confederal. Me aproximé mucho al Secretario General de entonces, Benoît Franchon, con el que tenía ocasión de entrevistarme frecuentemente, con relación a las luchas que encabezábamos. Benoît Franchon tenía una cualidad muy particular, en la que seguidamente traté de inspirarme- Cuando íbamos a su encuentro para pedir consejo, él nos preguntaba siempre cual era nuestra posición, nuestra opinión o nuestra propuesta antes de opinar, para ver si se correspondía. Depositaba una gran confianza en los camaradas que le rodeaban. Jugaba el papel de dirigente con mucha modestia y humildad. Era un hombre muy respetado y querido por todo su entorno. En 1962, estaba implicado en luchas, sobre todo con los ferroviarios. Un día fuimos a organizar una huelga con otras organizaciones sindicales de ferroviarios: la CFTC y la FGAAC (Federación General Autónoma de maquinistas). El gobierno había decidido intervenir a los ferroviarios. Desde que apareció la amenaza de intervención^{lxii}, propusimos a las demás organizaciones de ferroviarios resistir, pero éstas se plegaron ante la prohibición de huelga. Nosotros solos no podíamos hacer frente a una tal situación, además con el riesgo de enfrentar la amenaza de intervención con lo que suponía de represión sindical si la movilización no fuese suficientemente masiva. Nos retiramos. Fue muy dura esta retirada.

Finalmente, un año después, en 1963, tuvimos de alguna manera la revancha con los mineros. Los que han vivido esta época, recuerdan esa huelga extraordinaria de los mineros^{lxiii}, que maduró después de bastante tiempo y que se desencadenó antes de acabar el invierno. Asistí a una conversación entre Benoît Franchon y los responsables de los mineros (Léon Delfosse y Achille Blondeau), Benoît Franchon les aconsejaba, si era posible, esperar a la primavera antes de desencadenar la huelga, pues la falta de carbón en pleno invierno habría creado una situación difícil para organizar la solidaridad con los huelguistas. Fue lo que hicieron nuestros compañeros de las minas. Cuando la huelga se produjo, en el transcurso del mes de Abril, en seguida se manifestó un gran impulso de solidaridad por toda Francia, en todas las profesiones, incluso más allá de los trabajadores, en la opinión pública. En aquel momento, de Gaulle cometió un error considerable, diría yo que monumental para un hombre tan reputado y clarividente. Decidió intervenir los mineros, sin duda pensando que iba a producirse lo mismo que se produjo con los ferroviarios meses antes, donde la amenaza de intervención puso fin a la amenaza de huelga. Pero los mineros, ya en huelga, acogieron la intervención con una actitud digna de trabajadores combativos: arrancaron públicamente la orden de intervención de los tablones de anuncios de las minas y siguieron la lucha envueltos por una solidaridad muy, muy grande y amplia por parte del conjunto de la población de nuestro país. Creo que este fracaso de de Gaulle ante los trabajadores en lucha, los mineros en este caso, marcó el inicio de su decadencia política. Ese día cometió un error que tuvo consecuencias muy graves para su notoriedad de hombre que no retrocede ante nada, del que todas sus decisiones son respetadas y aceptadas, o de buen grado o con todas sus fuerzas, que impone su voluntad en todos los casos. Ese día su invulnerabilidad se desplomó y su autoridad política comenzó a decrecer, hasta el momento en que, algunos años después, en 1969, ese

referéndum que quiso imponer a propósito de la descentralización, lo dejó en minoría y le condujo a presentar la dimisión^{lxiv}. Creo que no se dirá nunca suficientemente hasta qué punto esta huelga de los mineros en 1963, fue un elemento extremadamente estimulante al mismo tiempo para todos los movimientos sociales. La prueba fue que se hizo con unidad, a partir de que esta era firme, con los objetivos fijados por el movimiento social y reivindicativo, era posible vencer. Esta huelga terminó con una negociación que aportó resultados, sin duda no totalmente satisfactorios para los huelguistas, pero muy positivos con relación a la situación inicial que les había incitado a declararse en huelga. He aquí el por qué esta huelga de los mineros fue muy importante.

En aquel entonces, yo era como ya he dicho, en la Federación de Ferroviarios y además responsable del sector público nacionalizado, con los del gas y electricidad, los mineros, los ferroviarios, y más allá, con los servicios públicos en general, participando de todas las iniciativas. Habíamos organizado, en bastantes ocasiones, huelgas de gran importancia nacional, comprendiendo todos los trabajadores de todos estos sectores, que habían confirmado, después de la huelga de los mineros, la necesidad de movilizarse y la voluntad de abrir brechas en la política gubernamental y patronal. Fue en este período, hacia 1964, que un día, en una conversación bilateral muy personal, Benoît Franchon me dijo: “Voy a cumplir 73 años, no tengo la intención de seguir asumiendo esta responsabilidad. He pensado proponerte para que me sucedas en el cargo de Secretario General de la CGT.” Me quedé por un largo rato sin habla, sin reaccionar, puesto que no me esperaba de ningún modo tal proposición. Estaba muy lejos de considerarme capacitado para reemplazar a un hombre de una dimensión tan importante como la que tenía Benoît Franchon, a mis ojos de joven militante. Me resistí, le expliqué mis reticencias y mi certeza de no estar a la altura de una responsabilidad semejante. Insistió; otros también participaron en vencer mis resistencias. Finalmente, tuve que ceder, en un momento en que debía encontrarse una solución. Era incapaz de hacer una contra-propuesta. Me dijo: “ Si no estás de acuerdo, ¿conoces a alguien susceptible de ser propuesto para mi puesto?” Me quedé, evidentemente sin respuesta, aunque pienso que había con toda seguridad, otros tan capacitados como yo.

En 1965, dejé pues mi función de Secretario General de la Federación de Ferroviarios para entrar en la Confederación, donde me encontré con una situación sindical muy diferente de la de mi Federación, venía de una corporación fuertemente sindicada, sobre todo en aquella época; estructurada de manera tal que parecía más un gran sindicato que una multitud de organizaciones de base afiliadas a una Federación. Benoît Franchon tuvo la buena idea, creo, de confiarme el sector social de la CGT, para que me familiarizara con los temas de jubilaciones, Seguridad Social, prestaciones diversas, familiares, etc.-que no existen de la misma manera en una corporación con estatuto como la mía, la de los ferroviarios, o la de los del gas y electricidad, de los mineros y sectores nacionalizados. Durante dos años, debí familiarizarme con todos los dossiers de la situación social, de la legislación social en Francia, sabiendo que estaba destinado a ser el futuro Secretario General de la CGT. Eso añadió a mi formación sindical un cierto número de conocimientos sobre asuntos sobre los que no estaba suficientemente instruido. Durante estos dos años, estudié.

Benoît Franchon conversó sobre la elección de su sucesión con otros responsables del Buró Confederal, así como con la dirección del Partido Comunista. Efectivamente, un día en pleno

Buró Político-del que yo ya era miembro-, Benoît Franchon anunció que iba a tener lugar el Congreso de la CGT, que él iba a dejar su responsabilidad y que proponía que yo le reemplazase. Cada miembro de la dirección del Partido Comunista fue invitado a dar su opinión. No había posibilidad ni de vetar ni de modificar la propuesta, porque eso era algo acordado en la CGT de la época. Pero los miembros del Buró Político del partido estaban entre todos aquellos que fueron informados de la propuesta antes de que fuese oficial.

No hubo reticencias a mi nominación en el partido, ni tampoco en la CGT-o al menos, si las hubo, no me llegaron, así que no tengo conocimiento. Debo decir que yo venía de la Federación de Ferroviarios, que tenía-y tiene siempre-un cierto prestigio en la CGT, por sus tradiciones, por el papel que siempre jugó en el movimiento obrero y sindical francés, con personas como Pierre Semard, Lucien Midol, Antoine Demusois, que eran nombres prestigiosos en el movimiento obrero francés. Pero había un pequeño plus, quizás en aquel momento. La Federación de Ferroviarios de la CGT tenía excelentes relaciones con la CFTC, antes de que se transformase en la CFDT, desconfesionalizándose. Estaba dirigida por un antiguo deportado resistente, un amigo cercano con el que tenía muy buena relación personal. Este amigo se situaba en la estela de Eugène Descamps quien, en la CFTC luchaba por la desconfesionalización de su organización, y que en el Congreso de 1964 de la CFTC, fue mayoritariamente aceptada, puesto que en aquel momento la CFDT se creó. Así que llegué a la CGT con esa experiencia de unidad de acción sindical, CGT-CFTC, que pesó sin duda de manera importante, puesto que a comienzos d 1966, las dos confederaciones CGT y CFDT concluyeron un primer acuerdo de unidad de acción que dio lugar a una manifestación ante la sede del CNPF para reclamar, exigir, la apertura de negociaciones para las reivindicaciones de los trabajadores del sector privado. Eso estaba ya hecho en el sector nacionalizado, puesto que, con nuestra Federación, la de los mineros, la de los del gas y electricidad, las organizaciones de la CFDT estaban en la práctica de la unidad de acción desde hacía muchos meses, en la prolongación de la famosa huelga de los mineros. Toda ello estaba relacionado-la reputación de la Federación de Ferroviarios, la unidad de acción-y yo llevaba con mi llegada a la Confederación esta experiencia-que no era personal-de una Federación que jugaba un papel importante en el seno del movimiento sindical francés.

En aquel momento, para el sector público y nacionalizado, se abrió un proceso de negociación, el llamado Toutée-Grégoire, que toma el nombre de los dos consejeros de Estado encargados de definir los ámbitos, que estaba destinado sobre todo para prevenir y evitar las huelgas. Las organizaciones sindicales fueron consultadas. Por mi parte, yo le llamaba “la libertad en una jaula”, porque se nos reconocía el derecho de opinar, pero no de decidir mi de llegar a acuerdos. Simplemente, se trataba de explicar nuestro punto de vista. Para mí, eso no podía considerarse una negociación verdadera, que implicase la toma de responsabilidades de las dos partes contratantes. Eventualmente como un acuerdo, negociando compromisos.

El segundo gran dossier de la época, que tomé en cargo, trataba sobre la Seguridad Social. Ya había sido objeto de medidas restrictivas del gobierno gaullista, que no soportaba ni la elección de administradores de la Seguridad Social por parte de los trabajadores ni el sistema de prestaciones que comportaba. El gobierno había instituido un cierto número de restricciones con las famosas ordenanzas que amputaban la Seguridad Social en Agosto de 1967, y que dieron lugar en el marco del acuerdo de unidad de acción entre la CGT y la CFDT, a

una respuesta importante (en el transcurso del año 1967, sobre todo a fin de año), en forma de huelgas nacionales, en las que participaron casi todas las organizaciones sindicales. Huelgas en los sectores públicos y nacionalizados, como también jornadas de acción en el sector privado-menos fuertes como consecuencia de posibilidades menores de organizarse sindicalmente, a lo que existía en el sector público y nacionalizado-que creo contribuyeron a elevar considerablemente todo el movimiento social.

Creo que no se puede separar lo que sucedió a inicios del año 1968 de todo lo que le precedió, en la historia sindical de nuestro país, a lo largo de 1966-año del acuerdo de unidad de acción con la CFDT-, las luchas que encabezamos contra la amputación de la Seguridad Social, contra los atentados hacia los derechos sindicales, al poder de compra de los trabajadores...Todo eso contra el muro contra el que chocábamos (hizo surgir), la idea de los trabajadores de actuar todos juntos. La consigna “todos juntos” floreció ya en el avant-mayo de 1968. Fue así como nació, como germinó y que se desarrolló en la perspectiva de una acción de gran envergadura, lo que dio lugar a los acontecimientos de Mayo de 1968.

El CNPF-patronal-era hostil a todo encuentro con la CGT. Excepto en la famosa comisión Toutée-Grégoire, a la que he hecho alusión. No había casi relaciones entre la CGT y el gobierno.

Era una realidad de bloqueo, porque no había ningún diálogo. Éramos, por otra parte, el país de Europa en el que las relaciones entre el gobierno, la patronal y el movimiento sindical eran raras, casi inexistentes. Debía haber sin duda conciliábulo-eso se confesó más tarde-entre ciertos dirigentes de otras organizaciones como Force Ouvrière o incluso la CFTC, pero eso no aportaba las soluciones que el mundo del trabajo esperaba. He aquí el por qué, repito, la idea de reunirse en una misma acción todos juntos, para hacer descarrilar esa cerrazón integral a toda posibilidad de negociación, fue acogida con fuerza en el segundo semestre del año 1967, en la mente del mundo del trabajo en su totalidad.

El contexto político era particular. Es verdad, yo era miembro de la dirección del PCF, pero mi trabajo, mi función y mis responsabilidades eran estrictamente sindicales. Participaba en las reuniones, en las deliberaciones, pero no asumía ninguna representatividad particular del PCF. Era tradición respetar, a partir del momento en que me convertí en Secretario General, mi responsabilidad sindical, y de no mezclar los géneros. Dicho esto, participé de todas las deliberaciones que desembocaron en ciertas decisiones de entonces, y creó que la CGT fue demasiado lejos cuando decidió llamar al voto por la candidatura de François Mitterrand contra la de De Gaulle en las presidenciales de 1965^{lxv}. Pero lo decidimos unánimemente. Enseguida consideramos que no correspondía a la CGT-pienso que, a partir de entonces, esto será siempre observado como una norma por nuestro movimiento sindical-pronunciarse por apoyar a un candidato de una elección de carácter político^{lxvi}. Sé que hubo negociaciones muy reñidas entre Waldeck Rochet y el Partido Socialista^{lxvii} para la designación de un candidato común y que se hizo sin dar demasiadas explicaciones públicas, pero todo se tradujo en una decisión que, en mi opinión, constituyó una anticipación importante de los acontecimientos que siguieron, Y cuando el PCF consideró que debía presentar su propio candidato a las elecciones-primero a Georges Marchais y después a André Lajoinie-se acreditó la idea de que era difícilmente imaginable que un comunista se convirtiese en Presidente de la República.

Creo que, en las condiciones políticas de nuestro país, es efectivamente inimaginable. He aquí el por qué creo que mejor nos hubiese valido quedarnos con la posición que siempre ha sido la nuestra desde un principio, y que consistía en contestar este modelo de elección del Presidente de la República, que contrariamente a lo que algunos piensan, no es la cima de las virtudes de la democracia. Esto concentra el poder en una sola persona; eso tiene siempre valor de plebiscito, más o menos y todos saben muy bien que un plebiscito no concuerda con la democracia ciudadana, tal como yo la concibo.

Conocí bien a Maurice Thorez, Waldeck Rochet y también a Jacques Duclos. Maurice Thorez era un hombre, sin duda, de muy vasta cultura, autodidacta, que tenía una inteligencia política fuera de lo común, que había prácticamente vivido, desde su más pronta juventud, todos los acontecimientos que Francia conoció después de la Primera Guerra Mundial. En el ejecutivo del movimiento comunista internacional (el seno del cual jugó un papel importante), tuvo también éxito, en un período difícil de nuestra historia-el período de entreguerras-en impulsar la idea de una unión susceptible de transformar la sociedad en sentido progresista, lo que desembocó en el Frente Popular. La guerra llegó, después la ocupación y la Resistencia. En condiciones particulares, lo movilizaron y dejó el ejército para ir a la URSS, donde se quedó todo el tiempo que duró la guerra. Mientras, Jacques Duclos y Benoît Franchon se quedaron en Francia, donde condujeron el combate de la Resistencia de la clase obrera. Eso creó una diferencia, sin duda, que ha sido objeto de multitud de comentarios, pero que se resolvió al día siguiente de la Liberación, en una especie de "modus vivendi"-no se hacen distinciones, no se polemiza, no se diserta sobre la cuestión de saber de quién fue el mérito esencial de cómo se condujo la Resistencia, si desde Moscú, si desde París o de cualquier parte de Francia por los que estaban en la clandestinidad.

Creo que esta manera de razonar ha sido perjudicial, tanto en la explicación como en el relato de lo que pasó en la conducción de la Resistencia, de la forma cómo Benoît Franchon y Jacques Duclos asumieron responsabilidades en aquellas condiciones tan difíciles. Personalmente, yo le insistí muchísimo a Benoît Franchon para que escribiera el relato de aquel período de la historia y el papel que jugó concertadamente con Jacques Duclos. Lamento mucho que no aceptase hacerlo. Siempre, sin duda, con la preocupación de evitar especulaciones sobre las diferencias con Thorez en Moscú...Hubiese sido una descripción de un momento histórico muy importante que nunca tendremos y que nos faltará durante mucho tiempo.

También conocí personalidades como Jacques Duclos, que era un hombre muy instruido, apasionado por la historia, que había conseguido documentarse a través de la literatura en cierto número de pasajes históricos en los que era invencible. Participaba, con mucha inteligencia, en la elaboración de la política del PCF. Digamos que tenía un talento especial para la oratoria, que hacía de él un orador apreciado allá donde fuese por toda Francia para hablar de la política de su partido y de los grandes acontecimientos de nuestro período. Era además un parlamentario de una notoriedad particular, pues su sentido de la polémica y sus reflejos, lo situaba entonces, en los grandes debates en la Asamblea Nacional a la cabeza del grupo comunista, para apreciar los acontecimientos, para criticar, para atacar, para explicar...Tenía todas estas cualidades.

Conocí también a Waldeck Rochet, que era un hombre muy simpático, salido de ambientes más bien campesinos. Durante los períodos que pasó en prisión, había leído mucho y se cultivó mucho personalmente. Sucedió a Maurice Thorez en condiciones que le fueron difícilmente soportables, puesto que la enfermedad de Maurice Thorez precipitó la situación y el relevo. Waldeck Rochet tuvo muchas dificultades en adaptarse a la realidad de una responsabilidad de tal envergadura. Al principio, temía mucho enfrentarse con la prensa sin tener ningún guión en la mano para hacer declaraciones. Pero al final se adaptó bastante rápido. Quizá eso le desgastó más deprisa de lo normal, que si ello no le hubiese llevado a la obligación de asumir una responsabilidad tan importante. Una de las últimas veces que le vi, fue en Moscú, estaba en una casa de cuidados particulares. Me pareció muy, muy disminuido en sus facultades físicas y también mentales. La última vez que le vi, había regresado de Moscú y fue designado para hablar en la Fiesta de l'Humanité; fue su último discurso. Estaba obsesionado en que el viento se le llevaría sus papeles. Para pronunciar su discurso, me pidió que le buscara una piedra-lo que era muy raro en el parque de La Courneuve, donde tenía lugar la Fiesta de l'Humanité en aquel tiempo. Tuve muchas dificultades en encontrar una. Pero es anecdótico. Vale para decir que estaba ya, en aquel momento, en un estado mental que anunciaba un retroceso que no dejó de agravarse durante los meses siguientes a esta famosa Fiesta de l'Humanité.

Conocí pues a gente muy importante, que ya no están en este mundo, pero que sin duda, con sus diferencias y particularidades, han jugado un papel en la manera en la que yo he formado mi experiencia.

CAPÍTULO 11

BAUTISMO DE FUEGO:

A principios del año 1967, el movimiento social (en Francia) estaba en efervescencia. Nosotros (la CGT) preparábamos el 36 Congreso de la CGT, en el que Benoît Franchon (Secretario General de la CGT) debía anunciar que cedía su puesto, presentando mi candidatura para su sucesión. En este Congreso, presenté un informe sobre el sindicalismo y la juventud, en el que proponía que dedicáramos el año 1968 a la juventud, con el lema “La CGT da la palabra a la juventud”, y decidimos convocar un gran encuentro de jóvenes en París en Mayo de 1968, precedido de una conferencia sindical sobre los problemas de la juventud y del movimiento social y las responsabilidades sindicales que debían asumir las nuevas generaciones. El Congreso aprobó la propuesta por unanimidad, de manera que todas las organizaciones de la CGT, durante el segundo semestre del año, se movilizaron para preparar esta iniciativa de carácter extraordinario. Así abordamos los primeros meses de 1968, año en que iban a acontecer los sucesos de los que todos han hablado durante tanto tiempo.

El movimiento estudiantil por su parte, pasaba también por una cierta efervescencia. Nosotros y el sindicato de estudiantes UNEF (Unión Nacional de Estudiantes Franceses) teníamos relaciones desde el período de la Guerra de Argelia. Habíamos cooperado intensamente en toda una serie de iniciativas comunes, acciones, luchas, y podíamos afirmar que nuestras relaciones (entre la CGT y la UNEF) eran buenas al final del 1967. Pero a principios de 1968 aparecieron en el seno de la UNEF diferentes tendencias políticas: maoístas, trotskistas, anarquistas, guevaristas, así como miembros del PSU^{lxviii} dirigido entonces por Michel Rocard. Tendencias que, en el seno de la UNEF cristalizaban en opiniones y propuestas que iban en un sentido que las alejaba del carácter sindical que habíamos siempre conocido en la UNEF. Dichas posiciones tenían características comunes: Anticomunismo, anticegetismo y una fuerte propensión a declarar que su vocación era dar lecciones de estrategia revolucionaria a la clase obrera. Esto incomodaba considerablemente a los militantes obreros...me acuerdo aún de los de Renault que decían “No son precisamente estos picos de oro (blancs becs en el original) los que nos van a enseñar a hacer la revolución”. Todo ello evidentemente, no facilitaba el mutuo entendimiento, ni siquiera la tolerancia.

Por su lado, la CFDT (Confédération Française Démocratique des Travailleurs), al contrario de nuestra actitud muy reservada, y ciertamente crítica con estas posiciones izquierdistas, manifestaba una cierta complacencia con estas manifestaciones anticomunistas, izquierdistas, que tendían a substituir las consignas sindicales por consignas políticas extremas, muy alejadas entonces unas de otras. Eso vulneraba el acuerdo de unidad de acción CGT-CFDT y tendía a relegar los objetivos reivindicativos contenidos en ese acuerdo de unidad de acción a un segundo plano, con la pretensión de que las reivindicaciones “alimentarias” no tenían valor

frente a la cogestión, la autogestión y otras de calidad superior. La calidad y la cantidad eran conceptos opuestos. Esto había mermado, alterado y perturbado las relaciones entre la CGT y la CFDT. Pero nosotros seguíamos siendo leales al acuerdo de unidad de acción, a los objetivos que fijaba y además a trabajar entre los jóvenes para la preparación del famoso “mes de Mayo de la juventud” en el plano sindical, pues queríamos un hecho de resonancia que simbolizase la actitud de la CGT manifestando su confianza en la juventud.

Se acercaba el 1º de Mayo, en Paris estaba prohibido manifestarse en la calle desde hacía catorce años. Esta prohibición de manifestación en las calles de Paris se remontaba a una decisión de Guy Mollet (Primer Ministro IV República)^{lxix} que fue jefe del Gobierno diecisiete años antes. Nosotros (El Buró Confederal, organismo equivalente al anterior Secretariado Confederal) habíamos decidido con los compañeros de la región parisina ir más allá de esta prohibición y retomar las calles, los adoquinados de Paris para manifestarnos el 1º de Mayo de 1968. Ni tan siquiera pedimos la autorización a la prefectura de policía ni al gobierno. Habíamos tomado nuestra decisión e hicimos un llamamiento a los trabajadores a secundar masivamente la convocatoria. No lo hicimos de manera simbólica para vencer una prohibición larguísima, sino porque sentíamos el ascenso del movimiento, la voluntad de reencontrarse en un momento dado todos juntos para vencer este muro de resistencia a la posibilidad de negociar las reivindicaciones que se concretaba con mayor fortaleza. Y dijimos que el 1º de Mayo era una buena ocasión para realizar un test particularmente significativo de esta voluntad de la clase trabajadora de ir hacia adelante. En aquel momento esperábamos cerrar un acuerdo con los compañeros de la CFDT para hacerlo conjuntamente, lo que rechazaron. Eso no nos hizo renunciar a nuestra intención. Por su parte la UNEF estaba de acuerdo en manifestarse con nosotros. Pero las distintas tendencias políticas izquierdistas que se manifestaban en su seno, contestaban las consignas de la manifestación del 1º de Mayo, que eran consignas reivindicativas, a las que se añadía la exigencia de paz en Vietnam y la expresión de solidaridad con el pueblo vietnamita. Eso había complicado un poco las condiciones de la preparación unitaria CGT-UNEF, pero que no excluía a la UNEF de la manifestación. Llegó el 1º de Mayo y ante la sorpresa general, incluso la nuestra, pues no esperábamos un resultado semejante, 100.000 personas llenaron las calles de Paris. Eso se salía de lo normal, significaba que se iba en ascenso, que había un movimiento social muy fuerte. Por la tarde del mismo día, la CGT publicó una declaración llamando a los trabajadores, en este impulso a seguir su movimiento reivindicativo, a unirse desde los lugares de trabajo para manifestar su voluntad de llegar a un resultado satisfactorio de sus reivindicaciones, por la apertura de negociaciones apropiadas entre el gobierno por una parte y el Consejo Nacional de la Patronal Francesa – CNPF (los empresarios) por otra.

Durante la prolongación del 1º de Mayo, muy rápidamente en el Barrio Latino se produjeron enfrentamientos muy duros entre los estudiantes y la policía, que degeneraron en batallas difícilmente soportables para todos y que comenzaron a crear estados de ánimo muy serios. Esta situación se prolongó la semana que siguió hasta la noche del 9 al 10 de Mayo,^{lxx} en la que en la calle de Gay-Lussac se produjo un violentísimo enfrentamiento entre la policía y los

estudiantes que llevó las emociones citadas a un punto culminante de paroxismo e indignación. Fue en esa famosa noche que, hacia las 4 de la madrugada, en nombre de la CGT (sin la posibilidad de reunir los órganos de dirección) formulé una protesta vehemente contra la brutalidad policial de la que habían sido víctimas los estudiantes y propuse inmediatamente una reunión a las 9 de la mañana del día en la Bolsa del Trabajo de París para tomar las decisiones que la situación imponía. Tuve que esperar varias horas para transmitir al resto de organizaciones sindicales la propuesta de reunión unitaria. Antes de las 9 todos estaban informados y nos reunimos en la Biblioteca de la Bolsa de Trabajo para analizar nuestra propuesta. Yo había preparado un texto de cinco líneas, que protestaba con indignación de la brutalidad policial de la que habían sido víctimas los estudiantes y que llamaba a los trabajadores, en respuesta a esa violencia, a parar el 13 de Mayo durante 24 horas con manifestaciones en las grandes ciudades de Francia. Esta propuesta dejó al resto de participantes algo desconcertados. Estaban la CFDT, la Federación de Educación Nacional- FEN y la UNEF. Force Ouvrière - FO estuvo ausente. La UNEF estaba representada por Jacques Sauvageot, la CFDT por Eugène Descamps mientras que James Marangé representaba la FEN. Estaban algo desconcertados ante esta propuesta. Descamps comenzó diciendo que antes de llegar a ello, era necesario interpelar al Ministro del Interior para pedirle moderación por parte de las fuerzas policiales ante los estudiantes. Marangé dijo que no estaba en condiciones de responder a la propuesta y que debía consultar a su organización. Y Sauvageot dijo que dado que los estudiantes de la UNEF ya estaban en huelga no era necesario consultarles sobre una decisión que ya venían tomando. No hubo por tanto una aceptación inmediata de la propuesta. En aquel momento les dije: “Si a mediodía no tenemos respuesta por vuestra parte, o de unos u otros, nosotros haremos público el texto y como CGT llamaremos a los trabajadores a la huelga y a las manifestaciones”. A las 11 tuve el acuerdo de Eugène Descamps por teléfono, a las 11:30 h. el de la FEN; un poco más tarde, sobre las 13 h. FO se adhería al llamamiento. Fue así que el 13 de Mayo, sin ninguna duda, se convirtió en uno de los momentos más importantes de toda la historia de aquella primavera memorable. Durante aquel día en toda Francia el trabajo se detuvo y tuvieron lugar grandes manifestaciones en todo el país, destacando París, con 700.000-800.000 personas en la calle (no pudimos saber con precisión cuantos éramos, tal era el gentío). Fue una demostración de fuerza raramente superada en la capital, que era significativa acerca de un movimiento muy combativo y concienciado. Y de una voluntad de ir más lejos. Esa fue la razón de que, a la mañana siguiente del 13 de Mayo Le Figaro titulaba, si no recuerdo mal: “La clase obrera marca a partir de ahora el paso en la agitación estudiantil”^{lxix}. Creo que esta apreciación de Le Figaro reflejaba una cierta realidad que hacía temblar a los políticos, que en los medios de derechas, se preguntaban hacia dónde iban a evolucionar los hechos.

Esta manifestación no fue sencilla, en la medida en que cada uno pretendía asegurar la dirección, sobre todo por parte de la UNEF, o al menos de sus componentes políticos. Por la tarde del 13 de Mayo, por parte de la CGT habíamos tenido que aceptar ciertos temas que no estaban convenidos de inicio, sobre todo en la composición de la primera fila. Así la UNEF pidió que Daniel Cohn-Bendit fuese uno de sus tres representantes. Dijimos: “Si la UNEF pide que Daniel Cohn-Bendit sea uno de sus tres representantes-entonces no era miembro de su dirección-es asunto suyo, es su responsabilidad. No nos opondremos”. Era ya característico de

las intenciones de la UNEF romper un poco su carácter sindical, para intentar la introducción, en ese gran movimiento que se dibujaba, objetivos que no tenían nada que ver con las reivindicaciones por las cuales, en tanto que organizaciones sindicales, estábamos en lucha. Se trataba de romper el capitalismo, de hacer saltar la Bolsa de valores de la capital, de tomar el Elíseo por asalto, que sé yo...Consignas que, evidentemente, no podían ser asumidas por parte de la mayoría de la gente que habíamos movilizado, y para la que lo esencial eran las reivindicaciones, los cambios positivos, democráticos, sociales, etc., y no la revolución violenta, evidentemente. Esto constituyó un problema en lo que sucedió a continuación, hasta el punto de comprometer la evolución del movimiento.

Nosotros notamos la evolución de la situación. A la mañana siguiente, yo estaba con Eugène Descamps-CFDT- en Radio Europa-1 para responder a varias cuestiones de dos periodistas, uno de ellos era Jean-Pierre Elkabbach, así como a preguntas de los oyentes. Un periodista me preguntó si nosotros-la CGT-no teníamos la impresión de haber tomado el tren ya en marcha. Le respondí que, según mis informaciones, la Federación de Ferroviarios CGT estaba en situación de parar todos los trenes, y que por consiguiente no veía qué posibilidad teníamos de tomarlos en marcha. Era para mostrar que la huelga estaba en proceso de tomar una amplitud considerable. Esta fue la razón de reunir inmediatamente para el 19 de Mayo^{lxxii} un Comité Nacional Confederal extraordinario. El mismo día empezaba la Conferencia Nacional de los jóvenes, que estaba convocada en Pantin y había seguido su curso-había comenzado en la víspera y debía continuar a la mañana siguiente. Reuní a los compañeros del Buró Confederal que estaban presentes. Benoît Franchon (anterior Secretario General) estaba en Japón con otros miembros del Buró y Henry Krasucki^{lxxiii} estaba con otra delegación del Buró en la RDA. No éramos muchos, pero suficientemente responsables para tomar decisiones. Les dije: “no podemos dejar a nuestros jóvenes militantes de la CGT que han venido a la Conferencia a deliberar cuestiones sindicales, de organización, de la CGT y la juventud, en el momento en que Francia está en proceso de huelga general. Es absolutamente preciso que estén en su puesto de combate, de responsabilidad sindical”. Fui a la Conferencia y, en lugar del informe que estaba inicialmente previsto para señalar todas las cuestiones, les dije: “Si quereis estar en vuestros puestos de combate mañana por la mañana, debeis marcharos rápidamente, porque esta tarde os arriesgais a no tener trenes para volver a vuestra casa”. Todo aquel enjambre de jóvenes y de fuerzas juveniles, después de haber aprobado un texto breve de llamamiento a la juventud, con gran entusiasmo marchó a las estaciones de tren para regresar a sus puestos de responsabilidad y estar presentes en la conducción de la lucha. En aquel Comité Confederal que debatió después estas decisiones, se planteó si debíamos lanzar ya un llamamiento de huelga general, o bien organizar consultas a los sindicatos y sus militantes sobre motivos y objetivos reivindicativos y modalidades de la movilización. En aquellos momentos, teníamos ya un cierto número de empresas grandes donde no se reemprendió la actividad desde el 13 de Mayo. Era el caso de Sud-Aviation de Nantes, de la fábrica Bougenais y en otras, sobre todo de la metalurgia. Por parte de los ferroviarios, el trabajo comenzaba a cesar en los grandes talleres de la región parisina. Estos paros, con ocupación de los centros de trabajo, eran cada vez más numerosos. Así pues, decidimos en el Comité Confederal no lanzar ningún llamamiento de huelga y pedirles a nuestros militantes que reuniesen a los trabajadores en sus centros de trabajo, proponerles el paro y su ratificación acerca de las

demandas reivindicativas y de organizar la ocupación de las empresas. Eso fue lo que sucedió. Una después de otra, todas las empresas de Francia, comprendidas asimismo aquellas en donde no había organización sindical alguna, se declararon en huelga. Y así fue como entre el 23 y el 24 de Mayo, Francia entera estaba paralizada por una huelga general. Una huelga general de la que se había hablado mucho en el movimiento sindical desde hacía mucho tiempo, incluso desde antes de la creación de la CGT, como objetivo supremo para acabar con el capitalismo. Y ahora, sin ninguna consigna nacional Francia estaba totalmente paralizada por una huelga general de verdad, por primera vez en su historia. Esto constituía una situación realmente extraordinaria. De Gaulle, al principio del movimiento, estaba en Rumanía con Nicolae Ceausescu, mientras que su primer ministro Georges Pompidou se debatía en esta difícilísima situación.

En aquellos momentos, recibí por medio de uno de los responsables de la CGT, una propuesta del Consejo Nacional de la Patronal (provenía de Paul Huvelin, presidente del CNPF-Consejo Nacional Patronal Francés) que sugería nos encontrásemos para hablar. Utilicé con el responsable de la CGT que me proponía este encuentro la táctica "Benoît Franchon" y le pregunté: "¿Qué harías tú en mi lugar si fueses objeto de esta propuesta?". Me dijo: "Yo aceptaría". Le contesté "Yo la rechazo. La rechazo porque en esta situación, no se trata de una cuestión informal, se trata cuando menos de decisiones importantes. Responderás a Huvelin reenviando el ascensor, es decir, si los del CNPF tienen propuestas de negociación, es preciso que las hagan de forma pública y abierta, con el fin de que podamos valorar sus intenciones reales y concretas: Negociación o no". Esto era hacia el 23 de Mayo, poco antes de la apertura de la Conferencia de Grenelle.

En este período, entre la gran manifestación del 13 de Mayo y la apertura de la Conferencia de Grenelle, se produjeron un rosario de acontecimientos en un lapso de tiempo muy corto, que dieron lugar a una tensión extremadamente importante, debida también a las manifestaciones que se desarrollaban. Hubo las de la CGT en muchas ciudades y poblaciones importantes, pero también las hubo de estudiantes de la UNEF, a las que se sumaban a veces la CFDT y el PSU sobre todo la del 24 de Mayo en la Gare de Lyon en París, que degeneró en violencia extrema, no sólo con enfrentamientos con las fuerzas de policía, que trataban de contener esta manifestación, también con actos como el derribo de árboles con motosierras, automóviles volcados, incendiados, contenedores quemados...y siempre con cámaras dispuestas para filmar con grandes planos. Las imágenes eran retransmitidas por TV en toda Francia, y se daba una impresión exageradamente dramática de la capital a sangre y fuego, en el imperio de de una gran violencia- que era excesiva con relación a la realidad, pero utilizada de forma manifiesta para provocar inquietud y angustia entre la población sobre los acontecimientos en París. Se trataba además de añadir confusión. En lugar de filmar en las fábricas a los trabajadores, a los piquetes de huelga que tomaban disposiciones para asegurar la seguridad e integridad de las instalaciones y de los materiales durante la huelga y la ocupación, sólo aparecía en la TV la violencia provocada en las manifestaciones entre los estudiantes y la policía. De manera que la mediatización de esta violencia jugó un papel muy importante. Hay

que decir que, en aquel entonces, los medios de comunicación estaban exclusivamente en manos del poder, del Gobierno gaullista, y que los utilizó de forma que se provocase el máximo de ansiedad en la opinión pública. Por nuestra parte, cuando tomamos la decisión de llamar a los trabajadores a la huelga, aconsejamos a los periodistas de la prensa parisina (sobre todo) de no secundar la huelga para conservar un medio de información sobre el que pudiésemos tener una cierta autoridad, para poder disponer de informaciones sindicales (fuentes CGT), porque sufríamos el boicot en la gran prensa, en los medios audiovisuales y en los principales periódicos parisinos de derechas. Nuestra decisión provocó el furor de los jefes de Le Figaro y de L'Aurore de aquel tiempo, pero debieron asumirlo porque sin publicar nuestras informaciones, los periódicos no aparecían a la mañana siguiente^{lxxiv}. Por consiguiente, gracias a este medio que se salía de lo normal, hay que decir que obtuvimos un derecho de información y expresión que tuvo en cierta medida repercusiones. Al mismo tiempo, también teníamos las radios – Europa 1, RTL, que jugaron un papel muy importante, porque los periodistas seguían todas las manifestaciones en directo, desde el lado de la policía y dentro de las manifestaciones de estudiantes simultáneamente, de manera que todas las informaciones convergiesen para que todo el mundo supiese a qué niveles de tensión se llegaba. A menudo, estas pequeñas informaciones emitidas por los transistores jugaron un papel importante, también en la negociación de Grenelle.

Nos hallábamos algo distantes de los compañeros de la CFDT. Es verdad que no habían bajado del tren izquierdista hasta el final, no habían dejado las expresiones de anticomunismo enconado y en realidad estaban con ellos con una complacencia realmente chocante para nosotros. Estábamos obligados a tomar nuestras decisiones como CGT. Teníamos la preocupación de que el movimiento se extendiese, pero debía dejarse bajo el control de los propios trabajadores, ejerciendo una gran democracia obrera y sindical en la gestión de la huelga, que no fuese una huelga dirigida desde arriba con un mando, un estado mayor ordenado todo, que los trabajadores tuviesen el movimiento en sus manos. Pero además teníamos la preocupación como Confederación, de saber cómo podríamos accionar de manera que, esta huelga, este potente movimiento social desembocase en cambios en el terreno político. Después de mucho tiempo, éramos de los que pensábamos que era necesario que la izquierda se pusiese de acuerdo en un programa que incorporase las reivindicaciones esenciales del mundo del trabajo. La CGT deseaba que la izquierda hiciese suyo el acuerdo de unidad de acción CGT-CFDT y sus objetivos reivindicativos: aumento de los salarios, garantía del poder de compra, reducción de la jornada laboral, derechos sindicales en las empresas, seguro de desempleo, que por aquel entonces empezaba a ser un problema (el desempleo, N del T). Pensábamos que todas estas reivindicaciones debían figurar en un programa de gobierno de la izquierda. Y como estábamos en una situación transitoria entre el 13 de Mayo y la apertura de negociaciones de Grenelle, nos dirigimos a los partidos políticos de la izquierda. Por una parte al Partido Comunista, con el que nos reunimos el 20 de Mayo con una delegación encabezada por Waldeck Rochet, a quienes expusimos todo esto. Por otra parte con los dirigentes de los partidos que se mostraban de acuerdo con nosotros, pero que se mantenían a la expectativa. A primera hora de la tarde del mismo día nos reunimos con los representantes de la Federación de Izquierda Demócrata Socialista – FGDS, que se convirtió después de Épinay en el Partido Socialista^{lxxv}, dirigido por François Mitterand. Esta delegación

fue encabezada por François Mitterrand en persona, y participaron en ella Guy Mollet, Gaston Deferre y otros dirigentes socialistas de los que no recuerdo sus nombres, pero que vinieron a la sede de la CGT para expresarnos el temor que tenían de ver comenzar las negociaciones con el gobierno y la patronal, del que decían que había perdido toda credibilidad y autoridad, y que la situación se degradase cada vez más. De Gaulle estaba en Rumanía, Pompidou en Afganistán; sin duda había mucho agobio en la derecha, pero el poder estaba allí, en su pleno ejercicio. Se veía, sólo por la forma en que el Ministro del Interior Christian Fouchet conducía a las fuerzas de policía y cómo su “ministro” de policía^{lxxvi} de la región parisina, Maurice Grimaud cumplía sus responsabilidades sin dar la impresión de estar sobrepasado por los acontecimientos. De hecho, vimos después que había una línea directa entre el prefecto de policía y la UNEF^{lxxvii}, para poder concertar en momentos decisivos, a fin de que las cosas no degenerasen demasiado en violencias incontrolables. Todo ello daba la impresión de que el Gobierno parecía perturbado pero no desequilibrado hasta el punto de creer, como decían nuestros interlocutores socialistas encabezados por Mitterrand, que el poder estaba listo para ser tomado, y si no para recogerlo como decía Michel Rocard^{lxxviii}. El poder estaba listo para ser tomado, nos decían, si vosotros negociais con ellos, les dais una autoridad que están a punto de perder, y por consecuencia nos arriesgamos a confrontarnos con lo que todos deseamos: que la izquierda suceda a este poder. Le dije a Mitterrand. “Podríamos considerar que si hubiese propuestas de negociación, les dijésemos: “No os reconocemos la autoridad de negociar con nosotros en la medida en que nada representais”, a condición que la FGDS, los comunistas, el PSU, los radicales de izquierda (encabezados por Robert Fabre) se pongan de acuerdo en un programa que incluya las reivindicaciones por las que los trabajadores están en huelga, y que os comprometáis solemnemente en que, si se puede producir una sucesión, tomar como la prioridad a la primera decisión de gobierno de empezar las negociaciones con los representantes de las organizaciones sindicales para dar satisfacción a estas reivindicaciones”. Entonces, allí mismo Mitterrand decía que la reivindicación de aumento del SMIG^{lxxix} (Salario Mínimo que nosotros queríamos establecer en 600 Francos) era exagerada, que la economía no soportaría la reducción de jornada a 40 horas semanales, que no era posible que si la izquierda sucedía a la derecha, se pusiesen reivindicaciones extremas por parte del movimiento social, que no se podía, naturalmente, comprometer la posibilidad, para la izquierda, de asumir sus responsabilidades válidamente. Lo que quería decir, y se lo dije a Mitterrand: · Aún no sois los representantes del Gobierno. Ud. es responsable de una delegación, de una fuerza que podría ser aliada nuestra en la batalla que conducimos: considero que Uds. no están listos, que no están de acuerdo en aceptar la unidad que les proponemos de todas esas fuerzas, susceptible de presentar una alternativa creíble para toda la población, que tranquilice la opinión pública angustiada por lo que pueda suceder y que podría recibir una ratificación mayoritaria de sufragio universal”.

La unidad no era posible. Creo cómo tuve ocasión de decir, complementando mi libro sobre Mayo del 68^{lxxx}-que en aquel momento, la gente de la FGDS con Mitterrand a la cabeza, temían que la ascensión al poder, en el marco de un acuerdo supuestamente acabado entre nosotros y el PC, les obligaba a ir más allá de los límites que no querían franquear. Mitterrand no quería transformar la sociedad como queríamos transformarla nosotros mismos. Y aquí nos quedamos.

CAPITULO 12.

LAS NEGOCIACIONES DE GRENELLE.

Poco después del 20 de Mayo, fecha del encuentro CGT-FGDS (futuro PS), sobrevino lo que esperábamos. El CNPF (patronal francesa), de acuerdo con el Gobierno-con el que nosotros no quisimos mantener entrevistas ocultas para saber cuál podría ser la continuación del desarrollo de la situación-hicieron saber públicamente que convocaban en Grenelle a la patronal y a las organizaciones sindicales para discutir la situación. La Conferencia de Grenelle se abrió el 25 de Mayo a las 15 horas.

Comenzó cuando toda Francia estaba paralizada, pero no hasta el extremo de privar de los mínimos necesarios a la población. Los huelguistas ocupaban sus empresas y hacían lo necesario para que las panaderías se aprovisionasen de harina, para que los PTT (Correos y Teléfonos) pudiesen suministrar el dinero necesario para las necesidades de la población; muchos trenes que se quedaron colgados en el momento de desencadenarse la huelga, con animales vivos o con niños que regresaban de colonias de vacaciones, fueron transportados hasta sus puntos de regreso: la gasolina se distribuía con parsimonia pero de manera suficiente para las necesidades más elementales...Era una huelga dirigida por los mismos trabajadores, pero organizada de tal manera que asumía una especie de gestión de los mínimos indispensables para la vida de la población. Esto, además, era una demostración de fuerza extraordinaria, pues las direcciones de estas empresas estaban en fuera de juego de alguna manera. No sólo los trabajadores preservaban los materiales, aseguraban la seguridad, velaban para que todo se cuidase de manera que, en el momento del reinicio (de actividades), todo funcionase normalmente, y organizaban el servicio mínimo indispensable para una vida al "ralentis" ciertamente, pero lo más normal posible.

La Conferencia de Grenelle comenzó con una atención extrema por parte de todos. En este momento, los izquierdosos vociferaban contra la idea de la negociación, gritando en todas partes: "Negociación, traición". Este ataque se dirigía sobre todo contra la CGT. Veían que, aceptando la negociación, la CGT^{lxxxii} se orientaba hacia una vía de búsqueda de solución de los problemas sociales, y no en la vía de utilización de la huelga como medio para la conquista del poder para la clase obrera, dado que estábamos frente a una izquierda que no aceptaba la unión para presentar una alternativa creíble.

La delegación de la CGT estaba encabezada por Benoît Franchon en el primer en primera instancia, después fui yo quien la encabezó. Estaba formada, además de por Franchon y por mí, por André Berthelot, Henri Krasucki, Jean Louis Moynot y René Buhl. La de la CFDT estaba encabezada por Eugène Descamps, la de FO por André Bérgeron y la de la FEN (educadores) por James Marangé. Había también una delegación de la CGC (Confederación de Cuadros) de la que no recuerdo quien la encabezaba^{lxxxiii}, que había exigido participar en la negociación. Éramos pues, seis o siete organizaciones sindicales representando al conjunto de trabajadores, lo que constituía una diferencia con lo que sucedió en los acuerdos de Matignon^{lxxxiii} (7-8 de

Junio de 1936), donde la delegación de la CGT estaba encabezada por Léon Jouhaux y Benoît Franchon. De hecho, cuando llegamos a Grenelle, un periodista dijo a Benoît Franchon, que encabezaba la delegación en la primera toma de contacto: “Mr. Franchon, esto debe recordarle su juventud”. Hacía alusión a la negociación de los acuerdos de Matignon en tiempos del Frente Popular en 1936. Había una gran diferencia, porque allí (en Grenelle) éramos siete organizaciones frente a un gobierno de derechas (gaullistas) y a una patronal decidida a resistir hasta donde pudiese, mientras que en 1936 en Matignon, había un gobierno de izquierdas y una sola organización sindical que hablaba en nombre de todos los trabajadores frente a la patronal que había cedido a hacer concesiones. De todas maneras, la presión de la huelga era suficientemente fuerte para permitir que la negociación comenzase en condiciones positivas. Cuando se me pregunta a menudo, cual es mi recuerdo más fuerte del Mayo del 68, respondo siempre que es haber constatado hasta qué punto nueve millones de trabajadores en huelga tienen un poder de persuasión mucho más fuerte que los mejores argumentos que pueda presentar al gobierno y a la patronal el mejor sindicalista. Esto es lo que efectivamente pasó. Nuestra petición de aumento del SMIG (salario mínimo) a 600 FF por mes (unas 8.400 ptas. de la época, en España el SMI era de 3090 aproximadamente) -es decir, una subida del 35% de una sola vez-fue admitida en las primeras horas de la negociación. ¡El SMIG aumentado en un 35%! Cuando se sueña hoy que un aumento, un reajuste del 1 o 2% se presenta como algo difícilmente soportable para la economía, se da cuenta uno de la diferencia...y para los trabajadores del campo...entonces había un salario mínimo para ellos que fue suprimido. Vieron, pues que su salario aumentó en más del 50% de una sola vez. En ciertas empresas, en las que el salario estaba por debajo del SMIG, aumentos del 30, 40 hasta del 45% no eran raros. Enseguida, la Conferencia de Grenelle dio la medida de la potencia del movimiento huelguístico en esta negociación.

Después, cada organización sindical presentó sus objetivos reivindicativos. Nosotros – subrayo conforme a los acuerdos con los compañeros de la CFDT, presentamos los objetivos comunes que figuraban en nuestro acuerdo de unidad de acción. Cosa que no hizo el representante de la CFDT, que parecía ignorar completamente la existencia de este acuerdo de unidad de acción, y colocó exigencias que colocaban en segundo plano las reivindicaciones llamadas “alimentarias” y que antepusieron demandas más “nobles” de cambio de estructuras, cogestión o de autogestión de la sociedad, que sin duda tenían valor filosófico, pero que no se compadecían en absoluto de los objetivos concretos de mejora de las condiciones de vida y trabajo. Después de una primera vuelta, las negociaciones se retomaron sobre cuestiones generales de salarios, reducción de la jornada laboral, derechos sindicales y sobre todo para la derogación de las ordenanzas sobre Seguridad Social^{lxxxiv} – es preciso recordar que las ordenanzas de la Seguridad Social fueron el principal motivo de movilizaciones que precedieron al Mayo del 68, a lo largo de 1967. Evidentemente, otras reivindicaciones se sumaron, pero la ordenanza de la Seguridad Social era un objetivo esencial, al menos para la CGT. Estoy persuadido de que, si todas las organizaciones sindicales hubiesen hecho de esto condición sine qua non para la vuelta al trabajo, hubiésemos logrado la derogación de esta ordenanza que De Gaulle había firmado en Colombey-les-deux-Églises (población de residencia de Charles de Gaulle, de la cual era alcalde) algunos meses antes. No fue el caso. Fuimos los únicos en Grenelle en exigir dicha derogación. De todas maneras, conseguimos atenuar aspectos negativos de aquella ordenanza.

En el curso de la negociación, tuvieron lugar muchas discusiones tête-à-tête (bilaterales). Pero por nuestra parte no hubo ninguna oculta^{lxxxv}. En plena conferencia, en el segundo día, Pompidou invitó a las organizaciones a reunirse con él, por turno. No se sabe qué pasó con Bergeron, pero sí lo que sucedió con Eugene Descamps, puesto que lo escribió en sus memorias^{lxxxvi}: Pompidou trató de convencerle, sobre una base de anti-cegetismo, de abandonar la unidad de acción con la CGT, y que pensase aproximarse al Gobierno para buscar un acuerdo que pusiera fin al conflicto con las condiciones menos onerosas posibles para el Gobierno, dejando entender que si compartía esto, sabría tenerlo en cuenta como deferencia a la CFDT. Creo que Eugène Descamps no aceptó, y fue muy importante que lo revelase: si lo reveló fue porque no se sometió a estas condiciones. Nosotros, Benoît Franchon y André Berthelot fuimos a ver a Pompidou, que nos entretuvo con un lenguaje bastante extraño, diciéndonos que Francia se había comprometido, con el general De Gaulle, en una vía de apertura de su política hacia el Este. Nos informó sobre el viaje del general De Gaulle a Moscú dos años antes, de las relaciones que estableció con dirigentes soviéticos. Nos dijo que, durante este tiempo en Francia hubo una viva reacción crítica de esta nueva política exterior de Francia, vis-a-vis con los países del Pacto de Varsovia. Y que entre las críticas, estaban las de gentes con las que queríamos aliarnos contra el Gobierno del general De Gaulle, que sólo soñaban en el restablecimiento de una política atlantista de sumisión de Francia a los Americanos...añadió: “Sabén, yo soy muy hostil a esta sumisión de Francia a los Americanos; y hablando francamente, debo decirles que prefiero ser un simple funcionario de un gobierno comunista antes que el Primer Ministro de una Francia sometida a los intereses americanos (!)” Nos preguntamos qué estábamos oyendo. Puesto que en una negociación comprometida, con las declaraciones que hicimos sobre objetivos estrictamente reivindicativos, que no tenían nada de politiquería, colocarnos en aquella situación...Francamente, estábamos desconcertados. Le hicimos comprender que estaba en ocasión de darse una tentativa que no tenía ninguna esperanza de éxito ni de continuidad. Le respondimos. “Si piensa que se puede comprar a la CGT de esta manera, o que la CGT está más preocupada por los intereses de estado de la Unión Soviética que de las reivindicaciones de los trabajadores, se equivoca de medio a medio y va a darse cuenta enseguida”. Nos quedamos allí con Pompidou. Le hablamos además acerca de las medidas discriminatorias que afectaban a la CGT, del hecho de que no interveníamos en la formación profesional o por los diferentes derechos de que se era objeto para recibir recursos públicos para el sindicato de los que no se tenía ninguno, y que estas discriminaciones eran un elemento de naturaleza comprometedora, que afectaba seriamente las relaciones sociales en un país como el nuestro. Nos dijo: “Bueno, veremos, según el resultado de la Conferencia, qué podemos hacer en este asunto”, haciéndonos entender que si éramos “razonables”, “amables”, y “moderados”, sería más comprensivo acerca del problema de la discriminación. A lo que contestamos que no sería por el abandono de las discriminaciones hacia la CGT que renunciaríamos a las reivindicaciones obreras. Así se produjeron los hechos.

Tuvimos muchas interrupciones en las sesiones, que nos permitieron rendir cuentas a nuestros compañeros de la CGT, a la Ejecutiva, al Buró Confederal (equivalente al Secretariado) de la evolución de la discusión. Nos habíamos preparado mucho para iniciar la conferencia y, en el recorrido desarrollamos todas nuestras intervenciones; preparamos dossiers para cada uno de los puntos reivindicativos en discusión. Sabíamos qué pasaba. Había una extrema atención en

todas las empresas sobre lo que sucedía en la Conferencia de Grenelle. Los trabajadores estaban al corriente puntualmente porque los transistores daban nuestras declaraciones y todos las escuchaban. Por otra parte, utilizábamos enormemente los PTT (Correos, teléfonos y telégrafos) que estaban ocupados por los huelguistas para difundir en toda Francia nuestras informaciones sin tener que recurrir a los “medias” que nos boicoteaban. Teníamos también a nuestra disposición la red de la SNCF (Ferrocarriles franceses) que dirigíamos y que nos permitía, como con los PTT, intercambiar con todas nuestras organizaciones por medio de los sindicatos de ferroviarios que ocupaban todos los puestos de mando de la SNCF. Teníamos pues un “retorno” acerca del sentir de los trabajadores por un lado y por otro asegurar la llegada de información. Nos permitió conocer, en todo el tiempo que duró la Conferencia de Grenelle, cuáles eran las reacciones. Más o menos eran: “Manteneos firmes que nosotros aguantamos”, “Vamos, intentemos obtener el máximo”. Este era el pulso bajo la presión de la huelga.

En un momento dado de la conversación, se me informó desde el exterior que estaba en curso de organizarse una manifestación, que había discusiones en el seno de la izquierda no comunista para presentar la idea de una candidatura de Pierre Mendes-France a la Presidencia de la República en caso de vacío de poder. Discusión que había precedido además a una declaración de François Mitterrand diciendo que él también estaba en disposición de asumir aquella función. Durante una suspensión de sesión, se me acercó Pompidou y me dijo: “¿Ud. sabe lo que se prepara?”. Dije: “Estoy al corriente”. “Bien, sus amigos no son muy amables con Ud., colocándole ante el hecho consumado de una operación política como esta”. Fui a ver inmediatamente al compañero Eugène Descamps (CFDT) y le dije: “Si te lanzas en esta dirección, estás en la tesitura de liquidar toda posibilidad de continuación de la Conferencia de Grenelle, irás en un sentido muy negativo que lamentaré profundamente”...

Creo que Eugène Descamps, desde luego ante mi indignación y las palabras que le dirigí, debió reflexionar, porque a la continuación, su confederación no fue hasta el final de estos tratos tan negativos, que dividían al movimiento. Pero si estábamos perturbados por esta maniobra que era una diversión política muy peligrosa. Debo decir que, durante esta conferencia, había va y vienes diversos, de los que no puedo precisar su significado ni a qué encuentros dieron lugar. En lo que nos concierne, durante las suspensiones de sesión, fuera de la sala donde comíamos y bebíamos zumos de frutas, no hubo ninguna conversación particular. Excepto una solicitud de Jacques Chirac que, un poco antes del final de la Conferencia de Grenelle, me pidió una conversación personal que acepté. Nos retiramos a una sala de al lado. Entonces me pasó un mensaje del general De Gaulle, que seguía con mucha atención la evolución de la negociación, y que me hacía saber que, en el punto en el que nos encontrábamos, le parecía que ya había concesiones suficientes por parte del gobierno para que se pudiese contemplar una perspectiva de “cese de hostilidades”, una vuelta al trabajo. Insistía, diciendo de nuevo que era muy importante con relación a la continuidad de la política exterior de Francia, relaciones entabladas con la URSS, amenazas de recaer en el atlantismo. Un discurso bastante parecido a las palabras que habíamos tenido con Pompidou veinticuatro horas antes. Respondí a Chirac – duró cinco minutos, quizá cuatro- que no se trataba de canjear las reivindicaciones por la política exterior. Ciertamente, éramos sensibles al hecho de que la política exterior francesa fuese lo más independiente posible y conforme al interés nacional, a la “grandeur” de nuestro país. Habíamos dado la prueba en el pasado de que estábamos comprometidos a ello. Pero si

se trataba de sacrificar las reivindicaciones por la política exterior, nos salíamos completamente de nuestra vocación sindical, que era fundamentalmente la defensa de los intereses de los trabajadores, y no había posibilidad de discutir en este terreno. Punto. Volvimos a la sesión y, en aquel momento quizá alcanzamos el punto culminante de la Conferencia de Grenelle.

Habíamos tenido en cuenta la degradación de la situación, cuáles eran las maniobras de diversión. La impresión que nos daba el CNPF (patronal) era de no ir más allá. La posición del gobierno Pompidou que había redactado un protocolo, parece que de la pluma de George Balladur (dirigente gaullista), era que quería finalizar lo más rápidamente posible. La actitud de las otras organizaciones sindicales, era que estaban satisfechas del balance obtenido-que no era despreciable sin duda. También el clima político exterior, con la diversión de la que he hablado, que tenía la tendencia de dar la impresión de que las fuerzas comprometidas en esta lucha estaban un poco más divididas de lo que ya lo estaban cuatro o cinco días antes. Al cabo de un momento, como ya habíamos acordado entre los compañeros, salí de la conferencia para hacer una declaración a toda la prensa-que esperaba ante las puertas y que estaba ávida de conocer hasta las más pequeñas informaciones que poco a poco se trataban en las negociaciones y discusiones. Hice una declaración que se difundió inmediatamente en toda Francia, indicando que las negociaciones llegaban a su culminación y que no habíamos obtenido satisfacción en un cierto número de temas: las ordenanzas de la seguridad social, la reducción del tiempo de trabajo, derechos sindicales (aunque parcialmente habíamos obtenido un cierto número de cosas). Añadí que, en tales condiciones me parecía difícil que se pudiese, en este estado de cosas, llegar a un acuerdo. Lo hice porque, según nuestras informaciones, nos indicaban que la huelga se mantenía bien, y que además se había fortalecido. Algunas empresas se habían unido al movimiento. Y no estábamos en el punto culminante de la huelga...los sindicalistas conocen bien el tema. El punto culminante es el momento en el que la relación de fuerzas es más elevada y permite obtener todas las concesiones. Después, se sucede un movimiento en el que este punto culminante comienza a decaer del otro lado, a declinar. Es en este instante en que se debe concluir para encontrar el compromiso más ventajoso posible. En el final de la Conferencia de Grenelle no se había alcanzado ese punto. Y sabíamos que la continuación de las negociaciones por sectores de la producción podía, partiendo de los resultados de Grenelle, en este contexto de avance social, ir mucho más lejos. Eso fue lo que pasó.

Entonces, cuando llegamos al fin de la Conferencia, Pompidou nos presentó un texto titulado: "Proyecto de protocolo de acuerdo", consultando a las organizaciones sindicales. El CNPF (patronal) dijo: "Estamos de acuerdo en firmar". Las pequeñas y medianas empresas que también estaban representadas, de acuerdo. La Federación de Educación Nacional, de acuerdo, Eugène Descamps (CFDT)," Desde luego estamos de acuerdo, ¿y vosotros la CGT?": Respondí: "No, no firmaremos un texto que no recoge suficientemente concesiones por parte del gobierno y la patronal". Fue meter el lobo en el corral. He aquí el por qué no hubo nunca un "acuerdo de Grenelle", contrariamente a lo que el lenguaje de los historiadores deja entender. No lo hubo en Grenelle, contrariamente que en Matignon (1936)...porque la CGT rechazó la firma del protocolo estimando de que era posible obtener más. Hubo constataciones del estado de las negociaciones pero no hubo protocolo firmado. Cuando la discusión terminó y que todos ya sabían que no habría texto firmado, Pompidou me vino a ver

y me dijo: “¿Llamarán a la vuelta al trabajo?”. Respondí: “Dado que no hemos firmado ningún acuerdo, parecería raro que llamemos a la vuelta al trabajo. Eso se hace cuando se está satisfecho del resultado de la negociación, cuando se ve aceptable el compromiso para justificar la vuelta al trabajo. Éste no es el caso, y no vamos a llamar a la vuelta al trabajo. Por otra parte, le recuerdo que no ha habido llamamiento nacional de la CGT a una huelga general, son los trabajadores los que se han pronunciado democráticamente en cada empresa para decidir el paro. A ellos pertenece el juzgar el resultado de la negociación y apreciar si es el momento de parar la huelga o continuarla”. Entonces él añadió “En todo caso, yo voy a decir a la prensa que hemos obtenido resultados muy positivos y llamaré al cese de la huelga y la vuelta al trabajo por el interés del país.” Salimos todos ante los periodistas hacia una conferencia de prensa improvisada, que concluyo con mucha brevedad. Pompidou hizo su declaración conforme a lo que me comentó. Las otras organizaciones dieron su apreciación del resultado de la negociación.-La de la CFDT fue positiva pero muy ponderada. En cuanto a mí, hice una declaración valorando los resultados positivos a los que habíamos llegado, en lo que concernía a los salarios más bajos, al SMIG, en lo que concernía a los derechos sindicales en las empresas y en un cierto número de varios temas más. Pero que lamentábamos amargamente que las ordenanzas de la seguridad social no fuesen derogadas y que la reducción de la jornada laboral no fuese aceptada por el gobierno. Concluí diciendo que, en consecuencia, íbamos a informar a los trabajadores del resultado y que ellos decidiesen sobre la continuidad del movimiento.

En aquellos momentos, el 27 de Mayo estaba previsto, en el programa de nuestras actividades, que yo fuese a hablar a los trabajadores de las fábricas Citroën. Allí había muchos inmigrantes que se distinguieron por su combatividad particular durante la huelga. Ir a Citroën era una ocasión para hablar a todos los inmigrantes y de dar la posición de la CGT hacia los trabajadores extranjeros, que eran más o menos maltratados en Francia, a menudo víctimas del racismo. Queríamos, pues, manifestar nuestro sentimiento de solidaridad hacia ellos y testimoniar nuestra satisfacción de verles comprometidos en un movimiento en Francia, en sus puestos de trabajo con esa combatividad. En el último momento llamé a Benoît Franchon – que tenía que ir a intervenir en Renault-Billancourt en la isla Séguin, con Eugène Descamps. Le dije: “La conferencia ha acabado, en dos palabras te explico el contenido del asunto, porque como acordamos, no hemos firmado ningún protocolo de acuerdo”. Me dijo “Yo no puedo cumplir esta responsabilidad. No estoy en situación de hacer un balance de cuentas suficientemente completo y estricto de lo sucedido en Grenelle. Es preciso que vayas tú a Billancourt a hablar”. Cambiamos entonces los papeles. No fui a Citroën (enviamos a otro compañero) y fui a Billancourt, sin posibilidad de conectar con Franchon. La Conferencia de Grenelle terminó por la mañana entre las 8 y 8.30 h., y era preciso estar en Billancourt sobre las 9 lo más tarde, para hablarles a las decenas de miles de obreros de Renault que estaban reunidos.

Por el camino, en el coche que me transportaba, reflexioné rápidamente, comprendiendo que allí iba a hacer una intervención muy importante, sin tener la posibilidad de prepararlo, tan sólo unas notas para ser lo más conciso posible. Me decía: “¿Cómo vas a salir de ésta?”. Podía poner el acento sobre el hecho de que no se habían obtenido resultados sobre esto, esto y lo otro, y dejar la impresión de que era negativo. Me arriesgaba entonces de ser acusado de forzar la huelga, a pesar de los aspectos positivos que había ciertamente, como el salario

mínimo (que no concernía a los obreros de Renault porque todos estaban por encima del salario mínimo), los derechos sindicales y otros temas. Para ser un verdadero responsable (dirigente, N del T) y no ser acusado ni de exagerado de un lado y de subestimador por otro, era preciso hacer un balance verídico de cómo aconteció todo. Si pongo de realce lo positivo me aplaudirán, si subrayo las cosas negativas abuchearán al gobierno y a la patronal. Eso fue lo que sucedió. Benoît Franchon terminaba su intervención fustigando a los izquierdistas, acusándolos de darnos lecciones de militantismo revolucionario. Antes de hablar, supe cuando llegué que los trabajadores, habiendo escuchado por la radio mi declaración hecha en las escalinatas de Matignon ante la prensa, se habían ya pronunciado sobre la continuidad de la huelga. Cuando tomé la palabra, la decisión de proseguir la huelga se había tomado por unanimidad de los más de diez mil obreros de la Isla Séguin que estaban reunidos.

Eugène Descamps no vino, y los obreros de Renault conocieron en el último momento que vendría yo a pasar balance de Grenelle. Esto no estaba previsto y estaban muy contentos. Fui a verles ya cuando se declararon en huelga al comienzo, creo que el 19 de Mayo, para saludar la adhesión de Renault-Billancourt a la huelga y decirles que aquel compromiso era un ejemplo muy significado de un movimiento en plena expansión. Era la segunda vez que iba allí y me acogieron con mucho entusiasmo. Me saludaron calurosa y amigablemente. Incluso hicieron que me emocionase un poco. En mis responsabilidades de secretario general, no me ponía nervioso, pero en aquellas condiciones, pienso que estaba un poco impresionado. Fui capaz de explicarme de una manera coherente para que me comprendieran. Se produjo entonces lo que imaginé en mi cabecita, mientras hacía el recorrido de Matignon hasta la Isla Séguin: cada vez que hablaba de las concesiones que el gobierno había hecho, había salvos de aplausos; cada vez que hablaba de los rechazos de tomar en consideración reivindicaciones que habíamos presentado, hubo abucheos, pitos, gritos de protesta, sobre todo cuando dije que no quisieron aceptar el pago de los días de huelga. Ahí se produjo la bronca más fuerte. Y fijaos que, ciertos periodistas que tenían la voluntad (influidos por acusaciones izquierdistas, sin duda) de acusarnos de traición, de insultarnos y calumniarnos, escribieron: "Séguy abucheados en Billancourt". Es cierto que hubo en aquella muchedumbre de diez mil trabajadores, cuatro o cinco abucheos y voces contras el gobierno y la patronal. Hubo otros momentos de grandes aplausos por los resultados que habíamos conseguido. Lo subrayo, además después de que muchos historiadores, engañados por lo que leyeron, o por lo explicado por algún malintencionado con respecto a la CGT, continúan pretendiendo decir que fui allí, a Billancourt para incitar a los trabajadores a volver al trabajo, porque no queríamos que la huelga continuase, con el fin de que el gobierno gaullista pudiese salir elegantemente de aquella prueba social que le puso en peligro. Esto, a pesar de la verdad y de la prueba hecha por más de diez mil testigos en Billancourt, a pesar del film que la CGT produjo de toda esta reunión^{lxxxvii} que es significativo de esa verdad. He aquí cómo a veces se escribe la historia. Todavía sigo indignado, aunque ya pasé la pubertad en materia de indignación, a la vista de las calumnias que sufren los militantes obreros. Sigo indignado porque todavía me encuentro, en mis lecturas varias, acusaciones de esta guisa que no tienen absolutamente en cuenta la verdad verdadera (sic).

En Billancourt me acogió el Secretario General del sindicato de Renault de aquellas fechas, que se llamaba Aimé Halbeher. Era quien antes de las negociaciones de Grenelle, estaba en las puertas de la empresa cuando jóvenes estudiantes de tendencia izquierdista (no todos)

querían entrar en la fábrica para romper las maquinarias^{lxxxviii}. Querían destruir “los instrumentos de explotación del capital”, decían. Entonces, Aimé Halbeher, que era bastante joven, comenzó una conversación con uno de estos estudiantes y le preguntó. “¿Por qué quereis romper las maquinarias?” – “Pues porque éstos son los medios para la patronal y los capitalistas de explotar a los trabajadores. Si no hay máquinas, no podrán explotar a los trabajadores” – “¿Y qué se va a hacer si se rompen las máquinas?” “Pues cultivaremos caña de azúcar en Billancourt” dijo aquel joven. No sabemos si lo decía en broma, pero aún nos estamos riendo. Además, aquel joven dijo a Aimé: “Mira, tu eres joven (Aimé Halbeher aparentaba entonces unos 25 años), pero todos tus dirigentes son viejos. Los dirigentes de la CGT son incapaces de comprender nada, están sobrepasados por los acontecimientos, son todos unos horteras (ringards en francés)” – “Pero, ¿tú les conoces?” – “Si, si, los conozco a todos” – “Entonces, ¿me permites que me presente yo?” le dijo, “Si, ¿Quién eres?” – “Pues soy el Secretario General de la CGT-Rénault”. Aquel joven se quedó absorto al ver un hombre tan joven como dirigente de la CGT-Rénault.

Halbeher, después continuó con sus responsabilidades y me lo encuentro a menudo. Recordamos cada vez aquellos buenos recuerdos de aquel período tan intenso de nuestra vida militante...A continuación del mitin en Rénault-Billancourt-que tuvo una gran repercusión-el hecho de que los obreros de Rénault decidiesen proseguir con la huelga corrió como un reguero de pólvora y en todas las empresas se votaba la continuación de huelga. Algunos dudaban...Recuerdo unas modistillas de la región parisina que estaban listas para reemprender el trabajo pero que, afortunadamente nos llamaron para comunicarnos su intención, cosa que les desaconsejé vivamente, diciéndoles: “Evidentemente comprendo que, con el aumento del salario (ellas habían obtenido entre el 30, 35 y hasta el 40% de aumento con la aplicación de las decisiones de Grenelle) podais dudar. Si reemprendeis el trabajo, vais a tener un montón de cámaras que se van a precipitar sobre vosotras, que os citarán, como “un buen ejemplo” de abandonar la huelga, y eso se difundirá por toda Francia. Ira justó en sentido contrario de lo que queremos”. Ellas aceptaron respetuosamente, también un poco por disciplina sindical. De toda manera, de forma general, esta decisión fue ampliamente aceptada y entendida por los trabajadores.

La continuación de la huelga pilló por sorpresa al gobierno, con un temor que incitó después a Jacques Chirac a buscarme. Envió un emisario a la CGT diciendo que me quería ver, personalmente y en privado. Hice lo mismo que con los empresarios antes de la Conferencia de Grenelle, le hice transmitir la respuesta que si tenía alguna declaración que hacer, que reconociese que la Conferencia no había llegado al final de las soluciones que preconizábamos para satisfacción de las reivindicaciones, que lo hiciese saber públicamente y que nosotros estábamos dispuestos en una hora o antes de la finalización del día a retomar la Conferencia de Grenelle para proseguir la negociación en aquellos puntos. Al final no hubo encuentro Chirac-Séguy después de Grenelle, contrariamente a la pretensión de algunos. Le envié un emisario para darle esta respuesta verbalmente, no por teléfono. Y las cosas ahí quedaron.

Creo que Chirac estaba encargado por el gobierno, el Primer Ministro (Pompidou) y el Presidente de la República, De Gaulle, de ver si era posible retomar la conversación de Grenelle, saber cuáles eran nuestras intenciones reales. Pero nosotros (la CGT) estábamos en una situación en aquel momento, que no se prestaba a conversaciones particulares. Se habían

concretado reuniones en las distintas ramas de la producción con las direcciones de las empresas nacionales y con los patronos de las grandes ramas industriales del sector privado, para proseguir la negociación. Con el programa de aplicación de las decisiones de Grenelle y el examen particular de las cuestiones sociales en cada una de las ramas. La huelga estaba muy fortalecida y las negociaciones por ramas continuaban, teníamos la convicción de que el balance social y los resultados positivos superarían ampliamente a los de Grenelle. No había pues razones, para nosotros, de prestarnos a una discusión especial con un representante, subsecretario de Estado del Gobierno que se ocupase de los temas de empleo, casualmente Jacques Chirac.

Debemos decir que, simultáneamente al final de la Conferencia de Grenelle, la famosa manifestación que había alterado los ánimos en la Conferencia (en la que me entrevisté con Eugène Descamps-CFDT, después que Pompidou me informase del contenido de la nota que había recibido) se transformó en una concentración en el Estadio Charléty^{lxxxix}, donde coincidieron Izquierdistas de la izquierda no comunista, sindicalistas de la CFDT y de la FEN. Un mitin de una violencia anticomunista y anticegetista extrema, en la que mi nombre fue cubierto de oprobio, de insultos y de calumnias. Y en el que, desgraciadamente intervino un político, Méndes-France por el que sentía hasta entonces una cierta consideración y respeto, porque tuve la ocasión de coincidir con él cuando hice un viaje a Indochina, en un tiempo en que la guerra de los Americanos causaba estragos^{xc}, y que él se proponía intervenir en un sentido favorable a la negociación entre los Vietnamitas y los Americanos. Por tanto, este hombre, Mendes-France cometió la más grande metedura de pata de su carrera, cuando aceptó avalar con su presencia en el Estadio Charléty, aquella manifestación violentamente antiunitaria, anticomunista, anticegetista, que acusaba a la CGT de haber traicionado a todo el movimiento obrero aceptando abordar las negociaciones en Grenelle. En lugar de hacer la revolución, se nos acusaba de querer ampararnos en el poder nosotros solos aunque los demás no quisiesen.

Necesitábamos dar, por una parte respuesta a aquella diversión anticomunista, y por otra reafirmar que la CGT y las fuerzas que representaba estaban igual de sólidas después de la Conferencia de Grenelle que antes. Esta fue la razón por la cual decidimos en las 24 horas siguientes realizar una gran manifestación en Paris, desde la Bastilla hasta la estación de Saint Lazare. Esta manifestación coincidió sin que lo hubiésemos previsto, con la desaparición repentina y subrepticia del general De Gaulle, se decía que nadie sabía nada, ni del Gobierno ni por parte de nadie en ninguna parte, acerca de dónde estaba. “¿Dónde está el general?”, se escuchaba. No supimos hasta después lo que pasó. De Gaulle, sin hablar con nadie, parece que ni con su Primer Minisitro Pompidou, fue a Baden-Baden a ver al general Massu.^{xcí} Marchó en helicóptero con su esposa y su nuero, creo, o con alguien de su familia, no recuerdo exactamente quién. Se dice que fue a recibir los consejos del general Massu para saber qué debía hacer. Pero para los que conocían algo la personalidad del general De Gaulle, su pasado y sus métodos de gobernar y de decidir, parece extraño que fuese a recibir consejos de un subalterno del género de Massu para saber qué actitud debía tener. Lo más probable, según algunos escritores, y sin duda lo más cercano a la realidad, es que fuese a ver si las tropas de ocupación en Alemania, a la cabeza de las que se encontraba Massu, estaban listas para intervenir si era preciso, en el caso de que se produjese en Francia una tentativa de derrocarlo por parte de la familia comunista y cegetista. Ya se nos había acusado de eso, por otra parte en

algunos medios. El día de la manifestación de la Bastilla a la estación de Saint Lazare, había un rumor muy fuerte de que teníamos intenciones de asaltar el Hôtel de Ville de Paris (sede de la Prefectura entonces) y de apoderarnos del centro de telecomunicaciones de la capital. Las radios anunciaban por todas partes, durante la manifestación, que nadie sabía donde desembocaría. Finalmente, tal y como propuse a Benoît Franchon-una forma de homenajear a los ferroviarios- esta manifestación terminó en la estación de Saint Lazare; el comité de huelga de los ferroviarios nos esperaba con algunas bebidas y terminó en un momento de júbilo y de gran confraternización entre la dirección confederal y los militantes ferroviarios de la estación, que estaban a su vez muy contentos de ver la llegada de una de las más grandes manifestaciones a su terminal de Saint Lazare. Durante algunos minutos, permanecimos juntos brindando con “la copa de la amistad y de la lucha”, en nombre de nuestra lucha común.

Por la noche de esta gran manifestación del 29 de Mayo de 1968, evidentemente cada cual hacia su balance. De vuelta a la sede de la CGT, se nos había informado de los resultados de manifestaciones semejantes que se desarrollaron en la mayor parte de las ciudades importantes de Francia: todas ellas habían sido un éxito y una prueba de que los trabajadores habían respondido al llamamiento de la CGT de proseguir el combate. En muchas ramas profesionales, se habían ya citado las partes para comenzar negociaciones de prolongación de la declaración de Grenelle, y entrábamos en una fase complementaria de la negociación sindicato-patronal (y en ciertas empresas nacionalizadas o públicas, de sindicato-gobierno), que se prolongó durante una semana larga. En la metalurgia, por ejemplo, la UIMM (Unión de Industrias y Oficios de la Metalurgia, que es la organización central de la patronal metalúrgica) quiso de forma manifiesta castigar a los metalúrgicos de forma ejemplar, enviando un mensaje al conjunto de trabajadores, los cuales habían sido la punta de lanza de la huelga, sobre todo los de Renault. Esta huelga y negociación duró hasta el 15 de Junio, creo, lo que era el signo, por parte de la patronal metalúrgica, de castigar a los trabajadores metalúrgicos y a los de la Régie Renault. En general, la cosa acabó bien. En la mayor parte de los casos, los días de huelga fueron compensados con sistemas de recuperación. Y cuando hacíamos el balance acerca de los resultados de lo conseguido en las negociaciones, todos podían felicitarse. Pero, a la vez, deplorábamos que un movimiento de una potencia tan grande no tuviese éxito en modificar la situación política de nuestro país ni a promover cambios en el sentido del progreso social, reformas más fundamentales de nuestra sociedad. Así como una falta de éxito a que la izquierda se pusiese de acuerdo, se entendiese y propusiese iniciativas comunes para presentar una alternativa susceptible de ser ratificada por una mayoría de electores.

Hacia el 23 y 30 de Junio, creo, tuvieron lugar las elecciones legislativas, que evidentemente habían sido precedidas por la reacción ante la situación del poder gaullista, con grandes especulaciones sobre las amenazas que pesaron durante el mes de Mayo sobre el equilibrio nacional, sobre la seguridad hacia la población y sobre la exacerbación de la violencia, sobre todo en Paris. A la mañana siguiente de nuestra manifestación del 29, se celebró un Consejo de Ministros muy breve, en el que reapareció De Gaulle, después de su desaparición repentina, que declaró: “No me iré, conservo mis responsabilidades. No me dejaré impresionar. Estoy listo para utilizar la fuerza, si es necesario, para hacer frente al complot comunista que se ha tramado y que no triunfará, etc.”. Dicho de otra manera, fue un llamamiento a la reprobación popular, a la indignación, al anticomunismo para fortalecer su tropa. A esta declaración siguió una manifestación en los Campos Elíseos, en la que se

reunieron todos los componentes de la derecha clásica...hasta los sicarios (nervis) de SIMCA^{xcii} desfilaron con pancartas “Hay que respetar el derecho al trabajo”. Una manifestación de toda la derecha y extrema derecha existente en nuestro país, entre los que estaba, por ejemplo Tixier-Vignancourt. Para los que no conozcan este nombre, se trataba del portavoz de la extrema derecha, que después fue sustituido por un tal Jean Marie Le Pen.

Esta era la situación en aquel mes de Junio, y las elecciones legislativas que siguieron, evidentemente mostraron que, lejos de lo que ciertos políticos decían, afirmando que el poder estaba para recogerlo, éste disponía de una influencia suficiente para permitirse ganar las elecciones legislativas, en el transcurso de las cuales el conjunto de la izquierda sufrió una derrota bastante humillante, en la medida en que el número de diputados de derecha fue superior a lo que se tenía en la Asamblea precedente^{xciii}. Es decir, si Mayo del 68 fue un éxito en el terreno de las conquistas sociales, con un balance sin precedentes, fue una derrota en el terreno político, que ha dado lugar a análisis, reflexiones, creo que no han llegado todavía a conclusiones definitivas. Lo digo pensando en la izquierda particularmente, que ha fallado, en estas circunstancias, una ocasión para asumir responsabilidades y tomar iniciativas que habrían podido cambiar el curso de los acontecimientos. Cuando digo la izquierda, pienso en la izquierda comunista y en la no comunista, pues sin duda, por una y otra parte, habría podido haber un mayor esfuerzo y una inteligencia mayor en el espíritu de atrapar la oportunidad que se presentaba con aquel movimiento de masas, con una tal aspiración popular profunda hacia los cambios, que se hubiesen podido concretar en el marco de un acuerdo aceptable para todos, determinando la extensión (y también los límites) de una perspectiva de alternativa común para el conjunto de las fuerzas políticas de izquierda, aceptables para el sindicalismo. El sindicalismo había sido desde luego la fuerza determinante, sobre todo desde la CGT, en la conducción de aquel gran movimiento de huelga.

CAPITULO 13

LA HUELLA DE MAYO DEL 68

Para elaborar el balance de Mayo del 68 a propósito de las satisfacciones sociales, de las reivindicaciones, pienso que no podríamos quedarnos en un mero análisis contable. Creo que Mayo del 68 llevaba en su seno la aspiración de cambios mucho más profundos de la sociedad, que era un fenómeno de rechazo de masas de todas las taras de esta sociedad, de sus injusticias, de sus incoherencias, incluso del obscurantismo que subsistía aquí y allá en la cultura de la clase dominante. Había pues, una voluntad de ir adelante, de cambiar, de transformar. Es así que, gracias a Mayo del 68, el feminismo tomó tal importancia, que los derechos de las mujeres conocieron reformas considerables durante los años siguientes con la contracepción, la interrupción voluntaria del embarazo, etc.; se consiguió el derecho a voto para los mayores de 18 años también. Finalmente, creo que la idea de cambiar la sociedad era muy profunda, pero que los medios para llegar a ello y los objetivos precisos hacia los que se debía orientar no estaban suficientemente maduros como para suscitar un reencuentro consciente, lúcido y eficaz para conseguir dichos objetivos. Los slogans decían: “Prohibido prohibir”, “Esto no es más que un comienzo, continuamos el combate”, “Hay que joderlo todo, hay que derribarlo todo”, y todo eso. Pero no había una elaboración suficiente política, social, económica... Si se sabía lo que se quería suprimir, pero no se sabía muy bien qué alternativa tomar – excepto los objetivos reivindicativos por los cuales los sindicatos luchamos.

El 30 aniversario de Mayo del 68 suscitó mucho interés – es raro que los 30 aniversarios sean hasta ese punto tan célebres, como los centenarios o los cincuentenarios, que son siempre celebrados en condiciones particulares – y muchos comentarios retrospectivos, más o menos objetivos por otra parte (si es que existe la objetividad) pero a menudo falsificadores de la verdad de lo que sucedió, y también se debe admitir, algunos que han contado los acontecimientos tal y como sucedieron realmente. Si se siente tal interés, creo que es porque las ideas que nacieron en Mayo del 68 no se extinguieron y han permanecido sin duda como una lucecita en la conciencia popular, en la mentalidad de nuestro pueblo y de su juventud. Creo que en este momento, están en proceso de alcanzar al pensamiento político de esta transición entre los siglos XX y XXI. Pienso que Mayo del 68, las nuevas ideas, transformadoras y digamos, revolucionarias en el sentido progresista del término, siguen animando el espíritu del pensamiento democrático y progresista francés. Es positivo. A veces, hay acontecimientos que no dejan frutos a la mañana siguiente de producirse, pero si los dan a más largo plazo. Creo que éste es el caso de Mayo del 68. He aquí el por qué sigo pensando que Mayo del 68 fue un gran acontecimiento que determinó una gran evolución de nuestra sociedad hacia más libertad, más democracia y un mejor equilibrio social...

En Mayo del 68 yo tenía 41 años. Mis hijos aún eran jóvenes. Dos de ellos estaban en el Instituto y tuvieron que tratar interpelaciones malévolas de cierto personal de enseñanza o por parte algunos alumnos más o menos influenciados por ideas izquierdistas, así como a calumnias que se vertían sobre el Secretario General de la CGT – su padre... A veces sucedía

que, llegando a casa tarde, me encontraba una pequeña nota de alguno de mis hijos pidiéndome explicaciones acerca de algún asunto que había sido debatido en clase. Se trataba de cuestiones a menudo peyorativas en mi opinión, por no decir malévolas. He vivido todo eso, a pesar de todo, en buenas condiciones. Debo afirmar que nunca me dopé para aguantar hasta el final las negociaciones, a pesar de todas las reuniones que eso comportó, para hacer frente a todas las situaciones, para responder a todo lo que se producía y que era previsible más o menos. Hay que decir también que todo sucedió con un gran espíritu colectivo por parte de todos los compañeros que me rodeaban y que condujimos aquella batalla con gran cuidado para hacer posible una entente perfecta entre nosotros, casi unánime.

No sabríamos pasar la página de este momento de nuestra historia social, a propósito de Mayo del 68 sin recordar ciertos aspectos que hoy me parecen, después del tiempo transcurrido, de una gran importancia. A menudo voy a hablar en los Institutos, se me solicita por parte de los profesionales que hable de la Resistencia y de la deportación, porque la Segunda Guerra Mundial entra en los programas lectivos. Los jóvenes que me escuchan, que tienen 17-18 años, siempre me formulan preguntas muy interesantes, que son significativas de su voluntad de saber más acerca de lo que pasó. Sus preguntas son numerosas sobre las condiciones en las que se estableció el régimen de Vichy Pero también, cuando acabamos de hablar de la guerra, se me acribilla a preguntas sobre Mayo del 68. Aquí también me di cuenta de que estos jóvenes querían saber más de lo que los manuales escolares o las clases que reciben les explican. En mi trabajo en el Instituto de Historia Social de la CGT, me llega con frecuencia el contenido de los libros de texto de las escuelas, según los ciclos o los cursos, para que lo conozca. De esa manera percibo que a menudo, se trata Mayo del 68 de una forma tal que la verdadera importancia histórica de aquella primavera memorable permanece silenciada. Se habla de Mayo del 68 como de una especie de revuelta estudiantil que dio lugar a momentos de violencia entre los estudiantes y las fuerzas del orden y que acabó en medio de la indiferencia general. A veces incluso se añade que todo ello se produjo a pesar de las reticencias o resistencias del Partido Comunista y de la CGT – algunos historiadores llegan hasta ahí. Esta es una manera, ya no de deformar la historia, sino de falsificarla pura y simplemente. Lo que se debe admitir es que lo que dio importancia histórica a Mayo del 68 no fueron las peleas en el Barrio Latino^{xciv} – aunque se saliesen de lo ordinario, pero sólo en ese barrio. Excepto algunos incidentes en Burdeos, Lyon y Toulouse, entre los estudiantes y las fuerzas de policía no hubo violencias ni enfrentamientos en el resto de Francia. Eso se limitaba a París y al Barrio Latino. Ahora bien, se produjeron hechos parecidos en EEUU, en México, en Italia, en Polonia, en la RDA.^{xcv} Pero en ninguno de estos países el Mayo del 68 no fue tan notable como en Francia. Si el Mayo del 68 permanece en la historia como algo muy importante que se sale realmente de lo ordinario y que ha sido objeto de tantos comentarios en su 30 aniversario, es simplemente porque, por primera vez en la historia social de Francia se produjo un hecho del que se hablaría al cabo de tanto tiempo en el movimiento sindical: una verdadera huelga general, nueve millones de huelguistas. Si no hubiese habido eso, se hablaría muy poco de los incidentes que se produjeron en el Barrio Latino, o en algunas ciudades de Francia. Lo digo porque me parece que, para hablar de nuestra historia social, es preciso retener todos los elementos. Evidentemente, cuando pienso en estos acontecimientos, tengo muchas razones para tener bellos recuerdos de Mayo del 68, sobre todo con relación a la forma en la que se condujo la lucha, con los trabajadores que gestionaban ellos mismos su

lucha por “abajo”, sin consignas de estado mayor de cúpulas (sommets) para saber qué debían hacer. Muchos obreros y asalariados no habían participado nunca de una acción sindical, incluso no estaban ni sindicados y se reencontraron en el día a día de la lucha, que han conducido bien. Muchos de ellos se unieron a la vida sindical y un cierto número se convirtieron en militantes de la CGT a distintos niveles: Uniones Departamentales, Federaciones, hasta la dirección confederal. La CGT se enriqueció de ese impulso juvenil de Mayo del 68, porque hicimos sobre 100.000 afiliaciones en los meses que siguieron a la victoria obtenida en el plano social.

Sin embargo, en lo que concierne a los estudiantes, me pregunto a menudo: ¿Cómo fue posible que no pudiésemos llegar a prolongar esta solidaridad que existía entre la CGT y la UNEF? ¿Cómo fue posible que no pudiésemos prolongarla más allá, en la huelga, en la lucha? Fue verdaderamente lamentable, pues si esa solidaridad se hubiese fortalecido, soldado, en aquel momento de la lucha, Mayo del 68 hubiese tenido continuidad en el plano político, distinta a lo que conocimos. Cuando reflexiono, me digo que no puedo hacer mía la actitud de aquella juventud, sobre todo de la forma en la que se dejó embriagar por argumentos extremistas izquierdistas, utópicos o demagógicos. Pienso que en la mayor parte de jóvenes que se incorporaron a esta lucha, había un verdadero impulso de generosidad, un ideal de emancipación social y cultural, y creo que era sincero por su parte. He aquí el por qué lamento cada vez más que no pudiésemos encontrar un punto de entente, de concertación, que pudiese dar a esa solidaridad un sentido más hondo.

Ese reconocimiento de calidad, esta autocrítica, no la percibo de la misma manera respecto a un cierto grupo de los que dedicaron en su juventud estudiantil una hostilidad política, sectaria y también a veces de odio hacia el movimiento obrero – particularmente contra el Partido Comunista, un partido de izquierda y que tiene una historia, y también contra la CGT. ¿Por qué consideraron que la CGT se había convertido en una especie de enemigo superior al capitalismo que ellos querían destruir, o a la derecha que vilipendiaban? No quiero dar una lista de nombres (me guardo bastantes en mi memoria), pero quisiera citar a dos, que fueron los más directamente implicados en esta actitud sectaria: Alain Geismar, que era secretario general del Sindicato Nacional de la Enseñanza Superior, con el que coincidí en el curso de los acontecimientos del Mayo del 68, que quería devorar el capitalismo a bocados, derribar todas las instituciones y que un día me dijo que se dejaría crecer la barba hasta el triunfo de la revolución – lo que era bastante divertido por otra parte, se convirtió después en un alto funcionario del estado francés, tanto en gobiernos de derecha como de izquierda y se ocupa (ocupaba) en el Ministerio de Educación Nacional de la investigación en materia pedagógica. Parece que ha olvidado desde hace tiempo su aspiración a derribar las instituciones del sistema capitalista. El segundo es Daniel Cohn-Bendit, que emergió de un movimiento llamado “Movimiento 22 de Marzo” en Nanterre.^{xvii} Nunca antes se había oído hablar de él, aunque cursaba sus estudios desde hacia bastantes años en esta universidad. De repente, este nombre surgió en el mes de Abril, después de la creación del citado Movimiento 22 de Marzo, de una forma frecuente y hasta intempestiva. Hasta tal punto de que, al comienzo de los acontecimientos del Mayo del 68, un periodista me preguntó: “¿Qué piensa de Daniel Cohn-Bendit?” “Mire, este nombre no lo había escuchado nunca antes, ni en la UNEF ni en parte alguna del movimiento juvenil. Me parece que se le ha promocionado como una marca de pastillas de jabón. No puedo decirle gran cosa, porque no le conozco bien.” El periodista en

cuestión me recogió una frase como resumen, pero que podía interpretarse peyorativamente. “¿Daniel Cohn-Bendit? No sé quien es”. Lo que, en el momento en el que hablé, parecía paradójico, porque todo el mundo hablaba de él. Eso quedó así, justo lo contrario de lo que declaré. Esto forma parte de los ejemplos que prueban que algunas palabras inventadas a veces por un periodista, de una forma tan sumaria que a veces se cambia el espíritu, quedan en la historia y son citadas por los que hacen investigaciones históricas. Es muy molesto pero es así. Cohn-Bendit era, de entre los izquierdistas, uno de los que odiaba más al capitalismo. Al final de la manifestación del 13 de Mayo, lanzó la idea de que se fuese a disolver la Asamblea Nacional, que se fuese a asaltar el Elíseo y quería asimismo saquear la Bolsa de valores de París (el santuario del capital como él decía)^{xcvii}. Este Daniel Cohn-Bendit, después dejó Francia hacia su país de origen, Alemania. Yo no soy de los que le “han acusado” de ser alemán, o de ser judío^{xcviii}: al contrario, esto no tiene nada que ver con las cualidades de un hombre, cosas tales como la nacionalidad o el origen étnico. Pero constato que, en los años siguientes, su evolución le condujo a ser alcalde adjunto de Frankfurt, después diputado en el Parlamento Europeo (muy lejos de sus ideas de entonces) y helo aquí hoy, definiéndose él mismo como “libertario-liberal”^{xcix}, es decir, una especie de partisano de un capitalismo sin dios. Últimamente, incluso, Daniel Cohn-Bendit, que ahora es un líder del Partido de los Verdes – lo que por otra parte es chocante a los ojos de los amigos verdes que conozco – se entiende con un representante de la derecha, Alain Madelin, para hablar de una Europa supranacional^c, es decir, una Europa Federal en cuyo seno, los Estados que la componen deberían someterse a una autoridad, a una fuerza, a un poder centralizado que, manifiestamente en las condiciones actuales de Europa, sería bajo la dominación de las multinacionales, del gran capitalismo. Una mundialización en la que la finalidad sería el beneficio empresarial y no el ser humano. Él tiene una especie de itinerario que parte de la extrema izquierda y llega a los jardines de la derecha, para emplear un eufemismo, me parece un deber suscitar la reflexión, treinta años después, a aquellos que nos acusaron entonces de timoratos, con relación a las ideas ultra-revolucionarias. Quería hablar de estas cosas y a su vez volver sobre el hecho de que muchos de aquellos jóvenes militantes de Mayo del 68, pero sobre todo, entre los estudiantes sinceros a los que hago alusión (también a los asalariados, porque muchos se unieron a la CGT), reflexionaron responsablemente.

Un día me ocurrió una cosa extraordinaria. Lo explico como una anécdota muy personal, y me perdonarán, pero este hecho me afectó y se me grabó en lo más hondo de la memoria y del corazón. Un día, en el transcurso de una manifestación de jóvenes obreros, tres años después de Mayo del 68 – organizada por la CGT respecto al empleo juvenil, la formación profesional, etc., antes de que el cortejo a la cabeza del cual me encontraba arrancase, llegó una joven pareja con un cochecito y un bebé en el interior. Me dijeron tímidamente. “¿Podemos saludarle?”, les contesté, “Pues claro”. Entonces se presentaron sin mencionar sus nombres, “Mire, nos conocimos en el estadio Charléty, vociferando los dos en Mayo del 68 “Séguy traición, Séguy dimisión”. “Después trabajamos en el mismo Banco, nos conocimos, nos casamos y tuvimos un bebé. Queríamos presentárselo, se llama Georges” Entonces, ahí se me cortó el aliento y no supe qué responder. Creo que se me escapó una lagrimita sin que nadie se apercibiese. Pero no pude decir ni una palabra, ni darles las gracias: estaba demasiado emocionado. Se fueron, no supe más de ellos, pero en fin, si un día me escuchan hablar y se reconocen, me gustaría mucho saber de su pequeño Georges. Eso estaría muy bien. Eso quiere

decir que, en la vida militante, sobre todo en Mayo del 68, hubo muchas calumnias que se vertieron sobre mi cabeza, pero pasaron también cosas como ésta, hubo mucha simpatía y yo diría que mucho respeto y afecto. Eso es precioso. Eso me basta para encontrar en mi pasado razones suficientes para felicitar me de forma en que he conducido mi vida militante...

Creo que la patronal, así como el Estado-patrón han intentado a su vez extraer enseñanzas de Mayo del 68, y se esforzaron en tomar medidas para prevenir en el futuro, fenómenos de este género y explosiones de este tipo. Por parte del gobierno y del Ministerio del Interior, adaptaron mejor las fuerzas de la policía a las circunstancias de las luchas callejeras, así como a las manifestaciones multitudinarias habidas, no sólo en los enfrentamientos con los estudiantes. Cuando hay 900.000 personas en las calles, como el 13 de Mayo, o 700.000 como el 29 de Mayo, esto trae problemas a los que te debes adaptar. Se crearon fuerzas especiales de policía para hacer frente a situaciones de este género. Pero también debemos señalar lo que sucedió en las empresas, donde se acababa de conquistar, después de Mayo del 68, el derecho de funcionamiento legal del sindicato y el reconocimiento legal de las secciones sindicales de empresa. Conocíamos a las policías interiores de las empresas, como en el caso de SIMCA, o en otras grandes empresas como Citroën, donde la patronal organizaba sicarios para las necesidades represivas de la dirección, incluso intimidaciones con violencia física.

Todo eso sufrió un retroceso. Pero estos métodos de represión y de policía interior fueron sustituidos por el sistema de fichas individuales catalogando a la mayor parte de los que eran sospechosos de actividad sindical, intentando que los jefes y directores les convenciesen poniéndolos bajo sospecha, para evitar que sus dotes de dirigentes no pudiesen obtener resultado, o consecuencias negativas de las que lamentarse para las direcciones de las empresas. Todo ello aumentó claramente: los informes, los chivatazos. Pero no se puede afirmar que la represión en las empresas aumentase, aunque tuviésemos por la vía del despido o de las marginaciones a muchos militantes, delegados de la CGT (y de otras organizaciones, en particular de la CFDT) que fueron víctimas de medidas represivas. Lo que fue bastante preocupante, no era ninguna novedad pero relativamente más grave que antes, fueron las persecuciones por vía penal contra los militantes y la criminalización de la actividad sindical, una especie de delito sindical, tal y como se decía en medios jurídicos. Un militante o aquellos militantes que condicen su acción hasta penetrar en los despachos de los directores (PDG), reclamando insistentemente para que no haya despidos, o para que se anulen medidas que van contra los trabajadores, si se quedan más de diez minutos exigiendo al patrón cuando éste quiere eludir la discusión, inmediatamente se les acusa de secuestro de un directivo y comparecen ante los tribunales. Además se les amenaza con faltas y sanciones que pueden llegar hasta el despido. Estuve últimamente en Alès, dónde diez trabajadores municipales, todos militantes de la CGT fueron despedidos, y no habían hecho más que ser los responsables de una manifestación en defensa de los derechos sindicales^{ci}. Pero también es el caso en otros lugares. En Clérmont-Ferrand fue lo que le sucedió a nuestro secretario de la Unión Departamental al que, por defender a los sin papeles, fue acusado de golpear a un agente de policía, cuando todo el mundo sabía que no era verdad^{ci}. Fue condenado a una pena muy severa por el tribunal que le juzgó. Vemos pues condenas a multas cuantiosas para un trabajador que sólo dispone de su salario para vivir, o a un sindicato que no posee recursos para poder pagar las condenas penales en forma de multas o fianzas. Ahí hay algo que afecta la conciencia colectiva, sobre todo la conciencia política. Creo que un gobierno que se jacta de

ser dirigido por la “izquierda plural”^{ciii}, respetando la autonomía y la libertad de la justicia, debería incluir en la legislación social disposiciones que apunten a que en las leyes se distinga la delincuencia común de los derechos y la acción sindical. Es una cuestión muy importante, que forma parte de un debate que se abre. ¿Cómo concebimos la evolución de la democracia en un país como el nuestro?

En la continuación de Mayo del 68, los izquierdistas – que no consiguieron ir hasta el fin de sus propósitos, tales como la disgregación y demolición del movimiento obrero – sin embargo consiguieron obstaculizar la unión, la solidaridad entre obreros y estudiantes, sin ir más allá. En cuanto a los resultados reivindicativos de las negociaciones de Grenelle y su continuación en las empresas, eso forma parte de las cosas por las que ellos jamás lanzaron las campanas al vuelo. Al contrario, iba en dirección contraria a lo que preconizaban. Es la razón por la cual, en la continuación del Mayo del 68, todos esos izquierdistas, en los que había ideologías muy diversas y diferentes, pero que tenían una leve tendencia a reagruparse, practicaron eso que se ha llamado “entrismo”^{civ} en el movimiento sindical. Esto consistía en penetrar en las organizaciones sindicales, intentar ocupar responsabilidades, hacerse elegir para responsabilidades de dirección para seguir ejerciendo un papel desagregador. Quiero creer que muchos de ellos que se habían dejado engañar, fueron recuperados con el tiempo y se convirtieron en militantes sindicales respetables. Pero hay otros que han seguido este trabajo de topes en la organización sindical y han intentado llegar a resultados. Conozco a bastantes. Debo decir que, si en la CGT han encontrado muchas dificultades para lograr sus fines, en otras organizaciones sindicales, sobre todo en Force Ouvrière y también en la CFDT, muchos de ellos lograron ascender a tener responsabilidades, incluso a influir en decisiones que preocuparon – se algo en buena medida – a los dirigentes de las dos centrales en cuestión, que a veces los han situado en posiciones y circunstancias un poco escabrosas. Nosotros tenemos en estos momentos, teniendo en cuenta de que el debate está ampliamente abierto, expresiones aún algo izquierdistas. Es el caso en temas como por ejemplo Europa, el Gobierno, la Patronal, las negociaciones, las relaciones que parece que evolucionan un poco entre la CGT y la CFDT, en el sentido de una mayor cohesión, restableciendo el espíritu de unidad de acción que había prevalecido en las dos organizaciones antes de Mayo del 68 y que había dado lugar a todo lo que hemos hablado. Todo ello alimenta el debate y cada uno participa en él. A veces (porque he estado en algunos congresos) escucho propuestas que me recuerdan algo que ya escuché en Mayo del 68, en el sentido del extremismo que no conduce a nada y que es bastante peligroso. Pero de una forma general, para mi organización sindical, la CGT, creo que no es nada que comprometa la evolución que se ha entablado a partir del 46 Congreso en Febrero de 1999.

CAPITULO 14.

LAS DIVISIONES DE LA IZQUIERDA.

Creo que Mayo del 68 colocó problemas en el movimiento sindical en general, y a la CGT en particular, en la medida en que esta experiencia de una gestión tan democrática de la huelga (yo hablo a menudo de autogestión de la huelga) tenía lugar por vez primera. Había habido cosas parecidas en 1936, durante la huelga que culminó en los acuerdos de Matignon, pero en una parte menor del mundo del trabajo, porque entonces las huelgas sólo habían afectado al sector privado y no al sector público y nacionalizado, que después de la Liberación, había tomado una gran importancia, a partir del hecho de las nuevas nacionalizaciones impuestas por la Resistencia y el programa del Consejo Nacional de la Resistencia. En Mayo del 68, el sector público y nacionalizado (del que formaba parte la Metalurgia, Renault, por ejemplo) había ocupado un lugar preponderante en el mundo del trabajo. Creo que esta experiencia de ocupación de las empresas, de gestión de la huelga, de la dirección, de organización de la seguridad de todos los materiales, y también, como muchas veces recuerdo, de un servicio mínimo que permitía a la población de no verse privada de lo estrictamente necesario: todo ello requería una especie de conciencia, de responsabilidad de todos aquellos que estaban comprometidos hasta el lugar más modesto, personas que jamás habían osado tomar la palabra, explicarse en las reuniones, en las manifestaciones, con una elocuencia que nadie podía presuponer o sospechar antes. Entonces, personalmente he llegado a la conclusión de que este movimiento tenía valor de enseñanza para nuestra manera de concebir nuestro trabajo y actividad sindical, nuestra vida sindical, en el sentido de una amplia democratización. Repensando en 1947, momento de la escisión y del cambio de mayoría-cuando la sensibilidad comunista se convirtió en amplia mayoría, desde el nivel de responsabilidades sindicales del sindicato más pequeño hasta la Federación más grande-yo era de los que pensaba que este movimiento había traído costumbres y prácticas que se convirtieron en tradiciones normales: un poco de estrechez, de sectarismo, incluso en los casos en que cuanto más de acuerdo se está, las cosas son más fáciles y además se encuentran soluciones convenientes. Sin preocuparse si ello se correspondía bien con las formas por las cuales la masa de afiliados, y más allá, de trabajadores llamados a participar en las luchas, se comprometían con ellas o no. Empecé, tras Mayo del 68, preconizar una reflexión general en el seno de la CGT, para obtener las enseñanzas de todo lo que pasó durante aquella memorable primavera y de la continuación que tuvimos, con el fin de promover la discusión para saber si debíamos buscar qué reformas debíamos hacer, qué cambios debíamos promover para construir un sindicalismo que se adaptase mejor a los cambios en los que interveníamos, con una mentalidad que había evolucionado considerablemente. Y así poder jugar mejor nuestro papel.

Todo ello fue objeto de una discusión importante. Aparecieron pronto, en el desarrollo de este debate, divergencias entre nosotros, en el seno de la CGT, no todos estaban dispuestos a llegar hasta el final de la reflexión, no sólo por ideas, también por prácticas. Muchos decían: "Si, es justo, pero ¿cómo hacer, cómo podemos cambiar una situación de verdad, en la que nos encontramos desde hace tiempo, después de diez años?" Ello dio lugar a discusiones que fueron a veces, bastante después en la CGT, entre los "partidarios de la apertura" (para utilizar una expresión sencilla) y los que pensaban que era preciso temperar, no precipitarse, esperar. Todo esto llegó a su punto culminante en el momento en que, en el plano político las

relaciones entre el PCF y el PS se habían deteriorado seriamente, con las discusiones de Programa Común^{cv} y los resultados electorales que siguieron a la firma de este Programa Común-que habían sido más beneficiosos al PS que al PCF, y que habían supuesto desacuerdos y divergencias, cuestionamientos a completar el Programa Común en una u otra dirección. Una situación de crisis apareció en las relaciones entre los dos partidos más importantes de la izquierda, que no se dio sin consecuencias negativas en el sindicalismo en general y en la CGT en particular, en la que el debate enfrentaba a los sindicalistas, todos ellos animados de “patriotismo” de la CGT, pero todos ellos en desacuerdo sobre cómo la CGT debía explicarse mejor.

Lo que no era ni mucho menos nuevo, y que ha perdurado después, era el hecho de que estos desacuerdos se manifestaban también entre compañeros de la misma sensibilidad, entre comunistas y militantes de la CGT. Hubo, por ejemplo, desacuerdos entre Henri Krasucki y yo-ahora esto es conocido, podemos hablar de ello tranquilamente, sin que traiga consecuencias. Creo también que, por parte de la dirección de mi partido había sin duda reticencias a inclinarse o a admitir que la CGT manifestase esta independencia, esta voluntad de reformar sus estructuras, su funcionamiento y su orientación, incluso en ciertas materias, para afirmar una identidad sindical despejada de toda tutela política, fuese la que fuese. Mi preocupación en aquel momento era evitar que las turbulencias, las fracturas, los desacuerdos y las divergencias sobrevenidas entre los dos partidos de la izquierda, perjudicasen la cohesión de la CGT. Deseaba sustraer a la CGT de la influencia negativa que podían tener estos desacuerdos sobrevenidos entre los partidos de izquierda. He ahí el por qué, en el 40 Congreso de la CGT que se hizo en Noviembre de 1978 en Grenoble, cuando todavía era el Secretario General y candidato a la reelección, presenté un informe que comportaba una serie de propuestas de reforma bastante audaces, comprendido el momento en donde todo temblaba un poco en el tema de la unidad de las fuerzas de izquierda y sindicales. Levanté la bandera de la unidad en forma de propuesta de creación de un Comité Nacional de Unidad de Acción, lo que me valió acusaciones de ver sólo la unidad en las alturas y no de forma suficiente en la base^{cvi}. En este período, vimos afirmarse una especie de concepción que culminaba en oponer la unidad por abajo a la unidad en la cima, y a la inversa. La palabra “unidad” casi desapareció de nuestro vocabulario durante dos o tres años-lo que es una paradoja para una organización sindical como la nuestra, que siempre se ha orientado a la fidelidad de la causa unitaria, como una de las referencias esenciales de su autoridad, prestigio y de la influencia ganada entre los trabajadores en toda su historia: desde la creación de la CGT en Limoges en 1895, hasta la escisión de 1947, pasando por el Frente Popular y la Resistencia. Todo ello se convirtió en una paradoja, en la medida en que ello hacía aparecer a la CGT (y al PCF también por su parte) como reticente, sino refractaria a la unidad que siempre había sido un símbolo particularmente significativo de su orientación, de uno y de otro.

He aquí el por qué, después del 40 Congreso de Grenoble-en el que mis propuestas fueron aceptadas por la mayoría de delegados- me encontré en una situación en la que la contestación en el seno de la CGT se manifestó de varias maneras. Constaté que muchos de mis compañeros, que tenían altas responsabilidades en la CGT, pero que no tenían compromiso político partidario, me apoyaban; en cambio, otros compañeros cercanos de mi sensibilidad política, miembros del PCF, tenían una actitud diferente.

Más tarde, nos encontramos opuestos la misma gente, en el momento de la intervención soviética en Afganistán^{cvi}, porque yo era de los que pensaba que esa intervención era lamentable, mientras que otros la aprobaban.

Pero después del 40 Congreso, creo que había probado el sentimiento de que la cosa no marchaba entre mis compañeros y yo, que hasta entonces habían sido los más cercanos a mis ideas, a mis convicciones más profundas. De todas maneras, la había dicho a Benoît Franchon cuando me habló por vez primera de la hipótesis de mi sucesión: “Soy ferroviario, no voy a ir más allá de mi 55 aniversario, si no es para jubilarme al menos para dejar mi responsabilidad esencial y pasarle el relevo a otro.” En 1978 tenía 52 años; en el siguiente Congreso, el 41, llegaba a mi 55 aniversario, y era evidente que debía dejar mi responsabilidad, como ya había hecho saber. Debo decir que si por razón de una situación particular, que en aquel tiempo existía, me hubiesen pedido prolongar mi mandato en dos años, para que me reemplazasen enseguida, hubiese podido quizás hacer la concesión y fijar mi salida a los 56 o 57 años. Pero para ello, se hubiese necesitado un consenso general en torno a mi persona y de la orientación que había defendido en el 40 Congreso. Como no era el caso y como que no está en mi cultura política entrar en contradicción con mi propio partido, pensé que lo mejor era retirarme. Quizás me equivoqué; incluso personalmente estoy en la convicción en que tenía razón. Reconozco a los demás el derecho de juzgar mi comportamiento a ese respecto, pero creo que la CGT, después ha remontado este período difícil de su existencia, de su orientación y de su vida y que ahora-Sobre todo con los cambios que se han sucedido bajo la dirección de Louis Viannet^{cvi}, y con mayor razón bajo la de Bernard Thibault^{cix, cx}, que ha recorrido un camino parecido al mío en esta profesión de ferroviario, y que fue promovido a responsabilidades a la misma edad que yo.-la CGT está en buenos raíles. Me felicito. Encuentro en él las ideas que son las mías y por las que he luchado.

Lo que lamento quizás un poco es que, si es verdad que el PCF ha hecho su autocrítica de este período, reconociendo todos los errores, todas las faltas, todas las insuficiencias que le pusieron en dificultades, creo que este análisis debe hacerlo también la CGT. No le corresponde a un partido político hacerlo en su lugar, sí a la CGT por ella misma, no sólo interrogándose acerca de su presente, sino también de su pasado. Como que soy presidente del Instituto de Historia Social de la CGT, me ocupo mucho del pasado, en el sentido positivo y también en el sentido negativo, porque las enseñanzas de lo que fue bueno no son... ciertamente, son muy interesantes de estudiar, pero las enseñanzas que no lo fueron deben ser igual de instructivas para evitar que se reproduzcan en el futuro los errores ya cometidos. He aquí el por qué yo soy de los que piensan que no se debe temer el mirar con mucha lucidez y voluntad de verdad nuestro pasado. No me ruborizo, creo que es un pasado del que podemos estar orgullosos; pero hay que coger todo aquello que pueda ser instructivo para ir hacia delante en las mejores condiciones.

CAPITULO 15.

AÑOS 80: ESPERANZA Y DESILUSION.

Los años que siguieron a Mayo del 68 estuvieron marcados por la voluntad de la patronal y del poder político de minimizar, de no aplicar las reformas que habían sido otorgadas en Grenelle y en la continuación de las negociaciones, sobre todo en lo que concernía al respeto de los derechos sindicales en las empresas. Lo que nosotros, en la CGT, no habíamos podido hacer que se asumiese en el fuego de la batalla-la unión de la izquierda para presentar una alternativa susceptible de transformar la sociedad en el sentido del progreso social-habíamos continuado a preconizarlo fuertemente. En cada uno de nuestros congresos, después de mayo del 68, podemos decir que la idea de la unión de la izquierda fundamentada en un programa común reaparecía con fuerza, era como una orientación de fondo de toda nuestra actividad sindical. Hasta tal punto que habíamos llegado a hablar de la necesidad del programa común de la izquierda más que del propio programa de la CGT. Pienso que esta idea de unión y de búsqueda de un acuerdo sobre bases precisas, determinando el alcance y los límites de lo que podría ser aceptable para todas las partes implicadas por la hipótesis de esta entente, era una idea popular durante los años que siguieron al Mayo del 68. Creo asimismo que la fuerza, el impulso, la dinámica de Mayo del 68 no cesaron al día siguiente de los acontecimientos, al final de la primavera de 1968, sino que, al contrario, continuaron influyendo en la vida política francesa. Esta esperanza de cambiar la sociedad en un sentido progresista, que no se había podido realizar en Mayo del 68, continuó sobre todo en el mundo del trabajo, a permanecer como aspiración profunda y tenaz de la clase obrera, de los asalariados. Se sintió cada vez más cercana por parte de la izquierda política en Francia, hasta después del Congreso de Épinay.

Lo cierto es que el Partido Socialista, nacido en Épinay, con François Mitterrand como primer secretario, se expresó de una manera cada vez más neta por la discusión con el Partido Comunista y las demás fuerzas de izquierda, PSU (Partido Socialista Unificado) y los Radicales de Izquierda. Se trataba de arrancar una concertación para ver si era posible alcanzar un acuerdo. Así nació el Programa Común de la izquierda, después de múltiples negociaciones, discusiones, debates agitados, a veces en cuanto al contenido, pues la idea sostenida por el PCF de sustraer al sistema capitalista los grandes sectores de la producción industrial por las nacionalizaciones fue fuertemente debatido, discutido. Creo que sobre fue sobre estas cuestiones más esenciales sobre las que hubo un debate muy contradictorio y acalorado entre el PCF y el PS. Finalmente, se concluyó este Programa Común y, teniendo en cuenta la situación en la que nos encontrábamos, el análisis de la CGT fue valorarlo de forma bastante positiva, en la medida en la que se renovaba un cierto número de aspectos que venían del Programa Común de la Resistencia, que sólo se aplicaron parcialmente al día siguiente de la Liberación, y a los que nosotros la CGT (no sólo nosotros) nos sentíamos muy vinculados. Más tarde, cuando hemos hablado de defectos del Programa Común, no se trataba de sus contenidos y de los objetivos que fijaba, sino de la estrategia sobre la cual se elaboró la perspectiva electoral de la "izquierda plural". En las consultas electorales, apareció que la idea de de una perspectiva de cambio fue mucho más provechosa para el Partido Socialista que para el Partido Comunista. Eso creo desilusiones, decepciones del lado de la izquierda comunista, así como posiciones que pudieron llegar en ciertos momentos, hasta dar la

impresión de que el PCF tomaba distancias con la idea de la unidad por razones puramente electorales.

Cuando se elaboró el Programa Común, Georges Marchais era el Secretario General del PCF. Yo era, mucho antes de que él llegase a la dirección del partido, miembro del Buró Político en tanto que sindicalista. Me parece que Georges Marchais hizo todo lo posible para impulsar la idea de la unión y del Programa Común. Pero a partir del momento en el que esto se revelaba negativo en el plano electoral para el PCF, situaba un cierto número de problemas. Ahora podemos hablar de una forma serena, creo que la estrategia del PCF con relación a la unión de la izquierda sufrió el perjuicio y las repercusiones, incluso los revuelos, de esta tendencia de descenso del partido, cuando al mismo tiempo el PS progresaba. Eso dio lugar a polémicas, agarradas, contradicciones, desacuerdos, divergencias profundas que fueron, incluso en ciertos momentos, a la ruptura. Por otra parte, fue en estas circunstancias que nosotros, desde el sindicalismo y yo particularmente como Secretario General de la CGT, nos esforzamos en obrar de manera que la CGT no se implicase en el debate entre los dos grandes partidos de izquierda para no perder una gran parte de nuestra independencia sindical, para su libre determinación, de su soberanía en materia de orientaciones. Creo que fue un momento crucial de la vida sindical, que era ampliamente sentida sin duda en la CGT, hasta el punto de que, en el 40 Congreso, mis propuestas fueron aprobadas. Sabemos qué pasó después.

Dicho esto, debo cuando menos añadir una consideración a propósito de Georges Marchais, una personalidad que ha suscitado muchos comentarios, debates y controversias^{cxii}. Incluso después de que no esté en este mundo, se siguen escribiendo muchas cosas sobre él. He leído últimamente una biografía que no está mal, pero que sin embargo no conoce toda su vida. No hay que olvidar que Georges Marchais hizo sus primeros pasos militantes en el movimiento sindical, en la metalurgia parisina. Lo conocía como militante sindical, antes de conocerlo como responsable político del PCF de Val de Marne. Estaba impregnado por la concepción sindical nuestra.: no se mezcla partido con sindicato, no se mezclan las orientaciones de ambos, se respeta al partido, se respeta la independencia sindical, lo cual es una vieja tradición, particularmente del movimiento sindical y del movimiento obrero francés. En los demás países de Europa, después de la II Internacional, todos los partidos políticos de izquierda tenían relaciones orgánicas con sus organizaciones sindicales: Era el caso de Inglaterra, entre los laboristas y las Trade Unions, los sindicatos británicos. Era el caso de Alemania, entre el Partido Socialdemócrata y la DGB^{cxiii}, sindicato alemán. Era el caso de Bélgica también y un poco por todas partes. En cuanto a la III Internacional, ese ha sido el caso de los Partidos Comunistas de la Unión Soviética, y después de la II Guerra Mundial, de los partidos comunistas únicos de los otros países, llamados socialistas de Europa del Este. Pero en Francia, la CGT nació mucho antes que los partidos políticos: fue fundada en 1895, el Partido Socialista^{cxiii} cinco años más tarde y el Partido Comunista^{cxiv} veinticinco años después. La CGT estaba pues con la autoridad de ser una organización más antigua, independiente, que no tenía necesidad de tutelas políticas para elaborar su orientación. ¿Esto ha sido escrupulosamente respetado después del nacimiento de la CGT hasta estos últimos años por todos los partidos? No se puede responder afirmativamente. Sin duda, en ciertos momentos y en períodos electorales bien determinados, los partidos políticos de izquierda siempre han buscado obtener, si no un respaldo político, si al menos un aval político del movimiento sindical, favoreciendo sus ambiciones electorales. Eso vale para unos y para otros. Cuando,

bajo la dirección de Georges Marchais, que era de orígenes sindicales y que tenía mucho respeto por el movimiento sindical, y particularmente por la CGT, hubo por parte del PCF momentos en los que buscó ese aval de la CGT...sin duda, eso ha podido existir^{cxv}. Hemos resistido mejor o peor, eso dependía de los casos y de las organizaciones, de su estado de ánimo, de las personas que estaban en las direcciones. Pienso que era necesario que, en un momento dado, con respecto al PCF y al PS, u otras formaciones-que siempre intentan introducirse, jugar un papel, tener influencia, ejercer una autoridad en el interno del movimiento sindical-, era tiempo de reafirmar principios que siempre han estado en las bases del sindicalismo francés: la voluntad de ser independientes, soberanos, dueños absolutos de la orientación elegida, conforme a las reglas absolutas de la democracia sindical.

Volviendo al Programa Común, creo que fue mérito de Georges Marchais y de otros dirigentes del PCF, con respecto a los revuelos, rupturas y fracciones que intervenían, el impulsar el razonamiento y el análisis hasta el punto de reconocer que se habían cometido errores que afectaban más a la estrategia del PCF que a los contenidos del Programa Común y sus orientaciones. El más grave de estos errores, sin duda, fue pensar, o dejar que se desarrollase la idea de que bastaba un buen programa y una mayoría de izquierda para transformarlo todo y cambiarlo todo. Es decir, entregarse ciegamente, con confianza absoluta en la cúpula para que todo marche, despreciando absolutamente la necesidad de mantener una movilización de todas las fuerzas necesarias para esta evolución, para que no se produzca ninguna deriva. Eso no dejó de ocurrir desde el momento en que, liberado cada uno de la presión del conjunto, ha jugado a su estrategia y la carta que mejor le parecía de acuerdo a su política. Llegamos así a 1981, a la elección de un Presidente de la República, en este caso François Mitterrand, del que todo el mundo creía que, a la mañana siguiente de su instalación en el Elíseo, iba a aplicarse en poner en práctica el Programa Común de la izquierda. No fue éste el caso, ni de lejos.

Por lo tanto, durante un cierto período, todos los que votaron a la izquierda, fuese socialista, comunista o por otras formaciones, esperaban a que la situación cambiase radicalmente. Pero poco a poco, en 1981, 1982, 1983, 1984, nos apercebimos que la situación no evolucionaba ni mucho menos. Y que, no solo la situación tendía a estancarse, sino que ciertos elementos iban sin duda en sentido contrario de lo que se había prometido y previsto por el Programa Común. Fue así que, cuando Pierre Mauroy llegaba al final de su mandato y que el Consejo de Ministros, bajo la dirección de François Mitterrand decidió un cierto número de medidas de restricciones y austeridad que se aplicaban a los salarios de los trabajadores, Pierre Mauroy tuvo la idea descabellada, creo, incluso escabrosa, de venir al 41 Congreso de la CGT en Lille^{cxvi} y además fue muy lamentable que diese la primicia a los congresistas de la CGT, de las decisiones que acababa de tomar aquella misma mañana o la víspera (no lo recuerdo exactamente), su Consejo de Ministros. Evidentemente, cuando acabó de hablar fue despedido con silbidos y abucheos por parte de los congresistas, a los que no les gustaban las decisiones del Consejo de Ministros, preconizando una austeridad que ya habíamos conocido algunos meses antes pero con un gobierno de derechas. Le dije entonces a Mauroy: “No podías esperarte (como él me hablaba como compañero, yo le respondía en el mismo tono) viniendo a hablar a un Congreso de la CGT, sabiendo como sabes quienes somos (nos conoces bien a la CGT) una gran ovación, cuando tu vienes a explicarnos que el gobierno estaba en la obligación de tomar medidas de austeridad restrictivas del poder de compra de los trabajadores y de nuestros derechos sociales. No podías esperar otra cosa”.

A partir de entonces, algo se produjo en el movimiento social y en la CGT en particular, que empezó a disolver las ilusiones situadas en la perspectiva y la hipótesis de una izquierda plural que aplicase decisiones en un sentido de progreso social, de democracia y de una evolución progresista de nuestra sociedad. He aquí el por qué Pierre Mauroy fue reemplazado por Laurent Fabius, y que este último empezó sus consultas para reconstruir un gobierno, proponiendo que los ministros comunistas continuasen. El Comité Central del PCF, que estaba reunido entonces, se encontró ante un dilema: ¿Debía aceptar o no que los ministros comunistas continuasen participando en el gobierno? Hubo suspensiones de la sesión, entrevistas con Fabius. Cuando la primera entrevista, el portavoz del CC dijo a Fabius: “Si permanecemos en el gobierno debe ser en la perspectiva de otra política, no a la que hemos llegado con Mauroy, es decir, ruptura con la austeridad y las restricciones. Si no, será muy difícil”. Finalmente Fabius prometió vagamente un cierto número de cosas para apaciguar un poco las dificultades. El Comité Central se encontró en la cuestión de saber si se debían mantener los ministros comunistas o retirarse del gobierno. No se hizo ninguna propuesta, ni en un sentido ni en otro. Yo no intervenía a menudo en el Comité Central, salvo en ciertas ocasiones según las circunstancias, pero que nunca eran públicas. Entonces subí el primero a la tribuna y dije: “Ha llegado el momento de retirar los ministros comunistas del gobierno, pues eso podía suponer, en el movimiento social y del que me ocupo en particular, la CGT, una actitud que sería perjudicial para el Partido Comunista si se diese la impresión de colaborar, de participar en una política que va contra los intereses de los trabajadores.” Hubo un breve debate, pero de una manera casi unánime, o al menos con una abrumadora mayoría (a excepción de los ministros comunistas, que estaban por continuar), el Comité Central se pronunció por retirar los ministros comunistas del gobierno^{cxvii}. Así sucedió el tema y después las cosas continuaron evolucionando.

No se puede decir que eso anestesiasse a la CGT, pero podemos decir que nos encontrábamos en una situación incómoda, en la medida en que habíamos contribuido a acreditar la idea de que una mayoría de izquierdas, con un buen programa era suficiente para cambiar la sociedad en el sentido correcto. Durante los primeros tres o cuatro años, esta idea prevaleció, lo que atenuó de manera importante la acción sindical reivindicativa, la exigencia de resolver los problemas mediante la negociación para hacer que las cosas avanzaran. Nos situábamos en la esperanza que había alumbrado la mayoría de izquierdas y en la gestión por parte de la “izquierda plural” de los asuntos de estado. Lo que pudo influir también, es la idea poco común de, que en la medida en que había ministros comunistas en el gobierno, el papel de la CGT no debía consistir en molestarlos o en aparecer confrontados a la política que aplicaban. Pero no creo que esto redujese la dinámica reivindicativa actual de la CGT a nivel de las acciones: eso existió efectivamente, en el curso de los años que siguieron a 1981, pero cuando los ministros comunistas dejaron el gobierno, cada uno llegó a la conclusión de que sin la acción, era difícil augurar que se produjesen cambios. Nos reencontramos con la praxis reivindicativa clásica, que consiste en considerar que, sin una relación de fuerzas apropiada, es muy difícil obtener resultados positivos...

El número de sindicatos cuenta también en la correlación de fuerzas. Al día siguiente de los acontecimientos de Mayo del 68, la CGT contaba con 2’5 – 2’6 millones de afiliados, contando los jubilados que retenían su afiliación a la CGT. Recuerdo que en el Comité Confederal Nacional, lanzamos la idea de llegar a los 3 millones de afiliados. Pero seguidamente, en los

años 70 se produjo una especie de descenso, no de la actividad sindical, sí de la afiliación. Cada año perdíamos entre el 10 y el 12% de afiliados. En 1981, la llegada de la izquierda al poder no modificó esta tendencia de descenso en la sindicalización-que no era sólo propia, de todas maneras en la CGT, pero que a nosotros nos afectaba con más fuerza que a los demás, en la medida en que la CGT era la organización más fuerte en número de afiliados. Este fenómeno siguió en los años 80. Cuando me hablaban de esto, decía a menudo que no se podía juzgar la importancia del hecho sindical en un país como el nuestro únicamente por la tasa de sindicalización. A pesar de la baja de efectivos, conocimos de todas formas acontecimientos sociales de una gran importancia, luchas de gran amplitud. No hablo de la de Mayo del 68, con una tasa de sindicalización que no era muy elevada (posiblemente del 20% entre todos los sindicatos). Contabilizamos de 9 a 10 millones de huelguistas. Seguidamente hubo otras luchas en los años 70 y en los años 80 hubo también grandes luchas que demostraban que, a pesar de un debilitamiento de la tasa de sindicalización, el hecho sindical, la acción sindical, el interés sindical no estaba en regresión. Por otra parte, si las elecciones políticas denotaban un crecimiento considerable de la abstención, no pasaba lo mismo-y no pasa hoy tampoco lo mismo-en el plano de las elecciones profesionales sindicales. Cuando se trata de elegir el Comité de Empresa o los delegados de personal, la tasa de participación habitual es del 70 al 80%, lo que contrasta enormemente con la participación del electorado en las elecciones políticas. Desgraciadamente, es de temer que ésta se amplíe en la perspectiva de las próximas elecciones presidenciales^{cxviii}. Volviendo a la sindicalización, quiero decir que la tasa de sindicalización actual, que apenas es del 10%, entre todos los sindicatos, es un tema de preocupación muy importante para el movimiento sindical francés, aunque no se deba dramatizar a propósito de esto. Creo que esto tiene un largo recorrido, comenzando por el paro: los períodos de paro no favorecen el reforzamiento de la organización sindical. Seguidamente, también cuentan las resistencias que los patronos oponen a la vida sindical en las empresas, y a una cierta represión, también contra los militantes que toman la iniciativa de crear un sindicato, o que osan presentar su candidatura a las elecciones profesionales. También tiene que ver la crisis, al propio sistema, a todo el entorno político que no suscita demasiado entusiasmo, incluso de esperanza. Pero que esto guarda relación esencialmente con la división del movimiento sindical. Esencialmente, porque la experiencia ha demostrado que, cuando se da un fenómeno de unión, la sindicalización progresa. Fue el caso en 1936 del Frente Popular, en el que los efectivos de la CGT ascendieron a 5 millones; fue el caso del día siguiente a la Liberación, después de la reunificación de la CGT en la ilegalidad, la reconstrucción de la CGT de antes de la guerra, dónde los efectivos sindicales ascendieron a 4'5 millones de afiliados; fue el caso-algo menor-de Mayo del 68, con una subida nada despreciable de nuevos afiliados para la CGT. Al contrario, cuando la división persiste, dura y se agrava, incluso como en el caso de los últimos años, la tasa de afiliación se resiente. A veces la división da lugar a rivalidades, a un espíritu de competencia, con una cierta tendencia de campanario-eso parece de risa, cuando el 90% de trabajadores asalariados están desorganizados. Como yo decía a menudo entonces: mejor valdría que todas las organizaciones sindicales se pusiesen de acuerdo para encontrar los medios por los que podrían-sin necesariamente llegar a la unidad orgánica, la fusión-disminuir esta tasa de desorganización hacia el movimiento sindical. Eso sería más inteligente y más eficaz que seguir compitiendo para saber quien le puede birlar trabajadores sindicados a su vecino. 10% solamente...es irrisorio. Creo que ésta es una cuestión que sigue siendo un gran problema para

el movimiento sindical. Soy muy feliz al constatar que Bernard Thibault, en el último Congreso de la CGT^{cxix} puso en orden el debate en este tema: es mejor ocuparse del 90% de trabajadores desorganizados que disputarse el 10% de trabajadores sindicados. Reafirmó que, en la perspectiva de un sindicalismo adaptado a las nuevas necesidades, a las situaciones, a la evolución de la sociedad, a la situación europea y a la globalización, esta cuestión sigue siendo un gran problema para el sindicalismo francés. Será necesario que, más tarde o más temprano, se consagre a encontrar los medios para remediar esta situación.

CAPÍTULO 16.

¿DEJAR LA FSM?

Me preguntan a menudo si las razones que me condujeron a dejar mi responsabilidad sindical tienen relación con la actividad internacional de la CGT. No puedo responder afirmativamente: “Si, fue a causa de eso”. Pero creo que, desde luego, lo que pasó en el movimiento sindical internacional, y sobre todo en el seno de la Federación Sindical Mundial (FSM), jugó un papel para decidirme a renunciar. Debo decir que, después de reemplazar a Benoît Franchon como Secretario General de la CGT, me convertí de facto en miembro del Buró de la Federación Sindical Mundial, de la que no se debe olvidar que se fundó al día siguiente de la II Guerra Mundial por los sindicatos, sobre todo franceses, ingleses y soviéticos, en la prolongación de la lucha contra el fascismo en Europa y contra el nazismo hitleriano. Sobre esta base nació la idea de una unión de todas las fuerzas sindicales europeas y se desarrolló. Benoît Franchon y Louis Saillant jugaron un gran papel personal en las concertaciones que tuvieron lugar en aquel momento entre las distintas organizaciones sindicales de Europa, sobre todo para hacer llegar la idea de una unión internacional sindical, en el seno de las centrales nacionales. Fue así como en 1945, la Federación Sindical Mundial nació en París, que conservó siempre el lugar de nacimiento como origen, dándole un carácter sindical particular, con la CGT que en 1945 no se había dividido, tal y como sucedió más tarde.

Sólo los sindicatos americanos rechazaron sumarse a esta unión internacional. Diría incluso que desde que no pudieron obstaculizar que se produjese esta unión, quisieron destruirla e intentaron por distintos medios convencer a los que participaban de retirarse. No les gustaba. Creo que, con Francia incluida, el esfuerzo de dividir a la CGT^{cxix} invirtiendo dinero, financiando con fondos de la CIA a Force Ouvrière, para incitarla a retirarse de la CGT, a estructurarse como central, tenía también como finalidad, por repercusión, atentar contra la unidad de la FSM. Fue efectivamente lo que pasó, puesto que, poco después de la escisión sindical en Francia, la FSM se partió igualmente, y se encontró dividida. De tal manera que fue mayoritariamente dominada por las centrales de los países de Europa del Este: URSS y democracias populares, que traían tasas de sindicalización enormes, evidentemente. Si se contaba la importancia de las afiliadas a la FSM con relación al número de sindicatos, éramos entonces, los italianos de la CGIL^{cxix} y nosotros, muy minoritarios en esta organización. Pero con una autoridad considerable, dado que éramos las únicas centrales auténticamente representativas de los trabajadores de nuestros países, dos grandes países capitalistas de Europa. El hecho de que fuéramos minoritarios no impedía que nuestro papel fuese importante, dado que en la dirección de la FSM, los representantes de la CGT, así como los de la CGIL, jugaban un papel preponderante, puesto que Louis Saillant era el presidente. En un momento dado, incluso el Secretario General era también un militante de la CGT llamado Pierre Gensous.

La FSM era lugar de encuentro intersindical, jugó indiscutiblemente un papel muy eficaz en el plano de la ayuda y la solidaridad con los trabajadores y los pueblos de los países en vías de desarrollo, con sus luchas de liberación nacional, sus luchas por la independencia. Creo que no se debe sustraer de la historia la realidad del papel muy positivo que jugó la FSM en términos de solidaridad internacional. Pero hay que decir también que, con relación a las grandes

cuestiones sindicales, la FSM se encontró poco a poco algo estancada, más allá de esta solidaridad, acerca de los grandes problemas económicos y sociales que estaban transformando la vida en Europa y en el resto del mundo. Progresivamente nos fuimos enfrentando a un cierto número de dificultades para hacernos entender por parte de nuestros camaradas, de nuestros amigos sindicalistas de los países de Europa del Este.

Podemos citar por ejemplo un caso particular y muy poco conocido. Habíamos emprendido una batalla contra las banderas de conveniencia^{cxix}, y queríamos que la FSM tomase posición contra su utilización en el transporte marítimo. Esta historia de las banderas de conveniencia, que emergió con el drama del Erika^{cxix}, la hablábamos desde hacía tiempo en la FSM. Pero siempre nos tuvimos que enfrentar con una oposición categórica de los sindicatos soviéticos, que no querían que la FSM condenase los pabellones de conveniencia, por la simple razón que el gobierno de la URSS los utilizaba para el transporte marítimo. Pabellones de conveniencia que no sólo eran simbólicos, permitían sustraerse a toda la reglamentación internacional en vigor para los derechos de los marinos y de las tripulaciones. Ésta era una cuestión muy concreta, con relación a la intransigencia, al muro y al rechazo al que nos enfrentábamos, pues los sindicatos soviéticos no estaban dispuestos y no querían condenar con una posición de la FSM a todos los que utilizasen estos pabellones, con su gobierno incluido. Este tema ya había mostrado unas ciertas dificultades.

Por otra parte, la manera de vivir, de proponer y de funcionar de los sindicatos de aquellos países contrastaba evidentemente con nuestra concepción del sindicalismo. Las constituciones de estos países no admitían el derecho de huelga. Los sindicatos, en sus estatutos reconocían el papel dirigente que ejercía sobre ellos el partido único, y estaban, por la vía de la consecuencia, sometidos a los imperativos de la política del Estado, comprendida la política exterior. He aquí cómo, poco a poco, nos tuvimos que enfrentar con dificultades. En 1956, los acontecimientos de Hungría incrementaron este vértigo en el seno de la FSM. Muchas discusiones y debates comenzaron a producirse, y marcaron una diferencia, una separación cada vez mayor entre los sindicatos del tipo de la CGT y de la CGIL, y el resto de los llamados países socialistas.

Tuvimos ocasión de hablar de ello en múltiples ocasiones. Por ejemplo, durante la guerra de Vietnam, viajé a Vietnam bajo los bombardeos americanos. Me entrevisté con el presidente Ho-Chi-Minh, al que conocía por haber estado con él anteriormente en otras circunstancias. Hablamos sobre esta cuestión del movimiento sindical internacional. Aquel hombre se interesaba por todo, y encontraba lamentable que los esfuerzos de los que nosotros dábamos muestra en la FSM no fuesen comprendidos por el resto de sindicatos. Los sindicatos vietnamitas, en aquel entonces, estaban aún con la guerra, era difícil. Pero ellos nos entendían, pues existía antes de la guerra, incluso cuando el Frente Popular, una gran vinculación entre los trabajadores del Vietnam y los trabajadores franceses, que se tradujeron en el hecho de que, con el Frente Popular, muchos de estos militantes vietnamitas encerrados en jaulas en Poulo Córdor^{cxix}, el campo de concentración donde encerraban a los militantes obreros, fueron liberados por el Frente Popular. Existían relaciones muy profundas de amistad entre el movimiento obrero francés y el vietnamita. Ho-Chi-Minh me había comentado hasta qué punto él lamentó que en 1946-1947 “no se hubiese podido entender con los dirigentes de la República Francesa para concebir un Vietnam independiente, en el marco de la unión de la

República Francesa” porque añadió “Habríamos podido concebir la evolución de nuestro país de otra manera, en cooperación, en alianza con Francia. Para nosotros era mucho más ventajoso, puesto que había muchos de nuestra gente que habían vivido en vuestro país. Éramos un país francófono, y para la ayuda material, para el comercio, para los intercambios era una baza considerable. Desgraciadamente, debimos tomar las armas para conquistar nuestra independencia, y eso deterioró completamente las relaciones entre mi país y Francia. Eso forma parte de las cosas que más lamento.” Me lo dijo con un fondo de nostalgia de los años que había pasado en nuestro país, puesto que participó en la fundación del PCF en el Congreso de Tours. Era un hombre por el que sentía mucho respeto, simpatía e incluso afecto. Era muy hostil al culto a la personalidad, pero desgraciadamente, a pesar de sus ideas, lo pusieron en un mausoleo, a lo que él sentía horror. Me lo dijo a propósito del Mausoleo de Lenin en la Plaza Roja de Moscú, y a él le sucedió lo mismo, porque los dirigentes de su partido pensaron que sería bueno tener, a título póstumo, una especie de deidad a venerar por parte del pueblo vietnamita, algo que no necesita en absoluto.

Más tarde, tuve la ocasión de entrevistarme de estas cuestiones con Fidel Castro en La Habana, un día que fui en delegación allí. Fidel Castro no tenía una gran experiencia acerca de la historia sindical de su país, puesto que el sindicalismo que existía entonces, acababa de nacer-aunque hubo grandes luchas a finales del siglo XIX en Cuba, con los trabajadores del tabaco sobre todo, que habían marcado profundamente el espíritu revolucionario y de lucha del pueblo cubano. Pero Fidel Castro, con sus estudios de Derecho, no se había sumergido en estas luchas, no tenía una gran experiencia en este tema. Seguía con cierto interés lo que sucedía en el seno de la FSM, pero un interés fuertemente condicionado por el deseo de no comprometer las relaciones de Cuba con la URSS. Puesto que, en la época en que me entrevisté con Fidel Castro, la economía cubana descansaba esencialmente, sobre todo por sus necesidades energéticas, con la ayuda que aportaba la URSS con el petróleo y en otros terrenos. De todas maneras, puedo afirmar que Fidel Castro deseaba que las posiciones de la CGT que yo le expliqué, jugaran un papel en sentido positivo, en el seno de la FSM.

Tuve la ocasión de hablar con otros líderes internacionales de otros países sobre estas cuestiones. Pero eso no dio como resultado hacer evolucionar la situación de la FSM en un sentido positivo. Lo que sucedió en Agosto de 1968, con la intervención de la URSS en Checoslovaquia^{cxv}, dio un terrible golpe a este equilibrio precario en la FSM^{cxvi}. Hasta tal punto que, como es sabido, yo fui uno de los que, tanto en el plano político en el seno de mi partido, como en el plano sindical en el seno de la CGT, condenó vigorosa y categóricamente la actitud de la URSS hacia los checoslovacos que yo conocía. Conocía a bastantes, por mis relaciones sindicales que tenían la voluntad sincera de restablecer las tradiciones democráticas y revolucionarias, específicas de su nacionalidad, de su nación, de su historia también, de antes de la II Guerra Mundial. Lo que no se correspondía en absoluto con el modelo que la URSS había impuesto tanto en Checoslovaquia como en los países que el Ejército Rojo liberó, al final de la guerra. Esta condena de la intervención soviética en Checoslovaquia, hecha en términos muy claros y públicos, fue un golpe serio a nuestras relaciones, en la FSM, con los sindicatos soviéticos y los de otros países socialistas. Eso no hizo más que agravarse. Hubo numerosas reuniones para hablar de ello, en las que nosotros constatábamos los desacuerdos.

Fue en este momento que los compañeros italianos de la CGIL comenzaron a tomar distancias con la FSM, hasta retirarse pura y simplemente al cabo de un cierto tiempo, aunque mantenían relaciones bilaterales. Nosotros nos quedamos, pensando que era preciso seguir nuestro esfuerzo para intentar convencer a organizaciones de nuestra posición. Debo decir que con nosotros estaban muchas centrales de los países de África y América Latina, que estaban afiliadas a la FSM después de acceder a su independencia nacional y que tenían depositadas muchas esperanzas en la CGT, para hacer evolucionar en sentido positivo esta vía en el seno de la organización mundial. Sin embargo, el apoyo que estas centrales nos aportaban era bastante discreto, en la medida en que se beneficiaban de apoyo material por parte de la FSM, sobre todo gracias a una contribución de los llamados países socialistas, que permitía a las centrales de las ex-colonias, tener los medios suficientes para existir. Comprendido el pago de desplazamientos y viajes cuando había reuniones. Entonces nos apoyaban, pero no querían que se supiese, en la medida en que temían que ello les perjudicase.

Todo eso continuó deteriorándose y fastidiándose hasta el momento en que, en 1978 tuvo lugar el 9 Congreso de la FSM en Praga. Entonces intervine de los primeros para deplorar la situación en la que se encontraba la FSM; denuncié a quienes tendían a hacer de una organización internacional una pura vocación de apoyo de la política exterior de la URSS incompatible con la independencia sindical; para lamentar que las centrales sindicales de los llamados países socialistas, y en primer lugar la de la URSS, tuviesen en sus estatutos el reconocimiento del papel dirigente del partido al que debían someterse, y en consecuencia, depender del Estado, de su política interior y exterior; para deplorar que los trabajadores de estos países no tuviesen el derecho de huelga, e incluso, en ciertos casos de conflicto, tuviesen que hacer frente a la represión. En resumen, intervine para decir que no era posible seguir de aquel modo, que la CGT no podía seguir afiliada a la FSM si nada cambiaba fundamentalmente. Para poner los puntos sobre las íes, añadí que decidíamos retirar de la dirección de la FSM a su Secretario General Pierre Gensous, que era francés y a un cierto número de nuestros militantes que participaban en las distintas organizaciones centrales de la FSM. Durante este Congreso, recibimos una solicitud por parte de la Carta 77^{cxxvii}-se trataba de un grupo de checoslovacos demócratas que rechazaban inclinarse ante las consecuencias y el devenir de la intervención soviética y del mantenimiento del modelo. Retomaban la idea de un socialismo con rostro humano y preconizaban perspectivas. Pero esta carta estaba en la ilegalidad, sus firmantes fueron perseguidos por la policía oficial. Nos habían pedido una entrevista, que habíamos aceptado clandestinamente. Cuando ya había tenido lugar, una vez resueltos todos los problemas de seguridad por parte de nuestros interlocutores, hicimos saber públicamente en Checoslovaquia que nos habíamos reunido, lo que fue una proeza mal llevada por los representantes de otros sindicatos. Recuerdo que fui acusado de todos los defectos de la tierra: reformista, que hacía el juego al imperialismo, que abandonaba las grandes tradiciones de clase e internacionalistas del movimiento obrero francés. Se me cubrió de críticas y calumnias. Dejamos Praga con la impresión de que se había dado el primer paso hacia la ruptura.

Sin embargo, de vuelta a Francia, constaté que, si bien en general se pensaba que había sido bueno meterse en harina de esta manera tan categórica, incluso empujados, muchos pensaban que de ahí a retirarse de la FSM había un amplio margen y que debíamos

reflexionar. Reflexionamos, pues, nos quedamos algunos años en la FSM sin jugar un gran papel, siempre en minoría y votando contra la mayor parte de decisiones. A partir de principios de los años 80, adoptamos incluso una actitud flexible con relación a nuestra oposición, a nuestra crítica. Después de la intervención soviética en Afganistán y de un cierto aproximamiento entre el PCF y el PCUS, en la época en que estaba dirigido por Leónidas Breznev, la CGT, de la que yo ya no era el Secretario General, retomó un cierto número de relaciones con la FSM y aportó a algunos militantes para sus organismos de dirección^{cxxviii}. De tal manera que el problema de la retirada, de la desafiliación no sólo estaba suspendido, incluso manifiestamente retomada como una cuestión que no figuraba en la agenda. Fue necesario esperar al 45 Congreso (1995) para que la CGT decidiese retirarse de la FSM. Ahora puedo decirlo, con ese retraso,-ya me expliqué sobre este tema e incluso lo escribí-la CGT, con aquella actitud perdió diez años que han hipotecado su libertad de acción, su actividad y sus iniciativas en el plano internacional, y permitieron a los que eran contrarios a la entrada en la Confederación Europea de Sindicatos (CES)^{cxxix}, jugar aquella baza. Era necesario aclararlo todo y que nosotros nos desafiliásemos para que la CES, casi por unanimidad-salvo una organización sindical francesa, Force Ouvrière-aceptase que la CGT se afiliara.

A partir de entonces la CGT está en la CES. Es un acontecimiento a escala del sindicalismo europeo. Creo que si la CES debe evolucionar, con relación a la construcción europea, tal y como se produjo desde la aplicación de los tratados de Maastricht-que alejan a los sindicatos de toda participación y gestión de los grandes asuntos y que apenas les da derechos ni prerrogativas en el plano de las decisiones que se toman-es la CGT junto a otras organizaciones europeas la que tiene una vocación particular de hacer evolucionar las cosas en sentido correcto.

El 40 Congreso de la CGT siguió al de Praga en cinco meses. Mi intervención-que era en nombre del Buró Confederal de la CGT y no mía personal-fue acogida con una amplia aprobación, pero también con algunas inquietudes sobre la cuestión de saber si se iba a la retirada de la FSM. No creo que hubiese-y no lo he sentido así-una desaprobación particular, calificada como "personal" con referencia a mí por parte de los militantes de la CGT, a condición de quedarnos y que fuese considerado como munición a utilizar en medio de una situación de recomposición. Hasta entonces, toda tentativa fracasó. Pero muchos pensaban que, a partir de aquella proeza, algunos iban a reflexionar. Se pensaba especialmente que los sindicatos húngaros, que eran los más moderados en la actitud negativa, con un presidente que se llamaba Sándor Gáspar- que se convirtió seguidamente en Presidente de la FSM, después de la marcha de Louis Saillant por razones de salud. Sándor Gáspar, durante el tiempo que su presidencia, hizo lo mejor que pudo, sinceramente y honestamente y con convicción, para sostener las posiciones de la CGT. Excepción hecha de cuando debía decidir. En la medida en que debía decidir, en tanto como responsable, le era difícil, sino imposible, ir hasta el final con sus desacuerdos, sus reservas, o bien sus convicciones para separarse de los demás sindicatos de los países socialistas. Era un hombre con el que he conservado una muy buena relación, al que quiero rendir homenaje. Después, recibí a Lech Walesa en Francia, al día siguiente de los acontecimientos en Polonia, durante los que los trabajadores se revolvieron contra las instituciones y contra un régimen que no les convenía. Nos encontramos en que esto se explicó al más alto nivel por Solidarnosc, y que Lech Walesa era el principal responsable. Él vino a Francia^{cxxx}, invitado por la CFDT. La CGT le recibió como representante

de los trabajadores polacos. Esto provocó, en la URSS y en otros países socialistas una desaprobación, una condena amenizada con ciertos calificativos que no son útiles de recordar ni enumerar.

Pero esto nada cambiaba con las reservas que teníamos. Por otra parte, en un meeting que estaba organizado por la CGT en la Casa de los Sindicatos, en la calle de la Grange aux Belles en París, con Lech Walesa, recuerdo haberle preguntado una cuestión que para él era temible, según su intérprete. Le pregunté cómo consideraba él los derechos de la mujer en su organización sindical, y contestó de golpe y porrazo: "Las mujeres están para tener hijos, para cuidar la casa y ya está". Esto provocó por parte de todas las compañeras que asistían a esta reunión en la Grange aux Belles un abucheo formidable que él se tragó en silencio. Todo eso es para decir que éramos lo suficientemente independientes como para jugar nuestro papel.

Creo que nuestra posición en la FSM era clara y nítida-nadie podía acusarnos de complacencia o de estar callados ante lo que era inaceptable, porque habíamos explicado, de una manera resplandeciente en el Congreso de Praga, el fondo de nuestro punto de vista sin extravíos para los representantes de los países socialistas. Eso era así. Pero, seguidamente modulamos en exceso nuestra posición. Por otra parte, subrayo que los medios de comunicación dieron prueba de una discreción extraña sobre la actitud pública de la CGT en el Congreso de Praga, cuando antes todos nos acusaban de ser cómplices de un sindicalismo internacional que negaba las tradiciones del sindicalismo francés, se estar sometidos a los imperativos de los sindicatos soviéticos y de seguir siendo los agentes o portavoces de los intereses de la política exterior de la URSS. Los que nos acusaban de esto, cuando yo hablé de esta manera en el Congreso de Praga, observaron una discreción particularmente significativa de su voluntad de no aceptar la verdad tal y como se manifestaba, y dejar suponer que nosotros no habíamos evolucionado. Cuando el 40 Congreso, evidentemente, éste fue informado de una forma precisa de todo ello y lo aprobó. Por otra parte, las propuestas del 40 Congreso, los cambios para la evolución de la CGT estaban en la continuidad, en línea con la actitud que habíamos adoptado en el plano internacional, y tal cual la expresé en mi intervención, como en el Congreso de la FSM en Praga.

Es así, como acabo de decir, en el 45 Congreso de la CGT que se celebró en Montreuil en 1995 fue donde se tomó la decisión de cesar nuestra afiliación a la FSM. Debo decir que, en aquella época, habría sido aberrante mantener la afiliación, después de la caída del muro de Berlín, cuando la URSS había dejado de existir y que todos admitían que aquella experiencia de un socialismo que no era tal, en estos países, era un modelo condenable-un modelo que, por otra parte, había costado muy caro al movimiento obrero internacional. Consecuentemente, habíamos esperado un período realmente catastrófico para confrontarnos con esta realidad y sacar conclusiones. Personalmente debo decir que no me sorprendió lo que pasó en Berlín, en los demás países y en la URSS, por haber estado allí a menudo en el curso de los últimos años de mi vida militante y por haber constatado la degradación que existía en estos países. Yo era de los que pensaba, sobre todo a partir del 20 Congreso del PCUS que tarde o temprano se producirían fracturas graves. Lo que temía era que en una circunstancia de hundimiento como aquella, el ejército que era una fuerza considerable en la mayor parte de estos países,

reaccionase para oponerse a la evolución de la situación, al derrumbamiento y que eso terminara en un baño de sangre. Eso, afortunadamente no se produjo. Pero era poco imaginable que, en el momento en el que Gorbachev, con la "Perestroika"^{cxxxii} ensayó algo para rectificar la situación en otro sentido totalmente distinto, después de tantos años de acumulación de prácticas de esta naturaleza, se pudiese esperar que la situación se arreglase y que se saliese de esa situación de una forma positiva.

Eso, por otra parte, era el por qué estaba convencido por mi parte de que no se podía esperar más allá del Congreso de Praga^{cxxxii}-que había revelado toda la realidad a la que estábamos confrontados-nuestra desafiliación, y que era preciso ir, en los plazos que discutiésemos evidentemente, hasta el final de la lógica de nuestra intervención en este Congreso. Las cosas ahí quedaron.

Ahora creo que nosotros doblamos un cabo. Por otra parte, lo que se le puede reprochar a la FSM en otros terrenos, pero que en el fondo coinciden, se le puede reprochar también a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres^{cxxxiii}, CIOSL, que era la organización escisionista de la FSM, creada en 1945, y que tenía una concepción dominada por los americanos. La FSM estaba dominada por los soviéticos; la CIOSL por los americanos, con su potencia y sobre todo su dinero. La CIOSL era además portadora de una concepción de negación del sindicalismo, de la solidaridad obrera internacional, y no jugó hasta ahora un gran papel, con relación a la evolución del sistema capitalista a escala planetaria, con la creación de grandes grupos transnacionales, de multinacionales que explotan a los trabajadores de los países capitalistas y a los del Tercer Mundo, multinacionales frente a las cuales ninguna fuerza sindical reacciona prácticamente. Creo que al ir a los EEUU, no hace mucho, y al verme con muchos sindicalistas-con ocasión del centenario de la CGT, fui invitado por universitarios a dar conferencias-me encontré con que se estaba produciendo en los EEUU, en el movimiento sindical una evolución muy interesante, diría que incluso cautivadora para un sindicalista como yo. Una evolución que tiende a desprenderse de esta "práctica CIOSL" de negación del sindicalismo, de repliegue en sí misma en una especie de imperialismo, limitando en todas partes la expresión reivindicativa y todo enfoque progresista del sindicalismo. He constatado que, muchos de estos sindicalistas tenían ideas nuevas que reencontré, por otra parte con su presencia en la gran manifestación, de la que no se cesa de hablar, de Seattle, contra la Organización Mundial de Comercio (OMC). Muchos de estos sindicalistas me preguntaban cómo podía ser que los obreros americanos de ciertas multinacionales no tuviesen ninguna posibilidad de reunirse con sus compañeros de Francia, Alemania, Inglaterra o de otros países del mundo, cuando todos ellos tenían el mismo patrón; y que no tenían ninguna posibilidad de concertarse para saber qué podrían hacer frente a un cierto número de problemáticas a las que se estaban enfrentando para defender sus intereses comunes. Hay, aún en germen, en el espíritu de estos sindicalistas americanos una cuestión que se enlaza con las grandes tradiciones de nuestro sindicalismo, de internacionalismo y de solidaridad obrera internacional. Todos los acontecimientos que se han producido en los dos últimos decenios han transformado la imagen del mundo finalmente, y sitúan al sindicalismo ante nuevas evoluciones-que contrastan completamente con el pasado que hemos vivido, aunque este pasado comporte muchas enseñanzas, tanto positivas como negativas. Pero esta situación nueva coloca igualmente al sindicalismo ante responsabilidades para las que no existe

ninguna receta, o conocida o inventada; un sindicalismo que debe reflexionar e imaginar la forma en la que necesita asumir sus responsabilidades.

Por mi parte, estoy convencido que si una fuerza puede reaccionar ante esta globalización, que amenaza en ser la del dinero-del imperialismo, de la pasta, como digo a menudo, es decir, que tiene como finalidad el beneficio privado de una pequeña, ínfima minoría, sin tener en cuenta las contingencias humanas-, y obrar de manera que lo humano devenga prioritario, es ante todo el movimiento social, y en su seno el sindicalismo. Si hay una fuerza sindical que pueda actuar en Europa, ésta es la CGT con todos sus aliados. Y si hay un país en el seno de la comunidad europea que pueda jugar un papel hacia una perspectiva de globalización diferente, es Francia-sobre todo si sigue gobernada por la izquierda plural, a condición de que no derive hacia una gestión leal a los intereses del capitalismo, sino al contrario, se afirme en un sentido progresista hacia una evolución social. Creo que todo ello constituye un todo que todavía está en perspectiva, pero que sitúa ya cuestiones concretas al sindicalismo francés, al sindicalismo europeo y al sindicalismo mundial, para ir hacia otra concepción de la coordinación y la concertación del sindicalismo internacional. Hoy no es posible la reconstrucción de una gran central sindical unificada. Pero sí al menos, lugares de encuentro suficientes que permitan esta concertación. Y en ciertos casos, ciertas iniciativas de acción comunes de todos los sindicalistas para ejercer juntos la defensa de sus intereses. La palabra “juntos” que nació en Mayo del 68, ha vuelto en Noviembre de 1995 en nuestro país^{cxxxiv}, creo que puede ser también un símbolo para todos los sindicalistas del mundo de nuestros días.

CAPÍTULO 17

HE CONOCIDO A MUCHA GENTE EN MI VIDA...

Es muy difícil hacer un balance del pasado de uno mismo. Si tuviera que resumirlo en pocas palabras, creo que no me arrepiento de nada. Hice siempre lo mejor que pude para servir la causa por la que me comprometí desde muy joven. Os he hablado con mucha sinceridad; tal como soy, o quizá, tal y como he ido siendo, puesto que en mis sesenta años de vida militante, he evolucionado, he cambiado, he aprendido muchas cosas. Incluso he debido revisar, en ciertos momentos, algunas de mis convicciones y mis certezas.

He conocido mucha gente en mi vida.

La primera persona, con seguridad, que jugó un papel esencial al inicio, en mi compromiso, fue mi padre, que era un hombre recto, honesto y muy sensible. Sin forzarme, sin exigirme nada, me dio un ejemplo en el que seguro me inspiré a lo largo de mi vida para encontrar mi senda. Creo haber sido fiel, sin duda, al recuerdo de mi padre y a la causa con la que me comprometí, a pesar de los cambios y evoluciones producidas: seguramente era en origen un ideal revolucionario, comunista, pero muy impregnado de humanismo. Después me encontré muchas personas, en Francia y en el extranjero. He tenido relación incluso con personajes muy importantes.

He evolucionado en el sentido de que mi cultura, al principio, estaba muy impregnada de la idea que sólo nuestra familia espiritual poseía la verdad, y que nuestro papel consistía sobre todo en comunicar esta verdad a los demás, a instruirlos con ideas avanzadas, progresistas; y que nosotros no teníamos ya mucho que aprender de los demás, desde el momento en que habíamos accedido a aquel conocimiento. Era una especie de dogmatismo que ha existido, creo, en el pensamiento comunista durante la primera parte del siglo XX. Yo he estado en el desarrollo de estas ideas, cuando de muy joven era un adepto de la certeza de que la URSS era el primer país del mundo que había liberado al mundo del trabajo y a la clase obrera de la explotación, y de haber abierto una perspectiva progresista para toda la humanidad. Debo decir, incluso que, durante la Resistencia, cuando fui arrestado por la Gestapo, me decía que si algún día descubrían mi papel real, mi misión por cuenta de la Resistencia comunista, no me cortarían: “pelotón de ejecución”. Estaba lo bastante instruido acerca de la ferocidad sanguinaria de los nazis como para saber que no saldría de otra manera. Le di vueltas a la cabeza, preguntándome que haría si eso sucediese (teníamos ejemplos, sobre todo Châteaubriant, de lo que les ocurrió a los mártires de la Resistencia comunista), seguramente les gritaría antes de que disparasen: “Viva Francia, viva Stalin”. Digo esto porque permite comprender hasta qué punto he sido uno de los que pudieron traumatizarse mucho por las revelaciones del 20 Congreso del PCUS, a propósito de los crímenes de Stalin. Antes del derrumbe de la URSS, se produjo algo importante en mi conciencia, puesto que me di cuenta de que me había pasado una gran parte de mi vida a admirar, casi a idolatrar un sistema que había caricaturizado el ideal por el que me comprometí, y que había traído consigo golpes muy duros. Golpes que se confirmaron después, evidentemente, con todas sus consecuencias,

trágicas para todos. Creo que las revelaciones de los crímenes de Stalin, de su entorno y su sistema, que él dirigía supusieron un giro en mi vida militante.

A partir de ahí, creo que era preciso quizás hacer un esfuerzo superior para reflexionar por uno mismo, tener todo en cuenta, intentar un análisis desde la propia reflexión, sin absorber stricto sensu todas las tesis, afirmaciones, las verdades infalibles de grandes líderes indiscutibles o que no podían equivocarse.. Yo también empecé a fijarme el objetivo de leer más aún, intentar entender. Y quizás escuchar a los demás, sobre todo a los que no pensaban como yo, con mucha más atención, con la voluntad, quizá de buscar qué podía haber en el pensamiento de los demás que no coincidían conmigo ni con mis convicciones, qué elementos instructivos para mí que pudiesen dar objeto en reflexionar acerca de elementos nuevos, elementos algo distintos de los que yo estaba cargado de certezas. Creo que eso me ha permitido evolucionar. En la reflexión, cuando hago una retrospectiva de esta vida militante, me doy cuenta de que encontré en la Resistencia ya, otras personas (también en Mauthausen), que seguramente han ejercido influencia en mí sin que yo me diese cuenta, porque en aquellos momentos no estaba tan abierto a las ideas de los demás como lo estuve después. Pero enseguida, tanto en mi partido como en la CGT sobre todo, donde verdaderamente he compartido responsabilidades con muchos militantes de sensibilidades distintas-sin partido, socialistas o también cristianos, así como muchos pacifistas y muchos otros-, donde finalmente alcancé el espíritu abierto a ideas que, poco a poco me han hecho evolucionar en el pensamiento, en mis convicciones y que me han hecho entender muchas cosas que hoy me conducen a pensar que, verdaderamente, la diversidad es una forma de enriquecimiento.

Digo a menudo que el lío nació un día de la uniformidad-no lo digo así, como una fórmula maestra. Me di cuenta del fondo de esa verdad constatando el hecho que la diversidad, sobre todo en el pensamiento, en la inteligencia de cada uno, es un factor de enriquecimiento colectivo, un factor de progreso y un factor de evolución. Todavía es necesario que, cada uno de los que intercambian ideas, estén rebosantes de sinceridad y honestidad. Debo admitir también que he conocido muchas de estas personas-honestas, inteligentes, sinceras-, pero que también he conocido hipócritas. He conocido cortesanos, incluso aduladores. Hay que distinguirlos. Quizá no sea su culpa: depende del lugar que hayan ocupado en la sociedad, de la forma en que se han educado. Sé que las personas pueden evolucionar de formas distintas. He conocido gentes que eran Croix-de-Feu antes de la II Guerra Mundial, que estaban cercanos del coronel de La Rocque, fascistas, y que en la Resistencia, de repente evolucionaron y cambiaron y se convirtieron en resistentes honestos, gentes incluso de izquierdas, que asumieron su responsabilidad patriótica con mucha valentía. En cambio, he conocido gentes que compartían en un instante de sus vidas nuestra misma lucha y que evolucionaron de otra manera, dejándose corromper, y que a mis ojos eran personas abyectas. Por consecuencia, sé que la persona puede evolucionar de maneras distintas. Cuando se sabe cómo se comportaron los nazis, por ejemplo, sabemos muy bien que la persona, bajo el influjo de una ideología puede convertirse en un monstruo.

Todo eso hay que tomarlo en consideración en la vida, y me ha forjado una especie de filosofía que consiste en darle confianza a priori al otro, buscar la forma de saber qué puede haber en su espíritu, en su pensamiento, en su inteligencia, qué es susceptible de alimentar la mía, de enriquecerme. Pero se debe saber también descubrir los defectos que pueden agravarse y que

pueden transformar un individuo en un sentido absolutamente opuesto a lo que creo debe ser el camino recto y la honestidad intelectual. Así estoy hoy en mis reflexiones.

Cuando echo la vista atrás y veo el camino recorrido y las condiciones en que lo he recorrido, me digo que no he perdido el tiempo. Mi única pena es que quizás hubiese podido hacer más y mejor, al servicio de la causa por la cual me comprometí. Estoy feliz al ver que, en mi familia, las cosas han transcurrido en buenas condiciones. Mi esposa y yo, que compartimos nuestras vidas desde hace medio siglo, tenemos ahora con nuestros tres hijos, seis nietos.

Todo eso hace que sea un veterano del movimiento obrero, de la lucha de clases, de la Resistencia, como se quiera-o quizás del movimiento social, para estar un poco a la moda. Soy un veterano de este pasado, que se complace en compartir los recuerdos y también el pensamiento con las nuevas generaciones. Ya he contado hasta qué punto apreciaba el hecho de encontrarme con jóvenes en los institutos y colegios, para hablar de este pasado en todos sus aspectos-no sólo de la Resistencia, también del Mayo del 68, de la guerra de Argelia, de todos los movimientos que hemos construido. Y soy muy feliz al constatar que esta generación está buscando caminos nuevos quizá, que la conducirán –pues de ello depende el futuro, finalmente-a comprometerse, también, en una vía susceptible de hacer evolucionar la humanidad hacia el buen camino. Encuentro también este fenómeno, muy valeroso, que cultiva mi optimismo, en mis nietos que me hacen mil preguntas sobre el pasado.

Finalmente, soy siempre un optimista incorregible, si puedo decirlo. Puesto que, en los momentos más trágicos de mi vida militante, siempre tuve confianza y siempre conservé la convicción que la evolución se realizaría en el buen sentido, sea cual sea el avatar que nos pueda alcanzar, sean los que sean los momentos trágicos, más o menos largos que puedan sobrevenir. Tengo la convicción que, en la lógica de la evolución de la vida está que el progreso predomine siempre, a pesar de las dificultades, los obstáculos y las barreras. Es el sentido de la vida. En fin, soy de los que piensan que, en el estadio en el que se encuentra la humanidad, en una especie de encrucijada de su historia, a escala planetaria, las cuestiones nacionales conservan una cierta importancia, con relación a la historia de cada país, a su cultura, a los aspectos particulares de las civilizaciones, tal y como han evolucionado, los límites de las fronteras de cada país se han debilitado de tal manera que, como dice uno de mis amigos más cercanos, que no es de la misma sensibilidad política que yo, el profesor Jacquard: “En este planeta todos vamos en el mismo barco, y si queremos que no se hunda es necesario que nos pongamos todos juntos a asegurar que el rumbo es correcto, que todo el mundo comparta responsabilidades y que vaya en el buen sentido”. Lo que dice el profesor Jacquard, creo que es exactamente el sentido de la vida, tal y como lo concibo, tal y como yo estoy convencido que va a ocurrir y evolucionar. Tengo la impresión que, para el tiempo que me queda de vida, tendré bellos días con mis hijos, con mi familia, con mis camaradas para vivir, para celebrar las victorias que obtendremos en el futuro.

Prefacio por Bernard Thibault.

Prólogo por Elyanne Bressol y François Duteil.

Notas del traductor, por Jordi Ribó.

CAPÍTULO 1. OPTÉ POR LA BICICLETA.

CAPÍTULO 2. NUNCA PERDI LA RAZÓN.

CAPÍTULO 3. EN MAUTHAUSEN.

CAPÍTULO 4. ASÍ ME LAS ARREGLÉ.

CAPÍTULO 5. LOS ÚLTIMOS DÍAS EN MAUTHAUSEN.

CAPÍTULO 6. VUELTA A TOULOUSE.

CAPÍTULO 7. UNA FORMACIÓN SINDICAL ACELERADA.

CAPÍTULO 8. EN LA TEMPESTAD DE LA GUERRA FRÍA.

CAPÍTULO 9. LAS TENSIONES EXACERBADAS.

CAPÍTULO 10. SUCEDER A FRANCHON.

CAPÍTULO 11. EL BAUTISMO DE FUEGO: MAYO DEL 68.

CAPÍTULO 12. LAS NEGOCIACIONES DE GRENELLE.

CAPÍTULO 13. LA HUELLA DE MAYO DEL 68.

CAPÍTULO 14. LAS DIVISIONES DE LA IZQUIERDA.

CAPÍTULO 15. AÑOS 80: ESPERANZA Y DESILUSIÓN.

CAPÍTULO 16. ¿DEJAR LA FSM?

CAPÍTULO 17. HE CONOCIDO A MUCHA GENTE EN MI VIDA.

NOTAS.

ⁱ El 18 Congreso de la Sección Francesa de la Internacional Obrera-SFIO, del 25 al 30 de Diciembre de 1920 se pronunció por la adhesión a la Internacional Comunista creada en Marzo de 1919 en Moscú. La mayoría de los congresistas se pronunció por la adhesión, creando la Sección francesa de la Internacional comunista-SFIC, futuro Partido Comunista.

ⁱⁱ De 1932 a 1936 François de La Rocque fue el presidente de las Croix de Feu. Este movimiento de antiguos combatientes participó en la manifestación de las ligas de extrema derecha en el 6 de Febrero de 1934. Las movilizaciones antifascistas y la victoria del Frente Popular contribuyeron a la disolución de las ligas, como también a las Croix de Feu. En Toulouse, este contexto de tensiones y de violencia política se saldó con la muerte de Víctor Roussel, víctima de los golpes de la policía en junio de 1934, y de Paul Dejean, militante socialista asesinado por los fascistas en mayo de 1935.

ⁱⁱⁱ Al igual que el movimiento socialista, el sindicalismo se dividió bajo el influjo de la revolución rusa. La constitución de una corriente revolucionaria y su ruptura con la mayoría de la CGT conduce en 1922 a la creación de la CGT-U, rápidamente dominada por los comunistas. Las movilizaciones antifascistas de 1934-1935 crearon las condiciones para un reencuentro entre la CGT “confederada” y la CGT “unitaria”, que culminó en el congreso de reunificación de Toulouse, del 2 al 5 de Marzo de 1936.

^{iv} El 25 de Agosto de 1939, en un contexto de tensiones internacionales entrecruzadas, los ministros de asuntos exteriores alemán y soviético, Ribbentrop y Molotov, firman un “pacto de no agresión”. La URSS se justifica con el fracaso del acercamiento con Francia y Gran Bretaña y por la necesidad de retrasar un ataque alemán. De toda manera, una ventana secreta previó el reparto de los países bálticos y Polonia. Rompiendo brutalmente con la línea antifascista, el pacto turbó profundamente a numerosos militantes comunistas.

^v En 1938, Hitler reivindica la anexión de los Sudetes, región de Checoslovaquia en la que residía una importante minoría alemana. Aunque Francia y Gran Bretaña eran aliados de la República checoslovaca, cedieron a las exigencias nazis al término de la conferencia de Munich, el 29 y 30 de Septiembre de 1938. Entre octubre de 1938 y marzo de 1939, Checoslovaquia fue desmantelada progresivamente por las invasiones alemana, polaca y húngara.

^{vi} Situado en el lugar del cuartel de Royallieu, en Compiègne (Oise), este campo de internamiento y tránsito es el más importante de Francia, tras Drancy. Entre Junio de 1941 y Agosto de 1944, alrededor de 54.000 personas fueron encerradas, entre las cuales había una mayoría de resistentes y numerosos judíos.

^{vii} El 22 de Octubre de 1941, 48 rehenes, entre los que había numerosos militantes del PCF y de la CGT fueron ejecutados en Châteaubriand, Nantes y en Mont-Valérien, como represalia de la ejecución de un oficial alemán, dos días antes. Entre los 27 fusilados en Châteaubriand figuraban sobre todo Guy Môquet y Jean-Pierre Timbaud. El acontecimiento marcó el inicio de la “política de rehenes”, en vigor hasta Septiembre de 1943.

^{viii} Entre Julio y Septiembre de 1942, la ofensiva alemana aísla Stalingrado, centro industrial estratégico. Con un precio de pérdidas considerables, el ejército soviético se opone casa por casa a la conquista de la ciudad, atrayendo la atención mundial. La contraofensiva del Ejército Rojo, a finales de Noviembre de 1942, desembocó en la capitulación del ejército alemán el 2 de Febrero de 1943. Esta batalla se convirtió en un símbolo del vuelco en la correlación de fuerzas en el conflicto mundial.

^{ix} El 4 de Febrero de 1944, Georges Séguy fue detenido con todo el personal de la imprenta Henri Lion, donde trabajaba como aprendiz de tipógrafo. Henri Lion, militante libertario, había puesto su imprenta al servicio del conjunto de las organizaciones de la Resistencia para imprimir periódicos clandestinos, octavillas...Georges Séguy, además aseguraba la relación con las organizaciones de los comunistas y de la CGT.

^x Peluquero en alemán.

^{xi} Los deportados se diferenciaban por símbolos colocados en sus ropas. El triángulo rojo señalaba a los deportados políticos (resistentes, antifascistas o comunistas). Figuraba también la inicial del país de origen, la F de Frankreich.

^{xii} El campo de internamiento de Vernet (Ariège) se creó en Febrero de 1939 por el gobierno francés para reagrupar a los refugiados que huían de España, tras la derrota de los republicanos. Entre 10.000 y 12.000 personas – civiles, combatientes españoles o voluntarios de las Brigadas Internacionales – fueron confinados. En Septiembre de 1939 se convirtió en “campo represivo para extranjeros sospechosos”, y a partir del otoño de 1940, muchos judíos fueron internados allí antes de ser deportados.

^{xiii} El triángulo verde señalaba los deportados comunes, con la D de Deutschland.

^{xiv} En el campo de Mauthausen, los deportados estructuraron una red de solidaridad y de resistencia a partir de 1943, gracias a los antifascistas españoles, presentes desde 1940, a los que se unieron comunistas franceses, alemanes y checos, los más antiguos eran los españoles. Otras redes de ayuda se constituyeron paralelamente con polacos, alemanes y austríacos. A pesar de las tensiones entre grupos

nacionales y políticos, en Marzo de 1944 se constituyó un Aparato Militar Internacional (AMI) y un Comité Internacional integrado por los comités nacionales.

^{xv} Orden dada por los SS a los deportados (“Fuera gorras”), obligándolos a quitarse la gorra a la entrada al campo o para dirigirse a los guardias.

^{xvi} Literalmente “alimentación especial”, anunciada pero distribuida raramente en los diferentes campos. El término se utilizaba también para describir la hambruna impuesta a los enfermos de los asilos de enajenados. El caso de Mauthausen es particular, en razón de la utilización masiva de deportados en las fábricas.

^{xvii} El Frente Nacional de lucha por la liberación e independencia de Francia, creado en 1941 a iniciativa del PCF, aspira a superar las filas comunistas, sobre todo en dirección hacia los intelectuales. Adoptando una línea de unidad nacional, ampliamente abierta a “todos los franceses que quieran luchar efectivamente contra Hitler” toma su desarrollo a partir del final de 1942 y integra el Consejo Nacional de la Resistencia en Marzo de 1943.

^{xviii} Ante el avance de los Aliados en el Oeste y del Ejército Rojo en el Este, las SS evacuaron los campos de concentración situados cerca del frente, para evitar su liberación. Prisioneros venidos de Auschwitz, de Sachsenhausen y de Gross-Rosen llegaban masivamente a Mauthausen a partir de Enero de 1945, a veces a marchas forzadas que se cobraron numerosas víctimas. La sobrepoblación del campo agravó las condiciones, ya dramáticas, provocando millares de muertes, a causa del hambre y del tifus.

^{xix} En realidad era “Cuestiones sin rostro”.

^{xx} El Mariscal Pietro Badoglio (1871-1956), comandante del ejército italiano durante la guerra de Etiopía (1935-1936), fue jefe del gobierno italiano después de la caída de Mussolini, en julio de 1943. Huyendo de la ocupación del ejército alemán, forma un gobierno favorable a los Aliados en el Sur, en Salerno. En represalia, su hijo Mario Badoglio (1905-1953), diplomático, fue arrestado en Roma al final de 1944 y deportado a Mauthausen, donde lo mantuvieron en aislamiento. Dos sobrinos del Mariscal Badoglio, Gino (1920-2011) y Piero Valenzano (1925-1955) estaban ya presos.

^{xxi} Arthur London (1915-1986), militante comunista checoslovaco, integrado en el aparato de la Internacional Comunista en Moscú, después fue enviado a España en 1937-1938. Casado con Lise Ricol (1916-2012), militó en Francia y fue responsable de las FTP-MOI hasta su arresto en agosto de 1942. Fue deportado a Neue-Bremme en 1943, y después a Mauthausen. Vice-ministro de asuntos exteriores en la Checoslovaquia socialista, fue detenido en 1951 y condenado a cadena perpetua después de los procesos de Praga. Kiberado en 1956, marchó a Italia y después a Francia en 1963.

^{xxii} Libro autobiográfico de Arthur London, aparecido en 1969, L’Aveu (La Confesión), describe los mecanismos del proceso de Praga. En la adaptación al cine, realizada por Costa-Gavras en 1970, la pareja London fue encarnada por Yves Montand y Simone Signoret. Muchas secuencias e imágenes del film se convirtieron en símbolo de denuncia del estalinismo

^{xxiii} Georges Séguy parece confundir el último verso del poema de Aragon “Paris” (Paris, Paris, soi-même liberée) compuesto en 1944 y el discurso del General de Gaulle del 25 de Agosto de 1944, después de la Liberación de Paris (“París ultrajada, Paris rota, París martirizada pero Paris liberada. Liberada por ella misma, liberada por su pueblo con el concurso de los ejércitos de Francia”)

^{xxiv} Georges Séguy sin duda hace referencia al telegrama de Himmler fechado el 14 de Abril de 1945 que, después de la liberación de Buchenwald el 11 de Abril, anuncia al comandante de los campos de Dachau y Flossenburg que “ningún detenido no puede llegar vivo a manos del enemigo”. Esta orden se inscribe, de una manera más amplia en un contexto de intensificación de traslados de prisioneros, sobre todo por las “marchas de la muerte”, que se cobraron muchas decenas de miles de muertos a partir del final de 1944.

^{xxv} En primavera de 1945, el mando SS de Mauthausen se prepara para la llegada de los Aliados. Al final de Abril de 1945, los SS se retiran y son reemplazados progresivamente por miembros de la Volkssturm, las “milicias populares” constituidas en otoño de 1944 para la defensa del Reich, formadas por antiguos agentes de policía evacuados de Viena.

^{xxvi} A partir de Marzo de 1945, en el caos de los últimos meses de la guerra, tuvieron lugar muchas negociaciones entre Himmler y Kaltenbrunner del lado alemán con responsables de la Cruz Roja internacional y sueca. El detalle de las discusiones y de las decisiones es difícil establecerlo. Implicaban intercambio de civiles, no de prisioneros de guerra, y se organizaron diferentes operaciones de evacuación. En Mauthausen, entre el 22 y el 28 de Abril de 1945, la Cruz Roja obtuvo el transporte de deportados franceses, belgas y holandeses, con prioridad para las mujeres.

^{xxvii} El 5 y 6 de Noviembre de 1940, en su primer viaje como Jefe del Estado francés, el Mariscal Pétain fue a Toulouse, dónde fue acogido por las autoridades políticas y religiosas con diversas manifestaciones populares. Fue también la ocasión de una acción de resistencia llevada a cabo por un pequeño grupo de jóvenes comunistas (André Delacourtie, Jean Bertrand, Yves Bettini, Marcel Clouet, Robert Causat, Angèle Del Rio) que consiguieron lanzar sobre la gente octavillas llamando a que Maurice Thorez asumiese el poder.

^{xxviii} En realidad “El Patriota del Sudoeste”

^{xxix} Como Secretario General de la prefectura de la Gironde, Maurice Papon (1910-2007) es responsable de la deportación de 1.600 judíos. Escapa a la depuración y se le mantiene en el cuerpo prefectural. Después de diversos cargos, es prefecto de la policía de París entre 1958 y 1967, y condujo la represión de las manifestaciones por la paz en Argelia, sobre todo la de los argelinos del 17 de Octubre de 1961, que se cobró decenas de muertos, y la del 8 de Febrero de 1962, con los nueve muertos del Metro de Charonne. Condenado por complicidad de crímenes contra la humanidad en Abril de 1998, estuvo siempre de actualidad cuando Georges Séguy expresó su testimonio. Después de intentar escapar de la prisión huyendo hacia Suiza en 1999, intentó obtener su libertad por razones médicas.

^{xxx} Responsable de la resistencia en Limoges, André Séguy (1892-1981) reconstruye la Unión Departamental de Haute-Vienne en la Liberación antes de ser llamado a París como Secretario de la sección técnica nacional de revisores de tren y miembro del Buró de la Federación de Ferroviarios de la CGT, de 1945 a 1951. Después fue responsable en la Federación de Jubilados hasta inicios de los años 60.

^{xxxi} En la organización del PCF, los comités federales agrupaban a los representantes de las secciones locales o de empresa, y aseguran la dirección política a nivel de departamento. Georges Séguy se integra en el Comité Federal de Haute Garonne desde Febrero de 1946.

^{xxxii} Después de un primer movimiento social en primavera de 1947, una segunda oleada de huelgas se desarrolló rápidamente a mitad de Noviembre de 1947, que incluía a mineros, metalúrgicos, ferroviarios, educadores, etc. Huieron violentos enfrentamientos en Marsella, Saint Etienne, en la región de París y en el Norte. En la noche del 2 al 3 de Diciembre un pequeño grupo de militantes provocó el descarrilamiento del tren Paris-Tourcoing. El suceso puso de manifiesto la radicalidad de algunos huelguistas en un clima calificado a veces como insurreccional. Sin embargo ello provocó que el movimiento se pudiese retomar.

^{xxxiii} En 1939, el Pacto germano-soviético había provocado la exclusión de los militantes de la CGT que rechazaron condenarlo. En 1943, los acuerdos de Perreux habían reunificado la CGT en la clandestinidad. En la Liberación, la correlación de fuerzas interna en la CGT reunificada era netamente favorable a los ex unitarios. A partir de Agosto de 1945, na parte de los ex confederados se reagrupó en el seno de los “Amigos de Force Ouvrière”.

^{xxxiv} Benoît Franchon (1893-1975) era Secretario de la CGTU (1933-1936), después de la CGT (1936-1939) antes de la guerra y secretario general (1945-1967), después presidente de la CGT (1967-1975). Militante comunista, era miembro del Comité Central y del Buró Político del PCF.

^{xxxv} Propiciado por EEUU, en Junio de 1947, el plan Marshall preveía préstamos a los Estado Europeos para la ayuda a la reconstrucción, a cambio de importaciones americanas. Participaba de la doctrina Truman de la “tutela” tendente a reducir la influencia comunista. Como respuesta, la URSS y los partidos comunistas denunciaron el plan. La CGT se une a esta posición, lo que acrecentó las tensiones con los minoritarios.

^{xxxvi} Según los estatutos de la CGT, el Comité Confederal Nacional es el organismo máximo entre congresos. Se compone de los Secretarios Generales del conjunto de federaciones profesionales y de las Uniones Departamentales de la CGT.

^{xxxvii} Louis Saillant (1910-1975) fue secretario de la Federación de trabajadores de la Madera de la CGT (1937-1939) y miembro del Buró confederal de la CGT clandestina. En esta circunstancia, fue uno de los constructores de los acuerdos de Perreux y miembro del Consejo Nacional de la Resistencia (CNR), del que fue presidente en 1944. En 1945 participó en la creación de la Federación Sindical Mundial (FSM) de la que fue Secretario General. Rechazó la escisión de F.O. y fue expulsado de la SFIO en 1948.

^{xxxviii} La FSM se fundó en París en Octubre de 1945. La unión de las corrientes, muy frágil, fue rápidamente barrida por la guerra fría. Las divisiones sobre el plan Marshall condujeron a la retirada de los sindicatos americanos y británicos. A partir de 1949 la FSM se alineó con las posiciones soviéticas.

^{xxxix} Después del desembarco de los Aliados en Normandía, en Junio de 1944, los ejércitos alemanes retrocedieron. Para cortar el transporte hacia el frente y facilitar las operaciones militares, la dirección

clandestina de la Federación de ferroviarios de la CGT lanzó un llamamiento a la huelga el 10 de Agosto, después de una manifestación en Villeneuve-Saint-Georges. La movilización fue secundada en las cocheras de la región parisina y se extendió rápidamente al conjunto del territorio.

^{xI} Después de la proclamación de independencia de la República Democrática de Vietnam el 2 de Septiembre de 1945, el ejército francés comienza la reconquista de la antigua colonia de Indochina. La guerra se intensifica cuando se convirtió también en una apuesta de la guerra fría en Asia, con la victoria comunista en China en 1949 y el desencadenamiento de la guerra en Corea, en 1950.

^{xII} Entre 1947 y 1953, los mineros, ferroviarios, trabajadores de las PTT fueron duramente sancionados por la represión en las huelgas. A final de las huelgas de 1947, más de 1.200 ferroviarios fueron encarcelados, revocados, suspendidos o trasladados.

^{xIII} Entre Noviembre de 1949 y Abril de 1950, los dockers marseleses se oponen a los transportes militares hacia Indochina, a veces apoyados por paros de los ferroviarios, como el 10 de Enero de 1950. Otras acciones bloquean los trenes militares en muchas ciudades durante los meses siguientes. Además hubo enfrentamientos violentos, estas acciones desembocaron en procesos contra los militantes obreros.

^{xIII} A partir de 1949, las huelgas en Argelia impulsaron una renovación de las direcciones sindicales a favor de los argelinos. En 1954 nace la Unión General de Sindicatos Argelinos (UGSA), formalmente independiente de la CGT y afiliada a la FSM. En este período, el Frente de Liberación Nacional (FLN) y el Ejército de Liberación Nacional (ALN) se estructuran antes de que la insurrección del 1 de Noviembre de 1954 se desencadenase.

^{xIV} En el 20 Congreso del PCUS, el 24 de Febrero de 1956, Nikita Khrouchev, Secretario General, presentó un informe acerca “del culto a la personalidad” y denunció los “errores” de Stalin (deportaciones, arrestos, etc.) Destinado sólo a los delegados soviéticos, fue de todas maneras difundido por la prensa y provocó una gran crisis en el mundo comunista.

^{xIV} El Comité Francés de Liberación Nacional-CFLN se convirtió en gobierno provisional en Argel el 3 de Junio de 1944. Fernand Grenier tiene un puesto en él en nombre del PCF. La composición del gobierno se modificó con su instalación en París, el 2 de Septiembre de 1944, y éste tuvo dos comunistas: Charles Tillon (Aire) y François Billoux (Salud). En el segundo gobierno de Gaulle (Noviembre de 1945-Enero 1946) ocupan plaza Charles Tillon (Armamento), Maurice Thorez (ministro de Estado), Marcel Paul (Producción Industrial), François Billoux (Economía nacional) y Ambroise Croizat (Trabajo).

^{xVI} Al final de Abril de 1947, la huelga de los obreros de Renault, que se extendió a los metalúrgicos parisienses, se combinó con el agravamiento de la tensión internacional. El 5 de Mayo de 1947, Maurice Thorez (Vicepresidente del Consejo), François Billoux (Defensa), Charles Tillon (Reconstrucción), Ambroise Croizat (Trabajo) y Georges Marrane (Salud) fueron excluidos del gobierno)

^{xVII} El Pacto de Varsovia es una alianza militar firmada el 14 de Mayo de 1955 entre la URSS y las democracias populares (RDA, Polonia, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Albania). Hizo de contrapeso a la OTAN, creada en 1949 a la que se unió la RFA en Octubre de 1954.

^{xVIII} El Movimiento por la paz formó parte de las organizaciones de masas relacionadas con el PCF, que tenía el objetivo de unir más allá de las filas comunistas. Surgido desde los Combatientes de la Libertad, se inscribió a partir de 1948 en el Congreso Mundial de los partidarios de la Paz y reunió militantes y personalidades de todos los orígenes (Cristianos, intelectuales, etc.)

^{xIX} En Marzo de 1950, el Consejo Mundial por la Paz lanza una petición para la prohibición del arma atómica. El llamamiento fue un éxito popular inmenso, en un contexto marcado por el agravamiento de las tensiones internacional y por la guerra de Corea.

^I A finales de Marzo de 1947, la población de Madagascar bajo dominación francesa desde 1896, se sublevó para reclamar la independencia. Entre Abril de 1947 y Noviembre de 1948, el ejército francés conduce operaciones de “pacificación” que multiplican torturas y ejecuciones sumarias. Según las más recientes investigaciones, el balance de la represión sería de entre 30.000 y 40.000 víctimas, de las que 10.000 fueron de muerte violenta, las otras de hambre y enfermedades.

^{II} Después del retorno al poder del general de Gaulle en Mayo de 1958, la Constitución de la V República se sometió a referéndum el 28 de Septiembre de 1958. Se aprobó con el 82% de sufragios.

^{III} Fundada en Moscú en Marzo de 1919, la Internacional Comunista-IC- reagrupa el conjunto de partidos comunistas hasta su disolución por Stalin en Mayo de 1943. A partir de 1926, la IC es el instrumento de tutela de Stalin y de la URSS en el movimiento comunista.

^{liii} A partir de 1956, Palmiro Togliatti, Secretario General del PCI, defiende la tesis del “policentrismo”. Contra la hegemonía soviética sobre el movimiento comunista internacional, él considera que cada partido debe seguir “su propio camino nacional hacia el socialismo”.

^{liv} En Octubre de 1956, la población húngara se sublevó contra el gobierno y contra la presencia soviética. Imre Nagy, comunista reformador, nombra un nuevo gobierno pero la URSS rechaza su programa de democratización y de salida del Pacto de Varsovia. La revolución húngara fue aplastada por las tropas soviéticas.

^{lv} El general Raul Salan (1899-1984) es uno de los artífices del putsh de Argel, el 21 de Abril de 1961, que fue una tentativa de golpe de estado contra de Gaulle, acusado de aceptar la independencia de Argelia. Después del fracaso, pasó a la clandestinidad y dirigió la Organización del Ejército Secreto (OAS), que multiplicó la violencia y los atentados contra la independencia de Argelia y sus partidarios.

^{lvi} Jacques Duclos (1896-1975) Secretario del PCF fue detenido el 28 de Mayo de 1952, después de la manifestación parisina contra la venida del general Ridway, que ocasionó violentos enfrentamientos entre militantes comunistas y fuerzas del orden. Esa fue la señal de una ofensiva contra el aparato del PCF con numerosas detenciones y arrestos, entre los cuales el de André Stil, jefe de redacción de l’Humanité.

^{lvii} Alain Le Léap (1905-1986) fue detenido en Octubre de 1950, en el marco del complot de las palomas, así como algunos dirigentes de la Unión de la Juventud Republicana de Francia (UJRF): Louis Baillot, Guy Ducoloné, Paul Laurent y Jean Munier.

^{lviii} Antiguo resistente FTP y militante comunista, Henry Martin (1927-2015) era mecánico en la Marina. Después de servir en algunos meses en Indochina, participa y dirige una propaganda activa entre los marinos de Toulon hasta su arresto el 13 de Marzo de 1950 por “desmoralizar al ejército”, después por “sabotaje”, acusaciones rápidamente retiradas. La campaña por su libertad fue un símbolo de lucha contra la guerra de Indochina.

^{lix} El 17 de Octubre de 1961, los argelinos de la región parisina se manifestaron contra el toque de queda en el centro de la capital. La represión organizada por el prefecto de policía fue extremadamente violenta: sin duda, unos 100 muertos ahogados ese día y unos 300 en total, seguidos de malos tratos infligidos en los centros de internamiento, donde se concentraron 12.000 personas detenidas entre el 17 y 18 de Octubre.

^{lx} Los acuerdos firmados el 18 de Marzo de 1962 en Evian, entre Francia y el Gobierno Provisional de la República Argelina fijaron la independencia de Argelia. Fueron ratificados en Francia por el referéndum del 8 de Abril de 1962.

^{lxi} En reacción a los atentados de la OAS, hubo un llamamiento unitario a manifestarse (CGT, CFTC, UNEF, SGEN, FEN, SIN, PCF, PSU y Mouvement de la Paix) para el 8 de Febrero de 1962. Prohibida por la prefectura, la manifestación fue duramente reprimida. Rodeados, algunos manifestantes intentaron refugiarse en el metro, en la estación de Charonne. En una avalancha y bajo una lluvia de golpes, muchas personas fueron arrolladas. Las “grilles”, responsables de muchas muertes, no fueron las del metro, que estaban abiertas, fueron rejas de árboles, de aireación lanzadas por los policías. El balance fue de nueve fallecidos: Jean Pierre Bernard, Fanny Dewerpe, Daniel Féry, Anne-Claude Godeau, Edouard Lemarchand, Suzanne Martorell, Hippolyte Pina, Maurice Pochard, Raymond Wintgens. La víctima diez, Mohamed Ait Saada murió en 1983, después de veinte años de coma.

^{lxii} En Mayo de 1961, una huelga unitaria movilizó 30.000 ferroviarios sobre los salarios. Se interrumpió con el decreto del gobierno Debré que intervino a los huelguistas. En Abril de 1962, la “huelga de Pascua” fue muy secundada, pero el gobierno Pompidou no recurrió a las intervenciones. En Julio de 1963, una ley impuso un preaviso de cinco días y prohibió las huelgas “envolventes”.

^{lxiii} Esta gran movilización se inscribió en un contexto de crisis en el sector. Entonces la CGT había parado el desarrollo del movimiento en primavera, para evitar penurias y que la población tuviese impactos no deseados, pero el decreto de intervención incrementó la determinación de los mineros, que lanzan una huelga de 35 días, ampliamente apoyada por la población.

^{lxiv} El referéndum del 27 de Abril de 1969 proponía la creación de regiones y la reforma del Senado. El “No” obtuvo más del 52% de sufragios, provocando la dimisión del general de Gaulle el 28 de Abril de 1969.

^{lxv} François Mitterrand, entonces presidente de la Convención de Instituciones Republicanas (CIR) es el candidato único de la izquierda en las presidenciales de 1965. Tanto la SFIO como el PSU y el PCF se sumaron a esta candidatura con una lógica unitaria y hostilidad hacia la elección del presidente por

sufragio universal directo. Contrariamente a las previsiones iniciales, Mitterrand obligó a de Gaulle a una segunda vuelta.

^{lxvi} En 1988, la Comisión Ejecutiva de la CGT se pronuncia a favor del candidato del PCF André Lajoinie. Cinco años más tarde, en 1993, se decide que no dará orientaciones, y en varios escrutinios posteriores no tomó posición. En 2012, llamará a vencer a Sarkozy y Bérnard Thibault llama a votar por François Hollande en la segunda vuelta. La CGT llamará igualmente a ganar a la extrema derecha en la segunda vuelta de las presidenciales de 2002 y 2017.

^{lxvii} En verano de 1965, Waldeck Rochet se reúne muchas veces con François Mitterrand, en el mayor secreto, para negociar la adhesión del PCF a una candidatura única de la izquierda.

^{lxviii} Partido Socialista Unificado.

^{lxix} Después de la manifestación del 14 de Julio de 1953, en el curso de la cual la policía disparó contra manifestantes argelinos con un resultado de siete muertos, el cortejo del 1º de Mayo fue prohibido a partir de Julio de 1954 por el Ministro del Interior de gobierno Mendès-France y que duró hasta 1967. En 1956, después del voto de poderes especiales en Argelia, el gobierno de Guy Mollet prohibió muchas manifestaciones.

^{lxx} De hecho fue el 10 y 11 de Mayo.

^{lxxi} Georges Séguy hace referencia, sin duda ninguna a un artículo titulado “El movimiento obrero toma ahora el paso en la agitación estudiantil” publicado en Le Figaro del 18 de Mayo de 1968.

^{lxxii} En realidad el 17 de Mayo.

^{lxxiii} Henry Krasucki (1924-2003), resistente FTP-MOI y antiguo deportado, fue Secretario de la UD-CGT de la Seine (1953-1960), después director de la Vie Ouvrière (1960-1980). Miembro del Buró Confederal a partir de 1960, fue Secretario General de la CGT desde 1982 hasta 1992. El fue paralelamente miembro del Comité Central del PCF (1956-1997) y de su Buró Político (1964-1994)

^{lxxiv} Los obreros del sindicato del libro de la CGT, ampliamente mayoritarios en las imprentas, se unen al movimiento a partir del 13 de Mayo de 1968, pero la huelga afecta sobre todo a las revistas. Paris Match interrumpe su aparición del 18 de Mayo al 15 de Junio. La aparición de la prensa diaria se mantiene, a cambio de la publicación de los comunicados de la CGT. En 1998, Henri Krasucki citó el ejemplo de una huelga en Le Parisien Liberé contra un número que titulaba equivocadamente sobre la vuelta al trabajo en la RATP para perjudicar la huelga.

^{lxxv} La Federación de la Izquierda Democrática y Socialista (FGDS) se creó en Septiembre de 1965, alrededor de la candidatura de François Mitterrand en la elección presidencial y reagrupó distintos componentes de la Izquierda socialista. La FGDS desapareció en Mayo de 1968, pero será una de las matrices de la fusión del conjunto de componentes socialistas en el Congreso de Épinay, en 1971.

^{lxxvi} Prefecto de policía.

^{lxxvii} Maurice Grimaud testimonió sobre muchos contactos directos o indirectos con los organizadores del movimiento y sus principales organizaciones (UNEF, SNE. SUP). Si que indica no haber tenido ninguna conversación con Daniel Cohn-Bendit o con Alain Geismar, pero declaró que los dirigentes de la UNEF tenían todos su “línea directa”. Estos intercambios fueron particularmente importantes para la organización del meeting del estadio de Charléty..

^{lxxviii} La expresión se atribuyó al general de Gaulle, cuando regresó al poder en 1958. En la Sorbona, los slogans la transforman (“el poder no se toma, se recoge. Para el aniversario de 18 de Junio, recogeremos a de Gaulle con pala). El 28 de Mayo de 1968, François Mitterrand se declara listo para asumir la constitución de un gobierno provisional, considerando que “después del 3 de Mayo de 1968, no existe el Estado, y aquello que lo sostiene ni siquiera tiene apariencia de poder”. Por su parte, Michel Rocard, Secretario Nacional del PSU propone la candidatura de Mendès-France. A finales de Junio de 1968 cree que es posible un derrocamiento del régimen.

^{lxxix} Creado en 1950, el SMIG era a principios del año 1968 de 2,20 francos/hora. Grenelle fijó el SMIG en 3 francos/hora. En función del volumen horario de cuarenta horas de trabajo por semana, el salario mínimo mensual era más o menos de 520 francos.

^{lxxx} Georges Séguy, El Mayo de la CGT, Paris, Julliard, 1972.

^{lxxxii} La CGC estaba representada por su Secretario General André Malterre. A señalar que también estaba Jacques Tessier, Secretario General de la CFTC.

^{lxxxiii} Los acuerdos de Matignon se firmaron en la noche del 7 al 8 de Junio de 1936 entre los representantes del gobierno, de la CGT i de la Confederación General de la Producción Francesa (CGPF). Preveían un aumento de salarios, definición de un salario mínimo y extendieron las libertades sindicales

(creación de los delegados de personal), después se prolongaron para el voto de leyes sociales de Junio y Julio de 1936 (semana de 40 horas, vacaciones pagadas, etc.) La delegación de la CGT estaba compuesta por René Belin, Benoît Franchon y Léon Jouhaux, secretarios de la CGT, Henri Cordier (Construcción), Pierre Milan (Sombrerería) y Raymond Semat (Metalurgia)

^{lxxxiv} Las “ordenanzas Jeannenay” de Agosto de 1967 instauraron una representación paritaria entre patronal y asalariados. La representación de estos últimos era por designación, no por elección. Además, separaron la Seguridad Social en tres ramas: enfermedad, vejez y prestaciones familiares.

^{lxxxv} Georges Seguy siempre aminoró la existencia de intercambios informales entre la CGT y los representantes del gobierno. La existencia de encuentros preparatorios parece aceptada, en particular el encuentro entre Henri Krasucki y Jacques Chirac, entonces Secretario de Estado de Empleo, sin duda el 23 de Mayo. Los dos lo confirmaron, aunque el segundo tiña su relato con detalles más novelescos que reales.

^{lxxxvi} Eugène Descamps, Militar, una vida para un compromiso colectivo, Paris, Fayard 1971.

^{lxxxvii} Georges Seguy, sin duda se refiere aquí al film “La CGT en Mayo de 1968”, realizado en 1969 por un equipo de militantes, principalmente Paul Seban, en el que figura un largo pasaje de su intervención en la fábrica Renault-Billancourt.

^{lxxxviii} El 17 de Mayo de 1968, un cortejo de estudiantes dejó el Barrio Latino par ir a la fábrica Renault-Billancourt, al llamamiento de la UNEF. Las entradas estuvieron cerradas y el acontecimiento será descrito a posteriori com un símbolo de “la cita inconclusa”, entre los movimientos estudiantiles y sociales. Los “encuentros improbables” entre estudiantes y obreros habrían tenido lugar puntualmente y en otros lugares.

^{lxxxix} El 27 de Mayo de 1968, el mitin del Estadio Charléty reúne la izquierda no comunista, al llamado de la UNEF, del SNESup, de la FEN, del PSU, así como por algunas organizaciones de FO y de la CFDT. Los principales oradores fueron militantes sindicales. Maurice Labi (FO), Fredo Krumnow (CFDT), André Barjonet (que acababa de dimitir de la CGT), Jacques Sauvageot (UNEF), Alain Geismar (SNESup), ets. Estaban presentes Pierre Mendes-Grance y Michel Rocard, que no intervinieron.

^{xc} A partir de 1964, los EEUU llevan una guerra abierta en Vietnam. Georges Séguy viaja en delegación a la República Democrática del Vietnam en Agosto de 1966 con Lucien Postel, Secretario de la Federación Metalúrgica de la CGT. Pierre Mnedes-France, cuyo gobierno puso fin a la guerra de Indochina en 1954, estaba entonces comprometido a favor de una negociación del conflicto.

^{xci} El 29 de Mayo de 1969, el general de Gaulle suspende el Consejo de Ministros, Sin avisar al gobierno, viajó a Baden-Baden, sede del mando de las fuerzas francesas en Alemania, para reunirse con el general Massu. Antoguo compañero de la Liberación, Massu contribuye en 1958 al retorno de De Gaulle, cuando el putsch de Argel. A pesar de sus críticas públicas contra la política argelina, no tomó parte en el putsch de los generales en Abril de 1961. El 30 de Mayo de 1968, de Gaulle anuncia que no dejará el poder, y al día siguiente, recibió el apoyo de una manifestación masiva en Paris.

^{xcii} En los años 60, la fábrica de automóviles SIMCA de Poissy era el arquetipo de un posicionamiento patronal que se oponía violentamente a la implantación del sindicalismo, asistido por un sindicato de empresa, la Confederación Francesa del Trabajo (CFT) que contaba con hombres venidos del ejército o bien de extrema derecha.

^{xciii} En Junio de 1968, se eligieron 394 diputados de la derecha, frente a 261 que tenían en la Asamblea elegida en Marzo de 1967. Al revés, la izquierda pasó de 193 diputados (116 FGDS, 73 PCF y 4 PSU) a 91 (34 PCF, 57 FGDS).

^{xciv} La movilización estudiantil de Mayo del 68 se tradujo en enfrentamientos regulares con las fuerzas del orden, alrededor de la ocupación de la Sorbona. Los enfrentamientos culminaron en la “noche de las barricadas” del 10 al 11 de Mayo de 1968.

^{xcv} En el transcurso del año 1968, o mejor dicho, de “los años 1968”, la juventud se movilizó en numerosos países, con especificidades propias de cada contexto político: lucha contra la guerra de Vietnam en los EEUU, contra el régimen autoritario en México, contestación al régimen comunista en Polonia, etc. Fuera de Francia, estos movimientos se unen igualmente a los de los trabajadores, como en Italia en el “otoño caliente” de 1969.

^{xcvi} Las movilizaciones estudiantiles, iniciadas hacia el inicio del curso 1967 en la Universidad de Nanterre, se radicalizan el 22 de Marzo de 1968, después de la detención de un militante durante un encierro en los locales de la administración. Este acontecimiento, y la formación del “Movimiento 22 de Marzo, del que Daniel Cohn-Bendit se convierte en figura central, se consideran como el inicio del Mayo del 68.

^{xcvii} La manifestación del 13 de Mayo, después del llamamiento a la huelga, transcurre desde République hasta Denfert-Rochereau. A su llegada, la CGT llama a disolver la marcha hacia el Boulevard Arago, pero ciertos estudiantes llaman a proseguir hasta el Elíseo. Daniel Cohn-Benit da al cortejo estudiantil la consigna de proseguir hasta el Campo de Marte, para hacer un mitin.

^{xcviii} Georges Séguy aquí hace referencia a las declaraciones de Georges Marchais, que se refieren a él como “el anarquista alemán Cohn-Bendit”, fórmula denunciada por los manifestantes con el slogan “todos somos judíos alemanes”. Daniel Cohn-Bendit, hijo de refugiados anti-nazis alemanes, nació en Abril de 1945 en Montauban, pero no está nacionalizado francés.

^{xcix} Quizás “Liberal.libertario”.

^c En Mayo del 2000, Alain Madelin, antiguo militante del grupo estudiantil de extrema derecha Occident y ministro RPR, deja clara su simpatía por Daniel Cohn-Bendit, diputado europeo como él. Los dos son portavoces del proyecto “pasaporte para la libertad” destinado a proteger a los disidentes políticos en el mundo.

^{ci} Los “10 de Alès” son funcionarios territoriales y militantes de la CGT condenados en Abril de 1999 por “secuestro”, después de la ocupación del hall del ayuntamiento con centenares de trabajadores, en una movilización sobre las condiciones de trabajo en 1996. Serán liberados y readmitidos en Mayo del 2000.

^{cii} En Agosto de 1998, Michel Beurier, Secretario de la UD de Puy-de-Dôme fue acusado de violencia sobre un agente de la fuerza pública y de ayuda ilegal para obtener permiso de residencia a un trabajador senegalés, para evitar su expulsión. Se le condenó a dos meses de cárcel con remisión condicional y 3000 francos de multa.

^{ciii} Entre 1997 y 2002, la unión entre el PS, el PCF, los Verdes, el Movimiento de los Ciudadanos y el Partido Radical de Izquierda toma el nombre de “izquierda plural” o “mayoría plural” y apoyó el gobierno de Lionel Jospin.

^{civ} La estrategia de entrismo, asociada normalmente a corrientes trotskistas se basa en la integración concertada de militantes en el seno de otra organización. Distinguimos al entrismo “banderas desplegadas” para constituir una tendencia como en 1934 en el seno de la SFIO, del entrismo “clandestino”. En este testimonio de Georges Séguy, esta temática cobra actualidad en razón del pasado de Lionel Jospin, que entró en el PS impulsado desde la Organización Comunista Internacional (OCI) lambertista.

^{cv} El Programa Común, firmado en Junio de 1972, reunió al PS, PCF y radicales de izquierda en torno a una serie de medidas sociales, económicas y políticas. En Septiembre de 1977, las negociaciones a la vista de una actualización del acuerdo se interrumpieron brutalmente, sobre todo después de muchos escrutinios, los dirigentes del PCF estimaron que los resultados electorales fueron más favorables al PS.

^{cvi} En el 40 Congreso, Georges Séguy afirma que la CGT sobreestimó la unidad lograda por los partidos de izquierda. Propuso la creación de un Comité Nacional de Unidad de Acción, que causó debate entre los delegados. La propuesta fue rechazada por la CFDT, la FEN y FO.

^{cvii} En Diciembre de 1979, el Ejército Rojo intervino en Afganistán para restablecer el gobierno prosoviético que había conquistado el poder en 1978, en un contexto de guerra civil. La URSS entra en un conflicto que durará diez años. Al principio de 1980, el acontecimiento divide el Buró Confederal de la CGT, en el que varios miembros solicitan una condena más firme de la intervención soviética.

^{cviii} Louis Viannet, nacido en 1933, fue Secretario del sindicato de PTT del Rhône, Después Secretario de la Federación de los PTT de la CGT (1972-1982). Miembro del Buró Confederal a partir de 1982, fue Secretario General de la CGT desde 1992 hasta 1999. Fue miembro paralelamente del Comité Central del PCF (1976-1996) y del Buró Político (1982-1996).

^{cix} Bernard Thibault nació en 1959, fue Secretario de la Federación de Ferroviarios de la CGT desde 1990 hasta 1999, sobre todo en las huelgas de Noviembre y Diciembre de 1995. Miembro del Buró Confederal a partir de 1997, fue Secretario General de la CGT desde 1999 hasta 2013. Fue miembro del Comité Nacional del PCF desde 1997 hasta 2001. Desde 2014 es administrador del Buró Internacional del Trabajo-BIT.

^{cx} Después de Georges Séguy, Secretario General de la CGT desde 1967 hasta 1982, se suceden Henri Krasucki (1982-1992), Louis Viannet (1992-1999) y Bernard Thibault (1999-2013). En 1996, Louis Viannet fue el primero en romper el principio tácito de pertenencia conjunta al Buró Político del PCF. Bernard Thibault hizo lo mismo y deja el Comité Nacional del PCF en 2001.

^{cxii} El recorrido de Georges Marchais (1920-1997), Secretario General del PCF desde 1970 hasta 1994, suscitó controversias públicas y ante los tribunales a raíz de su estancia en Alemania durante la guerra,

así como múltiples críticas con respecto a su personalidad, en un contexto de descenso de la influencia del PCF.

^{cxii} Confederación Alemana de Sindicatos.

^{cxiii} Mejor la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO), creada en 1905.

^{cxiv} Mejor la Sección Francesa de la Internacional Comunista (SFIC)

^{cxv} Como sus predecesores y sus sucesores hasta Louis Viannet, Georges Séguy fue miembro de la dirección de la CGT y del PCF. Esa doble pertenencia fue criticada regularmente, sobre todo en 1978, al calor de las elecciones legislativas por los dirigentes del PS y de la CFDT.

^{cxvi} El 41 Congreso de la CGT transcurrió en Lille, desde el 13 al 18 de Junio de 1982 y votó la sucesión de Georges Séguy por Henri Krasucki. Séguy continuó en la Comisión Ejecutiva Confederal como presidente del Instituto de Historia Social de la CGT.

^{cxvii} En Junio de 1984, la dirección del PCF concluye que los decepcionantes resultados de las elecciones europeas están relacionados con la política gubernamental y se retira del gobierno constituido por Laurent Fabius en Julio.

^{cxviii} La elección presidencial de 2002, que anticipa Georges Séguy, corresponde a la tasa de participación más débil de las hasta entonces conocidas para este tipo de escrutinio bajo la V República (71,6%). Combinado a la dispersión de candidaturas, este fenómeno contribuyó a la presencia de la extrema derecha en la segunda vuelta.

^{cxix} Georges Séguy se refiere al Congreso de Estrasburgo, que tuvo lugar en 1999.

^{cxx} En la Liberación, los EEUU aportan apoyo material y financiero para la constitución de Force Ouvrière, gracias a la intervención de la American Federation of Labour (AFL) y de su representante en Europa Irving Brown. Desde 1946, este último desea una escisión de la CGT y una ruptura de la unidad de la FSM, deseada en un primer tiempo por Léon Jouhaux.

^{cxxi} Confederación General Italiana del Trabajo.

^{cxxii} Sistema utilizado por las compañías de transporte marítimo o de pesca para inmatricular sus navíos en otro país, con el fin de sustraerse a impuestos y tasas sobre seguridad o medio ambiente.

^{cxxiii} El 12 de Diciembre de 1999 el petrolero Erika naufragó en Bretaña, provocando una marea negra. El navío, en estado ruinoso, ostentaba pabellón maltés y era administrado por una sociedad italiana, por cuenta de Total

^{cxxiv} El presidio de Poulo Condor, situado en una isla, fue utilizado por las autoridades coloniales francesas desde 1860 y después durante la guerra de Indochina para encerrar a los militantes nacionalistas y comunistas vietnamitas. Era conocido por sus "jaulas de tigres", que obligaban a los prisioneros a estar agachados.

^{cxxv} El 21 de Agosto de 1968, las tropas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia para poner fin a la "primavera de Praga". Este movimiento de reforma y de liberalización del régimen, iniciado por el PCC, estaba apoyado por los comunistas occidentales y especialmente por el PCF.

^{cxxvi} La sede de la FSM se sitúa en Praga después de su marcha de París en 1951. En 1968 Louis Saillant, secretario de la FSM desde 1945 protestó contra la invasión soviética.

^{cxxvii} Este movimiento de disidentes checos, opuestos a la "normalización" operada bajo la égida soviética después de la intervención militar de Agosto de 1968, toma la forma de una petición firmada por intelectuales, entre ellos Václav Havel.

^{cxxviii} Después de 1978, la CGT mantuvo su participación en las uniones internacionales de sindicatos. En Febrero de 1982, regresó al buró de la FSM, a través de la participación de Alain Stern. Henri Krasucki. Sucesor de Georges Séguy, se convirtió en vicepresidente de la FSM en 1986.

^{cxxix} Después de su creación en 1973, la CGT expresó su deseo de afiliarse a la CES. La gestión no culminó hasta 1999, después que la CGT dejó la FSM en 1995.

^{cxx} El sindicato polaco Solidarnosc, creado en Agosto de 1980 en los astilleros de Gdansk, fue legalizado a partir de una huelga y se convirtió en el símbolo de la oposición al régimen. En Octubre de 1981, una delegación encabezada por Lech Walesa fue recibida en París. El 16 de Octubre en París, hubo un encuentro con 300 militantes de la CGT. En Diciembre de 1981, Solidarnosc fue prohibido y el gobierno proclamó el "estado de guerra".

^{cxxxi} Secretario General del PCUS a partir de Marzo de 1985, Mijail Gorbachev lanza dos consignas de reforma: Glasnost (transparencia), acordando una mayor libertad sobre todo en la prensa; Perestroika (reconstrucción) para definir en particular las reformas que esbozaban una liberalización de la economía soviética.

^{cxxxii} Georges Séguy hace alusión al Congreso de la FSM que se celebró del 16 al 22 de Abril de 1978.

^{cxxxiii} La CIOSL se fundó en el Congreso de Londres (28 de Noviembre-9 de Diciembre de 1949) por las confederaciones sindicales que aprobaron el Plan Marshall y que dejaron la FSM en el curso de los meses precedentes, con el apoyo de la AFL americana. Hasta los años 60, la CIOSL estaba caracterizada por su orientación anticomunista.

^{cxxxiv} El movimiento social de Noviembre-Diciembre de 1995 se opuso al “plan Juppé” sobre las jubilaciones y la Seguridad Social. Frente a la amplitud del movimiento, sobre todo en los servicios públicos (SNCF, RATP, Correos y Telecomunicaciones), el gobierno retiró su proyecto sobre las jubilaciones.